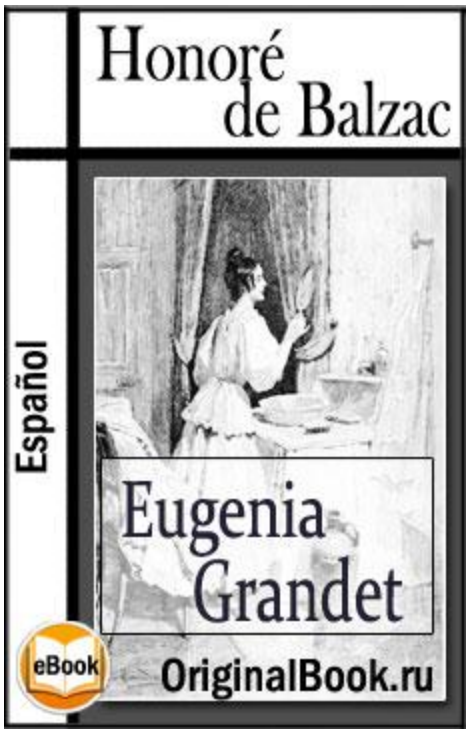
Eugenia Grandet
Honoré de Balzac

Título original:

Eugénie Grandet



1833

Eugenia Grandet (Eugénie Grandet) es una novela de Honoré de Balzac publicada por primera vez en el semanario L'Europe littéraire (Europa literaria) en septiembre de 1833, primer año de la revista. El título de esta primera edición era Eugénie Grandet, histoire de province.

Félix Grandet, tonelero retirado y otro alcalde de Saumur que ha prosperado valiéndose de un olfato para los negocios acompañado de una enorme avaricia y aprovechándose de la inestabilidad de la época que le ha tocado vivir en sus años de trabajo, además de haber recibido herencia de madre, suegro y suegra en el mismo año, hace creer a su mujer, a su hija Eugénie y a la sirviente Nanon que no son una familia de posición desahogada, y viven todos en una casa cochambrosa cuya reforma evita él; mientras, se dedica a acrecentar su fortuna.

Ebook: http://originalbook.ru

Eugenia Grandet

A MARÍA

Siendo el retrato de usted el mejor adorno de ésta obra, yo deseo que su nombre sea aquí como la rama de boj bendita que, cogida de cualquier árbol, pero santificada por la religión y conservada siempre verde por manos piadosas, sirve para proteger la casa.

DE BALZAC.

En ciertas ciudades de provincia se encuentran casas cuya vista inspira una melancolía igual a la que producen los claustros más sombríos, las landas más desoladas o las ruinas más tristes. Y es que tal vez en eses casas se unen el silencio de los claustros, la aridez de las landas y la osamenta de las ruinas. La vida y el movimiento permanecen en ellas en un estado tal de tranquilidad que se las creería inhabitadas si no fuese porque, de pronto se da con la mirada inexpresiva, fría, de una persona inmóvil cuyo rostro poco menos que monástico se alza sobre el alféizar de la ventana, al ruido de un paso desconocido. Estos signos de melancolía concurren en la fisonomía de una mansión situada en Saumur, al extremo de la calle empinada que conduce al castillo, por la parte alta de la ciudad. Dicha calle, actualmente poco frecuentada, calurosa en verano, fría en invierno, a trechos oscura, llama la atención por la sonoridad de su tosco empedrado de guijarros, siempre limpio y seco; por su trazado tortuoso y por la paz de sus casas que forman parte del casco antiguo de la población y dominan las murallas.

Algunos edificios, a pesar de sus tres siglos de existencia, se aguantan aún sólidamente y contribuyen, con su aspecto vario y pintoresco, a granjear a esta parte de Saumur el interés de los anticuarios y de los artistas. No se puede pasar por delante de aquellas casas sin admirar las enormes vigas que aparecen talladas en formas caprichosas y que adornan la planta baja de la mayoría de ellas con una especie de bajo relieve. Aquí unos travesaños aparecen cubiertos de pizarra y dibujan líneas azules sobre las delgadas paredes de una vivienda cubierta por un tejado que ha

cedido al peso de los años, cuyas alfajías podridas se han torcido bajo la acción alternada del sol y de la lluvia. Allá aparecen unos bastidores de ventana gastados, ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas, apenas visibles, se nos antojan demasiado ligeras para el tiesto de arcilla parda de que surgen los claveles y los rosales de una infeliz obrera. Acullá descubrimos unas puertas adornadas con enormes clavos en que el genio de nuestros antepasados ha trazado ciertos jeroglíficos caseros cuyo significado no se descubrirá jamás. Ora fue un protestante que le confió su fe, ora un partidario de la Lija que maldijo el nombre de Enrique IV. Algún burgués se ha entretenido en grabar sobre el clavo las insignias de su *nobleza de campanas*, la gloria de su mandato edilicio olvidado para siempre.

En tales huellas está toda la historia de Francia. Junto a la trémula casita de paredes endebles en que el albañil ha edificado su batidera, se levanta la mansión de un hidalgo de cuyo blasón se ven, sobre el arco de la puerta, algunos vestigios que han sobrevivido a las diversas revoluciones que desde 1789 han agitado el país.

La planta baja de tales casas, aunque esté dedicada al comercio, no aloja tiendas ni almacenes; los amigos de la Edad Media hallarían en ellos el obrador de nuestros padres en toda su ingenua sencillez. Sus salas bajas, que no tienen escaparate, ni mostrador, ni cristales, son hondas y oscuras y tan desprovistas de adornos por fuera como por dentro. Su puerta, dividida horizontalmente en dos, aparece groseramente guarnecida de hierro; por su parte superior se abre hacia adentro; la interior; provista de una campanilla con muelle, va y viene constantemente. El aire y la luz entran en aquella especie de húmeda zahúrda ya por lo alto de la puerta, ya por el espacio que queda entre la bóveda, el techo y el murete de escasa altura en que se empotran unos sólidos postigos retirados por la mañana, repuestos y mantenidos por la noche con barras de hierro empernadas. El mencionado murete sirve para presentarlas mercancías del negociante. No hay en su estilo ni asomo de charlatanismo. Según la índole del comercio, las muestras consisten en dos o tres cubetas llenas de sal y de bacalao, en unos cuantos paquetes de tela para velamen, cuerdas, latón colgado de las vigas, algunos aros en las paredes o algunas piezas de paño en los anaqueles. Entrad. Una muchacha limpia, resplandeciente de juventud, con su manteleta blanca, sus brazos colorados, suelta la calceta que estaba haciendo y llama a su padre o a su madre que os vende lo que deseáis, flemáticamente, con agrado o con arrogancia, según su carácter, así valga la cosa dos sueldos como veinte mil francos.

Un negociante en maderas, sentado a su puerta, cuenta las musarañas mientras conversa con su vecino; aparentemente no tiene más que cuatro míseras tablas para botellas y unos cuantos fajos de duelas; pero en el puerto, su repleto almacén surte a todos los toneleros de Anjou, prevé al céntimo la cantidad de mercancía que colocará si las viñas dan buena cosecha; un día de sol le enriquece, una racha de lluvia le arruina; en una sola mañana las barricas suben once francos o bajan a seis libras.

En aquel país, como en Turena, la. vida comercial está supeditada a los cambios atmosféricos. Viñadores, propietarios madereros, toneleros, posaderos, marineros, todos andan al acecho de un rayo de sol; al acostarse por la noche tiemblan de miedo imaginándose que al día siguiente se levantarán para ser testigos de una gran helada; temen la lluvia, el viento, la sequía, y pretenden que agua, calor, les sean servidos a medida de su deseo. Hay un duelo constante entre el cielo y los intereses terrestres. Por obra del barómetro las fisonomías pasan de la alegría a la pena, de la preocupación a la confianza. De cabo a cabo de aquella vía, la calle Mayor de Saumur, circula la frase: "¡Vaya un tiempo de oro!", repetida de puerta en puerta. También se oye decir: "Está lloviendo luises" y con ello no se hace más — que expresar lo que representa un chubasco o un rayo de sol oportunos. Los sábados al mediodía, cuando llega el buen tiempo, es inútil que vayáis a comprar nada a aquellos honrados industriales. El que más y el que menos tiene su viña, su cercado y pasa dos días en el campo. Allí, previsto cuanto se puede prever la compra, la venta y el beneficio, los comerciantes pueden dedicar casi todo el santo día a jiras y merendonas, a observaciones y comentarios, a un espionaje continuo. No es posible que un ama de casa compre una perdiz sin que los vecinos pregunten al marido si la vinagreta estaba en su punto. Muchacha que asoma la cabeza a la ventana, muchacha que ven todos los grupos de desocupados. Allí las conciencias se destapan y, como aquellas casas impenetrables, negras y misteriosas, dejan de tener misterios. La vida transcurre casi por entero al aire libre; las familias se sientan a la puerta de sus viviendas y comen y cenan y discuten. No pasa nadie por la calle sin que sea examinado de pies a cabeza. Se conserva el estilo de las capitales de provincia en que no asoma forastero que no se concierte comidilla de los vecinos apostados junto a las puertas.

De ahí nacieron las historias sabrosas, de ahí vino el calificativo de copiosos aplicado a los habitantes de Angers, que eran maestros en esta clase de bromas urbanas. Los antiguos palacetes de la ciudad vieja están encaramados en lo alto de la

calle en otro tiempo habitada por los hidalgos de la región. La casa, llena de melancolía, en que sucedieron los hechos de esta historia era precisamente una de aquellas mansiones, restos venerables de un siglo en que personas y cosas tenían ese carácter de sencillez que las costumbres francesas van perdiendo de día en día. Después de haber seguido las revueltas de aquel camino pintoresco, cuyos menores accidentes despiertan recuerdos y cuyo conjunto tiende a sumir al transeúnte en una especie de ensueño maquinal, se descubre un entrante asaz sombrío, en medio del cual se esconde la puerta de la casa del señor Grandet, ¡El señor Grandet! No hay manera de comprender todo el valor de esta expresión provincial sin conocer la biografía del personaje.

El señor Grandet gozaba en Saumur de una reputación cuyas causas y efectos no serán comprendidas poco ni mucho por las personas que no hayan vivido en, provincias. El señor Grandet, que para algunas gentes de su generación cada día más escasas, seguía siendo el tío Grandet, un maestro tonelero muy acomodado que en 1789 sabía leer, escribir y las cuatro reglas. Cuando la República Francesa puso en venta en el distrito de Saumur los bienes del clero, el tonelero que tenía entonces unos cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico negociante en maderas. Grandet, provisto de su fortuna reducida a metálico y de la dote de su mujer, en total dos mil luises de oro, fuese a un distrito, donde; gracias a doscientos dobles luises ofrecidos por su padre al feroz republicano encargado de vigilar la venta de los bienes nacionales, obtuvo por un mal pedazo de pan, legalmente ya que no legítimamente, los viñedos más hermosos de la comarca, una antigua abadía y unas cuantas alquerías. Los habitantes de Saumur eran poco revolucionarios, de modo que, con un gesto, el tío Grandet sentó plaza de hombre atrevido, de republicano, de patriota, de espíritu abierto a las ideas nuevas, pero en el fondo no era más que un tonelero que tenía afición a las viñas. Fue nombrado miembro de la administración del distrito de Saumur, y su influencia pacífica se dejó sentir así en la política como en el comercio. Políticamente protegió a los ex nobles y se opuso con todas sus fuerzas a la venta de los bienes de los emigrados; comercialmente, procuró a los republicanos mil o dos mil pipas de vino blanco que se hizo pagar con unos magníficos prados que habían sido patrimonio de una comunidad de religiosas y que reservaba para formar un postrer lote. Bajo el Consulado, el bueno de Grandet fue nombrado alcalde, administró cuerdamente, vendimió más cuerdamente todavía; bajo el Imperio, se convirtió en el señor Grandet.

Napoleón no quería a los republicanos; sustituyó al señor Grandet, que aparentemente al menos había lucido el gorro frigio, por un gran terrateniente, un hombre con el de, un futuro barón del Imperio. El señor Grandet se despidió sin la menor amargura de los honores municipales. En interés de la ciudad, había mandado construir excelentes caminos que conducían hasta sus fincas. Su casa y sus campos, favorablemente valorados en el catastro, pagaban impuestos muy módicos. Una vez valorados sus viñedos y sus parras a fuerza de constantes desvelos, se habían puesto a la cabeza de la agricultura, es decir, que producían vino de la mejor calidad. Hubiera podido pedir la cruz de la Legión de Honor. El acontecimiento ocurrió en 1806. El señor Grandet, a quien la Providencia quiso sin duda consolar de su desgracia administrativa, heredó sucesivamente de la señora de la Gaudiniére, de la familia Bertellière, madre de la señora Grandet, del viejo señor de la Bertellière, padre ., de la difunta y, por fin, de la señora Gentillet, abuela materna; tres sucesiones cuya importancia no supo nadie. La avaricia de aquellos tres viejos era tan vehemente hacía muchísimo tiempo que almacenaban el dinero por el solo gusto de contemplarlo en secreto. Para el señor de la Bertellière una inversión de capital no era ni más ni menos que un derroche, pues se le antojaba que las rentas de la contemplación del oro eran más interesantes que las de la usura. De modo que los vecinos de Saumur. calcularon el valor de las economías tomando por la renta de los bienes visibles. Entonces obtuvo el señor Grandet el nuevo título de nobleza que nuestra manía igualitaria no conseguirá borrar nunca: el título de mayor contribuyente de la comarca. Cultivaba cien fanegas de viña que en los años buenos le producían cien pipas de vino. Poseía trece alquerías, una antigua abadía en la que, por ahorrar, había mandado tapiar los ventanajes, las vidrieras, lo que contribuyó a conservarlo; y ciento veintisiete fanegas de prado donde crecían y engrosaban tres mil álamos plantados en 1793. En fin, suya era también la casa en que vivía. Esto era la parte aparente de su fortuna. Por lo que toca a sus capitales, únicamente dos personas podían presumir vagamente su importancia; una era el notario señor Cruchot, encargado de las inversiones usurarias. del señor Grandet, y otra el señor de Grassins, el banquero más rico en Saumur, en cuyos beneficios participaba a su conveniencia y secretamente el acomodado viticultor. Y aunque el viejo Cruchot y el señor de Grassins no carecían de esa profunda discreción que engendra en provincias la confianza y la fortuna, daban en público tales muestras de respeto al señor Grandet que los observadores llegaron pronto a tomarlas como indicio de la importancia alcanzada por los capitales del ex alcalde. Todos en Saumur estaban convencidos de que el señor Grandet tenia un

tesoro particular, un escondrijo repleto de luises y de que se entregaba nocturnamente a los inefables goces que procura la contemplación de un buen montón de oro. Los avaros tenían la certidumbre de que se dedicaba a este ejercicio al ver sus ojos en que el metal amarillo parecía haber dejado alguno de sus reflejos. La mirada del hombre que se habitúa a sacar de sus capitales un interés desmesurado adquiere inevitablemente, como la del voluptuoso, del jugador o del cortesano, ciertos dejos indefinibles, ciertos movimientos furtivos, ávidos, misteriosos que no escapan a sus correligionarios.

Este lenguaje secreto forma en cierto modo la francmasonería de las pasiones. Así es como el señor Grandet inspiraba la estima respetuosa que merece quien no debe nada a nadie y, que a fuerza de buen tonelero y no menos buen viticultor, determina, con la precisión de un astrónomo, cuándo hay que fabricar mil toneles o cuándo bastará con quinientos; quien no falla una sola especulación y tiene toneles para vender cuando van más caros que el zumo a que se destinan, y puede entrar la vendimia en su bodega y aguardar el momento de dar sus barricas por doscientos francos cuando los pequeños propietarios ceden las suyas por cinco luises. Su famosa cosecha de 1811, cuidadosamente reservada, lentamente vendida, le había valido más de cuarenta mil libras. Financieramente hablando, el señor Grandet tenía algo del tigre y —de la boa; sabía tenderse en el suelo, encogerse, observar largo rato su presa, arrojándosele encima, después abría las fauces de su bolsa, engullía una carga de escudos y se acostaba tranquilamente, como la serpiente para digerir, impasible, frío, metódico. Se le veía pasar con un sentimiento de respeto y de terror. ¿Por ventura había alguien en Saumur que no hubiese oído el cauteloso arañazo de sus garras de acero? A Fulano, el notario Cruchot le había procurado el dinero necesario para la compra de una hacienda, pero, ¡ay!, al once por ciento; a Zutano, el señor de Grassins le había descontado unas letras, pero con un espantoso mordisco en concepto de intereses. Raros eran los días en que el nombre del señor Grandet no se pronunciase ya sea en el mercado, ya en las veladas y tertulias de la ciudad. Para ciertas personas la fortuna del venerable viticultor era un motivo de orgullo patriótico. Por eso, más de un comerciante y de un fondista decía a los forasteros no sin cierta satisfacción:

—Caballero, en nuestra ciudad contamos con dos o tres casas millonarias; pero lo que es al señor Grandet es tan rico que él mismo no sabe lo que tiene.

En 1816, los más duchos calculadores de Saumur estimaban sus fincas en cuatro millones; pero como, a partir de 1793, se suponía que había sacado de sus

propiedades una renta anual de cien mil francos, era de presumir que poseía otro tanto en dinero contante y sonante. De modo que cuando, después de una partida de *Boston* o de una charla sobre las viñas, se venía a hablar del señor Grandet, las personas informadas se decían:

—¿El tío Grandet?... El tío Grandet es hombre de cinco o de seis millones de francos.

—Sabe usted más que yo; yo jamás he llegado a averiguar el total —contestaban el señor Cruchot o el señor Grassins si, por azar, oían semejante estimación.

En cuanto un parisiense hablaba de los Rothschild o del señor Lafitte, los vecinos de Saumur preguntaban si eran tan ricos como el señor Grandet. Y si el Parisiense, con sonrisa desdeñosa, les contestaba que sí; meneaban la cabeza con incredulidad y se miraban de reojo. Tamaña fortuna cubría con manto de oro todas las acciones de aquel hombre.

Si, al principio algunos detalles de su vida dieron pábulo a la burla y a la maledicencia, una y otra se habían achicado. En sus acciones mas insignificantes el señor Grandet tenía en su favor la autoridad de la cosa juzgada. Su palabra, sus ademanes, su traje, el guiño de sus ojos tenían fuerza de ley en toda la comarca, donde el que más y el que menos, después de haberlos estudiado como el naturalista estudia los efectos del instinto de los animales, se había dado cuenta de la profunda y silenciosa cordura del más leve de sus movimientos.

"El invierno va a ser crudo —decían—; el tío Grandet se ha puesto los guantes forrados de lana: hay que vendimiar." "El tío Grandet compra mucha madera; señal que hogaño tendremos mucho vino."

El señor Grandet no compraba nunca pan ni carne porque sus colonos le traían cada semana una buena provisión de capones, pollos, huevos, manteca y trigo. Poseía un molino cuyo arrendatario, además de pagarle el alquiler, tenía la obligación de ir a recoger cierta cantidad de grano y devolvérsela hecha harina y salvado. Nanón, su única sirvienta, a pesar de sus años, amasaba todos los sábados el pan de la casa. El señor Grandet tenía arreglos con sus hortelanos para que le surtiesen de legumbres. Por lo que toca a la fruta, era tal la cantidad de su cosecha que en buena parte la mandaba vender en el mercado. La leña que le hacía falta para calentarse, la retiraba de sus setos o de las vallas, medio podridas, que cercaban sus campos, y sus colonos cuidaban de traérsela a casa, ya partida, la colocaban en su leñera y se consideraban

pagados con sus gracias. No tenía más dispendios conocidos que el pan bendito, los vestidos de su mujer y de su hija y la limosna que daba por las sillas en la iglesia; la luz, el sueldo de la vieja Nanón, el remiendo de sus cacerolas; el pago de los impuestos, las reparaciones de sus edificios, y los gastos de explotación. Tenía seiscientas fanegas de bosque, recién comprado, y lo hacía custodiar por un guardián vecino al que prometía una propina. Desde el día que hizo esta compra sólo comía caza. Llanísimos eran sus modales. Hablaba poco. En general, expresaba sus ideas mediante frases breves y sentenciosas, dichas a media voz. Desde la Revolución, que fue la época en que empezó a ser un personaje, tartamudeaba fatigosamente en cuanto le tocaba perorar o sostener una discusión. Aquel balbuceo, la incoherencia de sus palabras, el flujo de frases en que quedaba ahogado su pensamiento, su aparente falta de lógica, que solían atribuirse a su rudimentaria educación, en realidad' no eran más que ardides de su malicia, como se verá en ciertos acontecimientos de esta historia. Por lo demás, le bastaba con cuatro fórmulas algebraicas para resolver todas las dificultades de la vida y de los negocios: "No se", "No puedo", "No quiero", "Allá veremos". Jamás decía, sí ni no; jamás escribía una sola línea. Si le dirigían la palabra, escuchaba fríamente, se .aguantaba la barbilla con la mano derecha, apoyando el codo derecho en el revés de la mano izquierda y las opiniones que formaba sobre cada asunto eran definitivas. Meditaba largo rato sobre cada operación. Cuando al cabo de una charla de tanteo, el contrincante descubría sus baterías suponiéndolo rendido, Grandet contestaba:

—No puedo cerrar tratos sin consultar antes a mi mujer.

Su mujer, reducida a un ilotismo completo, era en materia de negocios su comodín y su escudo. Jamás hacía visitas; no quería tampoco recibirlas, ni dar de comer a nadie. No metía nunca ruido y parecía qué lo ahorrase todo, hasta el movimiento. En casa ajena, no la veríais causar él menor desarreglo, porque la propiedad le inspiraba un profundo respeto. Con todo, a pesar de la suavidad de su voz, a pesar de su porte reservado, el lenguaje y los hábitos del tonelero, asomaban en cuanto estaba en su casa, donde se vigilaba menos que en parte alguna. Tocante a su físico, Grandet tenía cinco pies de estatura, recio, trabado, con pantorrillas de doce pulgadas de circunferencia, rótulas nudosas y hombros robustos; su rostro orondo, curtido y picado de viruelas; barbilla recta, labios sin sinuosidad alguna, dientes blancos; sus ojos tenían la expresión sosegada y devoradora que el pueblo suele atribuir a los ojos del basilisco; su frente, surcada por rayas transversales, no carecía de protuberancias

significativas; sus cabellos amarillentos y grisáceos, eran oro y plata, según ciertas personas que ignoraban lo grave que era hacer bromas a costa del señor Grandet. Su nariz, de punta abultada, soportaba un lobanillo veteado de azul que el vulgo imaginaba, no sin razón, henchido de malicia. Semejante facha anunciaba una sagacidad temible, una probidad sin calor, el egoísmo de un hombre acostumbrado a concentrar sus sentimientos en el goce cíe la avaricia y sobre el único ser que significaba algo para su corazón, su hija Eugenia, su sola heredera. Su actitud, sus modales, sus andares, todo atestiguaba la confianza en sí mismo, propia del hombre que ha salido con bien de todas sus empresas. Aunque de costumbres en apariencia fáciles y suaves, el señor Grandet tenía un carácter de bronce. Vestido siempre del mismo modo, verlo hoy era como verlo en 1791. Se ataba los zapatos con cordones de cuero; llevaba invierno y verano medias de lana arrebujadas, calzón corto de paño marrón con hebillas de plata, un chaleco de terciopelo rayado de amarillo y de color pulga, abrochado de arriba abajo, un ancho levitón pardo con abundantes faldones, una corbata negra y un sombrero de cuáquero. Sus guantes no menos recios que los de los gendarmes, le duraban veinte meses, y, para conservarlos limpios, los colocaba sobre el ala del sombrero, siempre en el sitio, obedeciendo a un gesto maquinal. Esto es todo lo que sabía Saumur sobre tal personaje.

Sólo seis habitantes tenían derecho a entrar en su casa. El más importante de los tres primeros era el sobrino del señor Cruchot: Desde que le nombraron presidente del Tribunal de primera instancia de Saumur, había agregado a su nombre de Cruchot el de Bonfons y se esforzaba en conseguir que el Bonfons oscureciese el Cruchot. Por de pronto el distinguido joven firmaba ya C. de Bonfons. El litigante incauto que seguía llamándole "señor Cruchot" durante el curso del juicio, no tardaba en darse cuenta de su torpeza. El magistrado daba señales de benevolencia a los que le llamaban "señor presidente", pero sus sonrisas más halagüeñas eran para los que le adulaban dándole el nombre de "señor de Bonfons". El señor presidente contaba a la sazón treinta y tres años, poseía la finca de Bonfons *(Boni Fontis)*, que daba siete mil libras de renta; — esperaba la herencia de su tío el notario y la de su otro tío el cura, dignatario del cabildo de Tours; los dos tenían fama de ricos. Los tres Cruchot que acabamos de nombrar, sostenidos por gran cantidad de primos, emparentados con veinte casas de la ciudad, formaban una partido como el de los Médicis en Florencia; y, como los Médicis, los Cruchot tenían sus Pazzi. La señora de Grassins, madre de un muchacho de veintitrés años, iba muy a menudo a dar conversación a la señora Grandet con la

esperanza de casar a su querido Adolfo con la señorita Eugenia. El señor de Grassins, el banquero, cooperaba vigorosamente a las maniobras de su mujer mediante los servicios constantes y secretos que prestaba al viejo avaro y llegaba siempre a tiempo al campo de batalla. También estos tres Grassins contaban con su cohorte de adeptos, de primos, de aliados. Por el lado de los Cruchot el sacerdote, el Talleyrand de la familia, sólidamente secundado por su hermano el notario, disputaba activamente el terreno a la financiera, y procuraba canalizar hacia su sobrino el presidente, la pingüe fortuna. Esta guerra que a la chita callando se desarrollaba entre los Cruchot y los Grassins y cuyo botín no era otro que la mano de Eugenia Grandet, apasionaba a los diversos núcleos de Saumur. ¿Con quién se casaría la señorita Grandet?, ¿con el señor presidente o con Adolfo de Grassins? Algunos resolvían el acertijo diciendo que el señor Grandet no daría su hija a ninguno de los dos, y aseguraban que el viejo tonelero, devorado por la ambición, buscaba un yerno que fuese par de Francia y que, a fuerza de millones, no dejaría de tragarse todos los toneles pasados, presentes y futuros de los Grandet. Otros replicaban que los señores de Grassins eran nobles y muy ricos, que Adolfo era un apuesto galán y que a menos de contar con un sobrino del papa, una boda de tal categoría debía colmar las esperanzas de una gentecilla de tres al cuarto, de un hombre que todo Saumur había visto con la doladera en la mano y que, además, había llevado gorro frigio. Los más sensatos hacían notar que el señor Cruchot de Bonfons entraba y salía a todas horas de casa Grandet, mientras que á su rival sólo se le recibía los domingos. Estos sostenían que la señora de Grassins, que trataba con más intimidad a las mujeres de la familia Grandet que los Cruchot, podía inculcarles ciertas ideas que,_tarde o temprano, le darían la victoria. Aquéllos replicaban que el padre Cruchot era el hombre más insinuante del mundo y que, falda contra sotana, la partida estaba igualadísima.

Los viejos, por su parte, creyéndose más enterados, afirmaban que los Grandet, demasiado tunos para permitir que los bienes saliesen de la familia, casarían a la señorita Eugenia Grandet, de Saumur, con el hijo del señor Grandet de París, rico negociante en vinos al por mayor. Pero los cruchotistas y los grassinistas, no se mordían la lengua y contestaban:

—En primer lugar, los dos hermanos no se han visto ni dos veces en treinta años. En segundo lugar, el Grandet de París tiene mayores pretensiones para su hijo, pica más alto. Es alcalde de distrito, diputado, coronel de la guardia nacional, juez del Tribunal

de comercio; reniega de los Grandet de Saumur y aspira a emparentar con alguna familia ducal de nuevo cuño.

¡Qué es lo que no se diría sobre una herencia de que se hablaba en veinte leguas a la redonda y hasta en las diligencias que iban de Angers a Blois! A principios de 1811, los cruchotistas obtuvieron una señalada ventaja sobre los grassinistas. La tierra de Froidfond, notable por su parque, su admirable castillo, sus cortijos, ríos, estanques, bosques, estimada en tres millones, fue puesta en venta por el joven marqués de Froidfond, obligado a realizar sus bienes. Maese Cruchot, el presidente Cruchot, el padre Cruchot, ayudados por sus allegados, lograron impedir la venta por parcelas. El notario logró persuadir al muchacho de que si no firmaba un convenio con él para vender la finca en bloque, se vería enzarzado en innumerables pleitos contra los adjudicatarios que no acabarían nunca de pagar el precio de las respectivas parcelas; ¡cuánto mejor no era vender al señor Grandet, hombre solvente, y' perfectamente capaz de pagar la tierra al contado! De este modo encaminaron hacia el esófago del señor Grandet el bello marquesado de Froidfond y el viejo avaro, dejando boquiabiertos a los saumurenses, pagó su precio en buena moneda, con el descuento pertinente, claro está. Esta operación se comentó en Nantes y en Orleáns.

El señor Grandet fue a visitar su castillo aprovechando el viaje de vuelta de una carreta. Una vez echó el vistazo del dueño, regresó a Saumur, convencido de que había colocado su dinero al cinco, y acariciando la ilusión de redondear el marquesado agregándole sus propios bienes. Luego, para rellenar su tesoro poco menos que exhausto, resolvió talar sus bosques y explotar a fondo las arboledas de sus prados.

Ahora podemos comenzar a comprender el valor de estas palabras: la casa del señor Grandet y lo que representaba aquel inmueble descolorido, frío, silencioso, situado en lo alto de la ciudad y abrigado por las ruinas de las murallas. Los dos pilares y el arco que formaban el hueco de la puerta habían sido construidos, como la propia casa, en toba, piedra caliza que abunda en las riberas del Loire, tan blanda que su duración media es de unos doscientos años. Las grietas numerosas y desiguales que habían abierto en ella las lluvias y los vientos daban al arco y a los jambajes de la puerta la apariencia de las piedras vermiculadas de la arquitectura francesa y un parecido con el pórtico de una prisión. Sobre la cimbra aparecía un largo bajo relieve esculpido en piedra dura que representaba las cuatro estaciones y cuyas figuras estaban gastadas y ennegrecidas. El bajo relieve estaba coronado por un plinto saliente, sobre el que

crecía una vegetación sembrada por la casualidad: ortigas amarillas, corregüelas, convólvulos, llantén, y un pequeño cerezo ya bastante espigado. La puerta, de roble macizo, parda, reseca, resquebrajada por todas partes, estaba sólidamente sostenida por sus pernos que formaban dibujos simétricos. Ocupaba el centro de la puerta falsa una reja cuadrada, reducida, de barrotes espesos y rojos de herrumbré que servía, por decirlo así, de motivo a un picaporte que pendía de ella mediante un anillo, y golpeaba sobre la cabeza gesticulante de un gran clavo. Tal picaporte, de forma oblonga y del género que nuestros antepasados llamaban *jaquemart,* asemejaba un gran punto de admiración; examinándolo despacio, un anticuario habría llegado a descubrir vestigios de la figura esencialmente grotesca que representó en otro tiempo y que el uso prolongado había llegado a borrar. Por la rejilla destinada a reconocer a los amigos en tiempos de las guerras civiles, podían divisar los curiosos, en el fondo de un paisaje, abovedado, oscuro y verdoso, algunos escalones gastados por los que se llega a un jardín, cercado por muros recios, húmedos, llenos de rezumos y de matas de arbustos enfermizos. Eran éstos los muros de las fortificaciones, sobre las que se levantaban los jardines de algunas casas vecinas. En la planta baja de la casa, la pieza más importante era una sala cuya entrada se hallaba bajo la bóveda de la puerta cochera. Pocas personas conocen la importancia que tiene una sala en las pequeñas ciudades de Anjou, de Turena y de Beeri. La sala es a un tiempo, salón, gabinete, tocador, comedor; es el escenario de la vida doméstica, el hogar común; era allí donde, dos veces al año, iba el peluquero del barrio a cortarle el pelo al señor Grandet; allí donde eran recibidos los colonos, el cura, el subprefecto, el mozo del molino., Aquella sala, cuyas dos ventanas daban a la calle, estaba entarimada; cubierta de arriba abajo por paneles grises, con molduras antiguas; el techo estaba compuesto por vigas aparentes, también pintadas de gris, cuyos huecos estaban llenos de borra que se había tornado amarilla. Un viejo reloj de cobre, con incrustaciones de concha, adornaba el dintel de la chimenea construida en piedra blanca toscamente esculpida, sobre el cual había un espejo verdoso, cuyos lados cortados en bisel para mostrar su reciedumbre, reflejaban un hilillo de luz a lo largo de un tremó gótico de acero damasquinado. Las dos girandelas de cobre dorado que decoraban ambos extremos de la chimenea tenían dos fines; cuando se le quitaban las rosas que le servían de arandelas y cuya rama principal se adaptaba al pedestal de mármol azul adornado de cobre viejo, se obtenía un candelabro para los días ordinarios. Los sillones, de forma antigua, estaban cubiertos con tapices que representaban las fábulas de La Fontaine; pero había que saberlo para reconocer los temas, hasta tal punto los

colores se habían desvanecido y las figuras acribilladas de zurcidos resultaban enigmáticas. Había en las cuatro esquinas de la sala, una especie de aparadores angulares, rematados por una repisa mugrienta. En la entreventana había una vieja mesa de juego toda en marquetería, con tablero de ajedrez. Encima de esta mesa había un barómetro ovalado, con orla negra, adornado con cintas de madera dorada, en que las moscas habían retozado con tal desenvoltura que el dorado no era más que un recuerdo. En la pared opuesta a la chimenea, aparecían dos retratos al pastel que pretendían representar al abuelo de la señora, Grandet, el viejo señor de la Bertellière, con uniforme de teniente de guardias francesas, y la difunta señora Gentillet, vestida de pastora. Las dos ventanas estaban adornadas con cortinas de seda de Toars roja, recogidas con cordones de seda rematados por borlas. Aquel lujoso decorado, tan poco en armonía con la manera de ser de Grandet, fue comprendido en la venta de la casa, así como el tremó, el reloj, el mueble tapizado y los aparadores en palo de rosa. Junto a la ventana más cercana a la puerta había una silla de enea cuyas patas estaban montadas sobre patines, a fin de que la señora Grandet alcanzase a ver la calle y los transeúntes. Un costurero de la ladera de cerezo descolorido ocupaba el alféizar de la ventana y a su lado estaba el silloncito de Eugenia Grandet. En aquel sitio, transcurrían de quince años a esta parte los días de la madre y de la hija, de abril a noviembre. El primero de este mes, se trasladaban junto a la chimenea. Aquel día y no antes, permitía Grandet que se encendiese el fuego en la sala y lo mandaba apagar el 31 de marzo, sin preocuparse de los fríos de la primavera ni de los del otoño. Un braserillo alimentado con brasas procedentes de la cocina que la vieja Nanón, haciendo filigranas, sustraía a sus fogones, ayudaba a la señora y a la señorita Grandet a soportar las mañanas o las tardes excesivamente frescas de los meses de abril y de octubre. Madre e hija remendaban toda la ropa de la casa y se consagraban con tanta conciencia a aquella modesta labor que si Eugenia tenía ganas de bordar una gorguera para su madre, no tenía más remedio que quitar horas al sueño y engañar a su padre para tener luz. Hacía tiempo ya que el avaro distribuía las velas a su hija y a Nanón y lo mismo hacía con el pan y los artículos necesarios para el consumo diario.

La gran Nanón era "quizá la única criatura humana capaz de soportar el despotismo de su amo. Toda la ciudad envidiaba a la señora y a la señorita Grandet. La gran Nanón, así llamada a causa de su gran estatura de cinco pies y ocho pulgadas, servía a Grandet desde hacía treinta y cinco años. Aunque no tenía más que sesenta y cinco libras de sueldo, se la consideraba como una de las criadas más ricas de Saumur.

Dichas sesenta y cinco libras acumuladas a lo largo de treinta y cinco años, le habían permitido contratar en la notaría de Cruchot un vitalicio de cuatro mil libras. Tamaño resultado, fruto de las persistentes economías de la gran Nanón, se juzgó gigantesco. Las demás criadas, al ver como Nanón se había asegurado el lían para su vejez, la envidiaban de firme sin reparar en la dura servidumbre a que tuvo que someterse para lograrlo. A los veintidós años, la infeliz no se había podido colocar en parte alguna por culpa de su cara, tenida por repugnante; y a fe que en esta apreciación había injusticia; su cara, puesta sobre los hombros de un granadero, hubiera parecido de perlas; es evidente que en este mundo todo es cuestión de oportunidad. Obligada a dejar un cortijo incendiado en que guardaba vacas, fuese a Saumur para buscar casa donde ponerse a servir, sostenida por un ánimo robusto y a prueba de desaires. En aquel entonces, el señor Grandet pensaba ya en casarse y quería organizar su casa. Echó pronto el ojo a aquella muchacha ante la que se cerraban una tras otra todas las puertas. En, su calidad de tonelero, Grandet sabía apreciar la fuerza física y adivinó en seguida todo el partido que podría sacar de un Hércules femenino, montada sobre sus extremidades como un roble de sesenta años sobre sus raíces, de caderas robustas, de espalda cuadrada, con manos de carretero, una probidad a toda prueba y una virtud intacta. Ni las verrugas que adornaban aquel rostro marcial, ni su color de ladrillo, ni sus brazos nervudos, ni sus harapos espantaron al tonelero que se encontraba aún en la edad en que el corazón puede estremecerse. Vistió a la muchacha, la calzó, la alimentó le señaló un sueldo y la tomó a su servicio sin atropellarla en demasía. Al verse acogida de aquel modo, la pobre Nanón lloró de alegría, tomó de veras ley al tonelero que no dejó, por ello de explotarla feudalmente. Todo lo hacía Nanón; la cocina y las coladas; iba a lavar la ropa al Loira y la cargaba sobre sus hombros; se levantaba con el día, se acostaba tarde; hacía comida para todos los trabajadores durante la vendimia; vigilaba el ir y venir de las portadoras; defendía, como perro fiel, los intereses de su dueño al que, llena de una confianza sin límites, obedecía en sus fantasías más extravagantes. En el famoso año de 1811, cuya cosecha costó desvelos sin cuento, Grandet resolvió regalar a Nanón su viejo reloj y éste fue el único obsequio que le hizo en veinte años de servicios. Digamos para ser exactos que también le transfería sus zapatos viejos, que le iban bien; se los transfería en tal estado que no hay manera de incluirlos en el capítulo de la munificencia. La necesidad tornó tan avara a la pobre muchacha que Grandet acabó por quererla como a un perro, y Nanón se dejó poner un collar erizado de puntas, cuyos pinchazos ya no la molestaban. No se quejaba de que Grandet le cortase el pan con un exceso de

parsimonia; beneficiábase alegremente de los saludables efectos del severo régimen de aquella casa, en que jamás había enfermos.

Por lo demás, Nanón formaba parte de la familia; reía cuando reía Grandet; con él se entristecía, con él trabajaba, con él sentía el frío y el calor. ¡Qué agradables compensaciones hallaba en esta igualdad! El dueño no había echado jamás en cara a la sirvienta los albérchigos, ni los melocotones de viña, ni las ciruelas, ni los griñones que comía al pie del árbol.

—Hártate, Nanón —le decía en los años que las ramas se doblaban bajo el peso de la fruta y que los colonos no tenían más remedio que dársela a los cerdos.

Para una muchacha del campo que en su juventud no había recogido más que insultos y desprecios, para una infeliz aceptada por caridad, la risa equívoca del tío Grandet era un verdadero rayó de sol. Por otra parte, el corazón sencillo y la cabeza angosta de Nanón sólo pondrían contener un sentimiento y una idea. Había cumplido treinta y cinco años y aún se veía llegando al obrador del señor Grandet, descalza, harapienta y seguía oyendo al tonelero que le decía: "¿Qué se te ofrece, chiquilla?", y su agradecimiento se conservaba fresco y joven como el primer día. Alguna vez pasaba por la cabeza de Grandet la idea de que aquella pobre muchacha no había oído nunca una palabra halagüeña, que ignoraba los sentimientos tiernos que puede inspirar una mujer, y que podía comparecer ante Dios más casta que la misma Virgen María; entonces, movido a piedad, la miraba y decía:

-¡La pobre Nanón!

Semejante exclamación obtenía siempre una mirada indefinible de la vieja criada. Repetida de vez en cuando, iba formando, a lo largo de los años una cadena de amistad ininterrumpida, cada frase conmiserativa era un eslabón de la cadena. Aquella piedad, puesta en el corazón de Grandet y aceptada con gratitud por la vieja criada, tenía algo de horrible. Atroz piedad de avaro, causaba mil placeres al corazón del viejo tonelero y era para Nanón su lote de felicidad. Otros pudieron como Grandet exclamar: "¡Pobre Nanón!" Pero Dios reconoce a sus ángeles por la inflexión de sus voces y de sus misteriosos lamentos. En muchas casas de Saumur las criadas estaban mejor tratadas, pero no por eso demostraban el menor— cariño a los amos. De donde nació esta otra frase: "¿Qué le dan los Grandet a Nanón, para tenerla tan adicta? Al fuego se echaría por ellos." Su cocina, cuyas ventanas enrejadas daban al patio, estaba siempre limpia, ordenada, fría; era una verdadera cocina de avaro en que no hay des-

perdicios. Cuando Nanón había lavado la vajilla, puesto a buen recaudo los restos de la comida, apagado el fuego, salía de la cocina, separada del comedor por un corredor, y se ponía a hilar junto a sus amos. Una sola luz bastaba a toda la familia para la velada. Dormía la sirvienta en el fondo de dicho corredor, en un chiribitil sin más claridad que la que le llegaba por la puerta. Su robusta salud le permitía habitar sin daño aquella especie de hoyo, desde donde podía oír el ruido más leve a través del profundo silencio que reinaba día y noche en la casa. Le tocaba dormir como un perro guardián, atento el oído, cerrado un solo ojo con sueño que casi era vigilia:

La descripción de las demás dependencias de la casa se desprenderá de los sucesos de esta historia; aunque ya el diseño que hemos hecho del comedor, concentración de todo el lujo del ajuar, permite entrever la desnudez de los pisos superiores.

En 1819, al principio de la velada, a mediados de noviembre, Nanón encendió por primera vez el fuego. Había hecho un otoño delicioso. Aquel día era festivo y muy señalado para los cruchotistas y los grassinistas. Los contendientes se aprestaban a comparecer, armados de todas armas, y a enfrentarse en el comedor en un duelo de zalemas y de pruebas de afecto. Por la mañana, todo Saumur había podido ver a las Grandet, madre e hija, acompañadas de Nanón, dirigirse a la parroquia para oír misa; y nadie dejó de recordar que aquel día era el cumpleaños de la señorita Eugenia. Calculando la hora en que aproximadamente terminaría la comida, maese Cruchot, el padre Cruchot y el señor C. de Bonfons hacían lo posible por llegar antes que los Grassins para felicitar a la señorita Grandet. Los tres le llevaban sendos ramos cogidos en sus invernaderos. Los tallos de las flores que ofrecía el presidente estaban ingeniosamente envueltos en una cinta de satén blanco con fleco de oro. Por la mañana, siguiendo su costumbre tanto para la fiesta onomástica como para el aniversario, el señor Grandet, había ido a sorprender a su hija antes que se levantase y le había ofrecido su regalo paternal, consistente, desde hacía trece años, en una curiosa moneda de oro La señora Grandet solía regalar a su hija un vestido de invierno o de verano, según convenía. Los dos vestidos, las monedas de oro qué recogía por Año Nuevo y por el santo de su padre, constituían una renta de cien escudos y Grandet disfrutaba viendo cómo la iba acumulando. ¿No era como trasladar el dinero de un bolsillo a otro y cultivar con mimo la avaricia de su heredera, a la que de vez en cuando pedía cuentas a su tesoro, alimentado en otro tiempo con las dádivas de los Bertellière?

—Será tu *doceno* de boda —le decía .Grandet.

El doceno es una antigua costumbre que se conserva aún con veneración en el centro de Francia. En Borril, en Anjou, cuando una chica se casa, su familia o la del marido debe darle una bolsa en la que, según las fortunas, hay doce piezas o doce centenares de piezas de plata o de oro. No hay pastora, por pobre que sea, que se case sin su doceno, aunque sólo sea de perras gordas. Se habla todavía en Issoudun del doceno ofrecido a no sé qué rica heredera que estaba compuesto por ciento cuarenta y cuatro portuguesas de oro. El papa Clemente VII, tío de Catalina de Médicis, al casarla con Enrique II, le regaló una docena de medallas de oro antiguas de gran valor.

Durante la comida, el padre, henchido de gozo al ver a su hija embellecida por el traje nuevo, exclamó:

—¡Ya que es el santo de Eugenia, encendamos fuego! Eso nos traerá suerte.

—Como si lo viera, la señorita se casará dentro del año ———dio Nanón retirando los restos de un ganso, que es, como si dijésemos, el faisán de los toneleros.

—No veo en Saumur partido que le convenga —respondió la señora Grandet, mirando a su marido con timidez, lo que, dada su edad, acusaba bien a las claras el estado de servidumbre conyugal en que se hallaba sumida.

Grandet contempló a su hija y exclamó alborozadamente:

—La nena cumple hoy veintitrés años y es justo que empecemos a ocuparnos de ella.

Madre e hija cruzaron en silencio una mirada de inteligencia.

La señora Grandet era una mujer flaca y enjuta, amarilla como un membrillo, torpe, lenta; una de esas mujeres que parecen haber nacido para la sujeción. Era huesuda, tenía la nariz grande, la frente grande, los ojos grandes, y de buenas a primeras ofrecía un vago parecido con esos frutos algodonosos que no tienen olor ni sabor. Escasos y negros eran sus dientes, la boca rodeada de arrugas, la barbilla en forma de chancleta. Era una buena mujer, una verdadera Bertelliere. Cruchot se las arreglaba para decirle de vez en cuando que no había estado del todo mal y ella se lo creía. Su dulzura angélica, su resignación de insecto martirizado por una partida de chiquillos, su ánimo inalterable, su buen corazón, su insólita piedad, le captaban el respeto y la simpatía de todos. Su marido no le daba nunca más de seis francos juntos para los gastos menudos. Podía pasar por rica, ya que con su dote y las herencias que le habían correspondido, aportó más de trescientos mil francos al señor Grandet, pero se sintió

siempre tan profundamente humillada de una dependencia y de un ilotismo contra los cuales la bondad de su alma le impedía rebelarse, que jamás había osado pedir un céntimo, ni hacer la menor observación sobre las escrituras que maese Cruchot sometía a su firma. De la combinación de aquella altivez tonta y secreta con la nobleza de su alma ignorada y constantemente herida por Grandet nacía su conducta. Vestía siempre con un traje de levantina verdosa que se había acostumbrado a hacer durar cerca de un año; ceñía el busto con una pañoleta de algodón blanco, se tocaba con un sombrero de paja cosida, y llevaba casi siempre un delantal de tafetán negro. Como salía poco, apenas gastaba los zapatos. Nada quería para sí. Hasta tal punto que Grandet, a veces, dándose cuenta del tiempo que hacía que no le daba seis francos a su mujer, al vender las cosechas estipulaba siempre una prima en su beneficio. Los cuatro o cinco luises que en este concepto recogía del holandés o del belga que le compraba la uva y que Grandet entregaba a su mujer formaban la parte más saneada de sus ingresos anuales. Pero, después de haberle entregado los cinco luises, Grandet solía decirle como si su bolsa fuese común: '¿Me ,podrías prestar algunas perras?', y la pobre mujer, dichosa de poder hacer algo. por el hombre que su confesor le presentaba como su amo y señor, le devolvía durante el curso del invierno, algunos escudos del fondo de las primas. Cuando Grandet sacaba del bolsillo la pieza de cien sueldos que cada mes destinaba a su hija para los pequeños gastos, hilo, agujas y tocado, no olvidaba nunca, después de abrocharse el bolsillo, de decir a su esposa:

—¿Y tú, madre, no necesitas nada?

—Amigo mío —contestaba la señora Grandet, movida por un sentimiento de dignidad maternal—, ya veremos, ya veremos.

—¡Sublimidad perdida! Grandet se, creía muy generoso para con su mujer. Los filósofos que dan con seres como Nanón, la señora Grandet, Eugenia, ¿no pueden suponer con razón que la ironía forma el fondo del carácter de la Providencia? Después de aquella comida en que, por primera vez, se hizo alusión al casamiento de Eugenia, Nanón fue a buscara una botella de caris a la habitación del señor Grandet y al volver por poco se cae.

—¡Animalote —le dijo su dueño—, a ver Ni tú vas a caer como otra cualquiera!

—Señor, la culpa es de ese escalón, que no se aguanta.

—Tienes razón ——dijo la señora Grandet—. Hace tiempo que des biste mandarlo reparar. Ayer mismo, Eugenia por poco se tuerce el pie.

——Vamos —dijo Grandet a Nanón, al ver que había palidecido—, ya que es el cumpleaños de Eugenia y que estuviste a punto de caer, toma un vasito de casis para reponerte.

—A fe que me lo he ganado —dijo Nanón—. En mi lugar, cuántas habrían roto la botella; pero yo ante me rompo el codo.

—¡La pobre Nanón! ——dijo el señor Grandet escaciándole el casis. ——¿Te has hecho daño? —le preguntó Eugenia mirándola con interés.

—No, porque me retuve a fuerza de contraer los riñones.

¡Vaya, por Dios! Ya que es el cumpleaños de Eugenia ——dijo Grandet—, os voy a arreglar ese peldaño. Veo que no sabéis poner el pie en la parte que aún se aguanta firme.

Tomó Grandet la vela, dejó a su mujer, a su hija y a la criada sin más luz que el resplandor de la chimenea, y se fue a su horno de cocer pan a buscar tablas, clavos y herramientas.

—¿Quiere que le ayude? —le gritó Nanón, oyéndole golpear en la escalera.

—¡No, no! Yo me basto —respondió el ex tonelero.

En el momento en que Grandet con sus propias manos, reparaba la escalera carcomida, y silbaba con toda su alma en recuerdo de sus años juveniles, los tres Cruchot llamaron a la puerta.

—¿Es usted, señor Cruchot? —1e preguntó Nanón por la rejilla. —Sí —contestó el presidente. Nanón abrió la puerta, y el resplandor del hogar que se reflejaba en la bóveda, permitió que los tres Cruchot hallasen la puerta del comedor.

—¡Al} qué galantes son ustedes!

—les dijo Nanón al respirar el aroma de las flores.

—¡Perdónenme! —gritó Grandet al reconocer la voz de sus amigos—, ¡voy con ustedes en seguida! Me pillan en mala postura; estoy echando un remiendo a la escalera.

——No se interrumpa, señor Grandet. Cada uno es rey de su casa —dijo el presidente.

La señora y la señorita Grandet se levantaron. El presidente, aprovechando la oscuridad, dijo a Eugenia:

—¿Me permite usted, señorita, que le desee, hoy que acaba de nacer, una serie interminable de años felices y la persistencia de la salud de que está gozando?

Y así diciendo le ofreció un ramo de flores raras en Saumur; luego, apretando a la heredera por los codos, la besó en ambos lados del cuello con una complacencia que hizo ruborizar a Eugenia. Era así como el presidente, que parecía un enorme clavo mohoso, entendía hacerle la corte.

—Adelante, adelante —dijo Grandet que había terminado su faena—. Amigo presidente, ¡qué expresivo está usted los días de fiesta!

—¡Ah!, con la señorita —respondió el padre Cruchot, blandiendo su ramo—, creo que todos los días del año serían de fiesta para mi sobrino.

El cura besó la mano de Eugenia. Maese Cruchot, por su parte, besó a la muchacha en las mejillas y dijo:

———¡Cómo nos empujan! Cada año doce meses.

Al poner la vela ante el reloj, Grandet, que prolongaba las bromas y, si le parecían chistosas, las repetía hasta la saciedad, dijo:

—¡Ya que es el cumpleaños de Eugenia, encendamos los candelabros!

Desmontó cuidadosamente los brazos de los candelabros, puso su arandela en cada pedestal, tomó de manos de Nanón una vela nueva con contera de papel, la metió en

el agujero, la aseguro, la encendió, y fue a sentarse al lado de su mujer, mirando alternativamente a sus amigos, a su hija y a sus dos velas. El Cruchot, hombrecillo regordete, con una peluca roja y aplastada, con cara de jugadora vieja, dijo adelantando sus pies calzados con recios zapatones con broches de plata:

—¿No han venido los Grassins? —Todavía no —dijo Grandet. —Pero, vendrán, ¿'verdad? —dijo el viejo notario haciendo muecas con su cara más agujereada que una espumadera.

—Así lo espero —respondió la señora Grandet.

—¿Terminó usted la vendimia? —le preguntó a Grandet el presidente Bonfons.

—¡En todas partes! —le respondió el viejo viñador, levantándose para pasear de un lado a otro de la sala, dilatando el pecho en un movimiento de orgullo que subrayaba su frase: ¡en todas partes!

A través de la puerta del corredor que conducía a la cocina vio entonces a Nanón, sentada junto al fuego, con una vela encendida y preparándose a hilar allí, por no mezclarse a la conversación.

—Nanón —le dijo dando unos pasos en el corredor—, ¿quieres apagar esa luz y venirte con nosotros? Demonte, la sala es bastante espaciosa para que quepamos todos.

—Pero el señor tendrá visitas de rumbo.

—¿No vales tú tanto como ellos? Salieron de una costilla de Adán ni más ni menos que tú.

Grandet volvió hasta donde estaba el presidente y le preguntó: —¿Vendió usted su cosecha? —No, la guardo. Si hoy el vino es bueno, más lo será dentro de un par de años, Usted sabe que los propietarios se han juramentado para mantener los precios convenidos, y lo que es este año los belgas no nos hacen la ley. Que se vayan sin comprar, si quieren, ¡ya volverán!

pero aguantémonos firmes —dijo Grandet con un tono que hizo estremecer al presidente. "¿Estará en el ajo?", pensó Cruchot.

En aquel momento, un martillazo del picaporte anunció la familia Grassins y su llegada interrumpió la conversación iniciada entre la señora Grandet y el cura.

Era la señora Grassins una de esas mujeres menudas vivarachas, rollizas, blancas y sonrosadas, que, gracias al régimen claustral de la provincia y a los hábitos¯ de una vida virtuosa, se conservan jóvenes à los cuarenta años. Son como ciertas rosas tardías, cuya vista deleita los ojos, pero cuyos pétalos tienen una especie de frialdad y cuyo perfume se debilita por momentos. Se vestía con bastante gusto, mandaba venir sus trajes de París, daba el tono a la ciudad de Saumur y celebraba reuniones. Su marido, ex sargento de la guardia imperial, herido gravemente en Austerlitz, conservaba, a pesar de su consideración para Grandet, la aparente franqueza de los militares.

—Buenas noches, Grandet —le dijo al viñador, tendiéndole la mano y afectando una especie de superioridad con que siempre aplastaba a los Cruchot—. Señorita —

agregó, dirigiéndose a Eugenia, después de saludar a la señora Grandet—, será usted siempre tan guapa y tan juiciosa que uno no sabe qué desearle más.

Luego, tomándola de manos de un criado, le ofreció una caja que contenía un brezo de El Cabo, flor recién importada a Europa y todavía muy rara.

La señora de Grassins, besó cariñosamente a Eugenia, le estrechó la mano y le dijo:

—Adolfo es el encargado de ofrecerte mi pequeño obsequio. Un muchacho alto, pálido, y rubio, de modales bastante distinguidos, tímido en apariencia, pero que acababa de gastar en París, donde cursaba la carrera de Derecho, ocho o diez mil francos sobre los de su pensión, se adelantó hacia Eugenia, la besó en ambas mejillas, y le ofreció un estuche de costura en que todos los utensilios eran de plata sobredorada, verdadera baratija a pesar del escudo en que las iniciales góticas E. G., bastante bien grabadas, pudiesen hacer creer otra cosa. Al abrirla, tuvo Eugenia una de esas alegrías inesperadas y cumplidas que hacen enrojecer y temblar a las muchachas. Volvió los ojos hacia su padre, como para consultarle si debía aceptar: el señor Grandet le dijo:

—Tómalo, hija mía —con una entonación que hubiese consagrado a un actor. Los tres Cruchot quedaron estupefactos al ver la mirada gozosa y animada que la linda heredera, a quien tamañas riquezas parecían increíbles, lanzó sobre Adolfo de Grássins.

El señor de Grassins ofreció a Grandet un polvo de rapé, tomó otro para sí, sacudió los granitos que habían caído sobre la cinta de la Legión de Honor prendida al ojal de su traje azul, miró luego a los Cruchot con un aire que parecía decir: "¡Paren ustedes ese golpe!". La señora de Grassins posó la vista en los búcaros azules en que se habían puesto los ramos de los Cruchot, buscando sus regalos con la buena fe fingida de una mujer burlona. En aquella delicada coyuntura, el padre Cruchot dejó que los reunidos se sentasen en el círculo delante del fuego y se fue a pasear al fondo de la sala con Grandet. Cuando los dos viejos se hallaron frente a la ventana, en el punto más distante de las Grassins:

—Esa gente —dijo el cura al oído del avaro —tiran el dinero por la ventana.

—¿Qué importa, mientras venga a parar a mi bodega? —replicó el ex tonelero.

—Si usted quisiese obsequiar a su

hija con tijeras de oro,' medios tendría para ello —dijo el cura.

—Le doy algo mejor que tijeras —respondió Grandet.

"Mi sobrino es un alma de cántaro", pensó el clérigo, mirando al presidente, cuya cabeza desgreñada acentuaba el mal talante de su rostro moreno—. ¿A que no se le ocurre una sola tontería con gracia?"

—Vamos a organizar la partida de la señora Grandet —dijo la señora de Grassins.

—Ya que es el cumpleaños de Eugenia, hagan, una gran partida de lotería y estos chicos también podrán jugar.

Y el ex tonelero, que no jugaba nunca, señaló a su hija y a Adolfo. —Anda, Nanón, pon las mesas. —La vamos a ayudar, Nanón, ——exclamó la señora de Grassins, contenta de ver la alegría que había causado a Eugenia.

—En mi vida he recibido un regalo que me gustara tanto —dijo la heredera. Es una preciosidad.

—Es Adolfo quien lo ha traído de París y lo ha escogido él mismo —le susurró la señora de Grassins al oído.

"¡Dale que te dale, grandísima lagartona! —se decía el presidente—. ¡Lo que es si algún día, tú o tu marido, tenéis algún pleito, os va a costar ganarlo!"

El notario, sentado en una esquina, miraba al cura con placidez y se decía:

"Los Grassins, pueden intrigar cuanto quieren; mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino, suman un millón cien mil francos. Los Grassins no llegan a reunir ni la mitad y, además, tienen una hija. ¡Que no se compongan pues! La heredera y los regalos, todo vendrá para casa un día u otro."

A las ocho y media funcionaban dos mesas de juego. La linda señora de Grassins había conseguido colocar a su hijo al lado de Eugenia. Los actores de aquella escena, vulgar en apariencia, pero en realidad llena de interés, provistos de cartones llenos de cifras y de colores con sus fichas de cristal azul, parecían prestar atención a los chistes del viejo notario, que para cada número que sacaba tenía una ocurrencia; pero todos pensaban en los millones de Grandet. El viejo tonelero contemplaba vanidosamente las plumas color de rosa y el flamante atavío de la señora de Grassins, la cabeza marcial del banquero, la de Adolfo, al presidente, al clérigo, al notario, y decíase para sus adentras:

"Están aquí por mis escudos. Vienen a aburrirse por mi hija. ¡Al demontre todos juntos! Mi hija no será para unos ni para otros y entre tanto, todos me están sirviendo de anzuelo para pescar."

Aquella alegría familiar en el salón gris mal alumbrado por dos velas; aquellas risas acompañadas por el ruido de la rueca de Nanón y que sólo eran sinceras en los labios de Eugenia y de su madre; tanta pequeñez unida a tan grandes intereses; la pobre muchacha que, semejante a ciertos pájaros, víctimas del elevado precio que les asignan y que ellos ignoran, se hallaba acosada, colmada de falsas pruebas de afecto; todo contribuía a dar a la escena un triste acento cómico. ¿Por ventura tiene la menor novedad? ¿No es una escena de todos los tiempos y de todos los lugares, sólo que reducida a su más simple expresión? La figura de Grandet dedicado a explotar la fingida devoción de las dos familias y sacarles todo el jugo posible, dominaba aquel drama y le alumbraba con vivísima claridad. El dios Dinero, el único dios moderno, aparecía allí con todo su poder. A los dulces sentimientos de la vida no les quedaba más que un lugar subalterno; sólo hallaban asilo en tres corazones puros: el de Nanón, el de Eugenia y el de su madre. ¡Cuánta ignorancia, para preservar su ingenuidad! Eugenia y su madre no sabían nada de la fortuna de Grandet; juzgaban de la vida a la luz de sus pálidas ideas; no apreciaban ni despreciaban el dinero a fuerza de estar acostumbradas a prescindir de él. Sus sentimientos, heridos sin que ellas mismas lo advirtiesen, pero vivaces, así como el secreto de sus existencias, las convertía en algo aparte de aquellas gentes cuya vida era puramente material. ¡Horrible condición la del hombre! No hay una sola de sus dichas que no esté. edificada sobre una ignorancia. En el momento en que la señora Grandet ganaba un lote de diecisiete sueldos, el mayor que se había apostado en aquella sala, y que la gran Nanón reía feliz, viendo como su señora embolsaba semejante suma, sonó el picaporte con tal violencia que las mujeres se sobresaltaron.

—No es de Saumur la persona que llama de este modo —dijo el notario.

—¡Ave María purísima, qué manera de golpear! —dijo Nanón—. ¿Querrán romper la puerta?

—¿Quién diablos será? —exclamó Grandet.

Nanón tomó una de las velas y fue a abrir, acompañada de su amo.

—¡Grandet! ¡Grandet! —gritó su mujer que, movida por un vago sentimiento de miedo se abalanzó hacia la puerta de la sala.

Todos los jugadores la miraron.

— ¿Y si fuésemos también nosotros? —dijo el señor de Grassins—. Ese martillazo me da mala espina. Granssis tuvo apenas tiempo dé vislumbrar la cara de un joven, acompañado del mozo de las mensajerías, que llevaba dos baúles enormes y arrastraba unos sacos de mano. Grandet se, volvió bruscamente hacia su mujer y le dijo:

— Señora Grandet, vuelva usted a su juego. Deje que yo me entienda con el señor.

Y a renglón seguido cerró con fuerza la puerta de la sala donde los invitados volvieron a ocupar sus puestos; pero no a continuar la partida.

—¿Es alguien de Saumur? —preguntó la señora de Grassins a su marido.

—No, es un viajero.

—Sólo puede venir de París.

—Así es —intervino el notario consultando su reloj de dos dedos de grueso que parecía un barco holandés—. Son las nueve. ¡Caramba con la diligencia. del Despacho Grande! Ni un día llega con retraso.

—¿Es joven el señor que ha llegado? —preguntó el padre Cruchot.

—Sí —contestó Grassins—. Y trae un equipaje que por lo menos pesa trescientos kilos.

—Nanón, no vuelve —observó Eugenia.

—No puede ser más que algún pariente de ustedes —dijo el presidente.

—Hagamos las puestas —exclamó suavemente la señora de Grandet—. Por las voz he conocido que el señor Grandet estaba contrariado; tal vez le disguste, si nota que nos estamos ocupando de sus asuntos.

—Señorita —dijo Adolfo a su vecina—. Seguramente es su primo Grandet. Un guapo chico que vi en el baile del señor de Nucingen.

Adolfo no siguió. Su madre le había dado un pisotón y, en seguida, haciendo ver que le pedía un par de sueldos para su apuesta, le dijo al oído:

—¿Quieres callar, majadero?

En aquel momento Grandet volvió a entrar sin Nanón, cuyos pasos y los del mozo resonaron en la escalera, le seguía el viajero que hasta tal punto había excitado la curiosidad y preocupado las imaginaciones de los presentes. Su llegada podía compararse a la de un caracol en una colmena, o a la entrada de un pavo real en un gallinero del pueblo.

—Siéntese usted junto al fuego —le dijo Grandet.

Antes de obedecer, el recién llegado saludó con mucho donaire a los reunidos. Los hombres se levantaron para corresponder mediante ana cortés inclinación y las mujeres hicieron una reverencia ceremoniosa.

—Seguramente ha cogido usted frío —le dijo la señora Grandet—. ¿Llega usted de . . . ?

—¡Mujeres habían de ser! ——dijo el tonelero, suspendiendo la lectura de una carta que tenía en la mano—; dejen que el señor descanse en paz.

—Pero, papá, tal vez este caballero necesita algo —insinuó Eugenia. —Tiene lengua para pedirlo —replico severamente el viñador.

La escena no sorprendió más que al desconocido. Los demás estaban acostumbrados a las maneras despóticas del viejo. No obstante, una vez cruzadas aquellas dos preguntas y aquellas dos respuestas, el desconocido se levantó, volvió la espalda al fuego, levantó uno de sus pies para calentar la suela de su bota, y dijo a Eugenia:

—Gracias, primita, he comido en Tours. —Y agregó, mirando a Grandet—: No necesito nada; no estoy fatigado siquiera.

—¿El señor viene de la capital? —preguntó la señora de Grassins. Carlos, que así se llamaba el hijo del señor Grandet, de París, al oír la pregunta tomó un monóculo que pendía de su cuello, mediante una cadena, le aplicó a su ojo derecho para examinar lo que había sobre la mesa y las personas que estaban sentadas a su alrededor; detúvose con impertinencia en la señora de Grassins y, después de haberse hecho cargo de todo, le dijo:

—Sí señora. —Y agregó dirigiéndose a la señora Grandet—. Están ustedes jugando a la lotería; háganme el favor de continuar la partida; es demasiado divertido para que la dejen .

"Estaba segura de que era el primo", pensó la señora de Grassins, lanzándole miraditas de inspección.

—Cuarenta y siete —gritó el viejo sacerdote—. Marque usted, señora de Grassins. ¿No es éste su número?

El señor de Grassins puso una ficha sobre el cartón de su mujer que, *invadida* por tristes presentimientos, observó alternativamente a Eugenia y al primito de París, sin pensar en la lotería. De vez en cuando, la joven heredera dirigía miradas furtivas a su primo, y la mujer del banquero se dio cuenta del *crescendo* de sorpresa y de curiosidad que revelaban, Carlos Grandet, guapo muchacho de veintidós años, producía en aquel momento un singular contraste con los buenos provincianos que quien más quien menos se sentían indignados por aquellos aristocráticos modales que estudiaban todos con disimulo para poder después caricaturizarlos a su sabor. Esto exige una explicación. A los veintidós años, los jóvenes están aun demasiado cerca de la infancia para. abandonarse a las puerilidades. De modo que entre cien jóvenes de su edad encontraríamos lo menos noventa y nueve que, en su caso, se habrían portado exactamente como acababa de portarse Carlos Grandet.

Unos días antes de aquella velada, su padre le había dicho que fuese a pasar unos meses en casa de su hermano de Saumur. Quién sabe si el señor Grandet, de París, pensaba en Eugenia. Carlos, que por primera vez caía en provincias, se propuso mostrar la superioridad de un joven a la moda, despertar a todo el distrito con el espectáculo de su lujo, marcar época en los anales de la ciudad, ser el embajador de las invenciones parisienses. En fin, para decirlo en una frase, Carlos quería pasar más tiempo en Saumur que en París cepillándose las uñas, pretendía presentarse con ese exceso de afectación que a veces el verdadero elegante desdeña en favor de un cierto abandono no exento de gracia. Carlos llevaba en su equipaje el más lindo traje de caza, la escopeta más bonita, el cuchilla más caprichoso, la vaina más historiada que había encontrado en todo París. Llevaba también una colección de chalecos a cuál más ingenioso, los había grises, blancos, negros, color de escarabajo, con reflejos de oro, bordados, de chiné, con chal o con cuello parado, de cuello vuelto, abrochados hasta arriba, con botonadura de oro. No era menos variado su surtido de corbatas y de cuellos. Iba provisto igualmente de dos fracs de Buisson y su ropa blanca no podía ser más fina. No le faltaba su estuche de aseo, todo de oro, regalo de su madre, ni sus perifollos de *dandy,* entre los cuales destacaba una encantadora escribanía que le había ofrecido la mujer más amada del mundo para él, por lo menos una gran señora a

la que daba el nombre de Anita y que, a estas horas viajaba marital y aburridamente por Escocia, víctima de ciertas sospechas a las que no tenía más remedio que sacrificar momentáneamente su felicidad. No menos encantador era el papel que llevaba para escribir una carta cada quince días. Redondeaba el equipaje un verdadero cargamento de baratijas parisienses, todo el repertorio, desde la fusta que sirve para iniciar un duelo hasta el par de pistolas cinceladas que le ponen fin, no faltaba uno solo de los aperos de labranza con que un joven desocupado ara el campo de la existencia.

Como su padre le había recomendado que viajase modestamente, había venido en el cupé de la diligencia alquilado para él solo, contento de no estropear a deshora un delicioso coche de viaje que había comprado para ir al encuentro de su Anita, la gran señora que . . . etcétera, con la que tenía que reunirse en junio próximo en los baños de Baden. Carlos suponía que en casa de su tío iba a encontrar un centenar de personas, cazar a caballo en los bosques de su tío, llevar en fin la vida que es costumbre en los castillos; no esperaba encontrarlo en Saumur, donde si preguntó por él fue para que le indicasen el camino de Froidfond; pero cuando le dijeron qué estaba en la ciudad, imaginó que lo encontraría instalado en un palacio. Para causar una primera impresión halagüeña, había esmerado su atavío de viaje y no lo hubo más sencillo ni más refinado, ni más elegante, ni más adorable para usar la palabra que en aquella época compendiaba todas las perfecciones de una cosa o de una persona. En Tours, un peluquero había cuidado de rizarle su hermoso cabello castaño; habíase cambiado la ropa blanca y puesto una corbata de satén negro, combinada con un cuello redondo que enmarcaba agradablemente su rostro blanco y risueño. Una levita de viaje, a medio abrochar le ceñía el talle y dejaba ver un chaleco de cachemira con chal, bajo el que apuntaba un segundo chaleco blanco. Su reloj abandonado negligentemente en un bolsillo estaba unido por una corta cadena de oro a uno de los ojales. El pantalón gris iba abrochado sobre los lados y sus costuras estaban adornadas con bordados. Manejaba con soltura un bastón cuyo puño de oro no empañaba la nitidez de sus guantes grises. Su gorra era del mejor gusto. Sólo un parisiense, y un, parisiense de la clase más alta, podía componerse de aquel modo sin parecer ridículo, y conferir una especie de armonía a todas aquellas futesas, sostenidas, eso sí, por un ademán gallardo, por el ademán de un joven que posee un par de pistolas de lujo, buena puntería, y por añadidura, a Anita. Ahora si quieren ustedes hacerse completo cargo de la sorpresa respectiva de los saumurenses y del

parisiense, apreciar de veras el resplandor que la elegancia del viajero arrojaba en medio de las sombras grises de la sala y de las figuras que integraban el cuadro de familia, prueben de representarse a los Cruchot. Los tres tomaban rapé, y ya no se ocupaban hacía rato de sacudirse las motitas negras que cubrían las chorreras de sus camisas pardas, con cuellos arrugados y pliegues amarillentos. Sus lacias corbatas, apenas prendidas al cuello, se les enroscaban en forma de cuerda. Como tenían una enorme cantidad de ropa blanca a fin de no tener que hacer la colada más que cada seis meses, sus camisas sepultadas en el fondo de los armarios durante tanto tiempo adquirían un tinte gris, de cosa rancia. En sus personas se daban la mano la sensibilidad con el mal gusto. Sus caras, tan ajadas como sus trajes raídos, tan arrugadas como sus pantalones, parecían gastadas, resecas, y gesticulaban. El descuido general de los demás, cuyo atavío no era menos deslucido y reflejaba la manera de ser de los provincianos que llegan insensiblemente a no vestirse ni para su recreo ni para el de los demás, y a pensarlo mucho antes de comprar otro par de guantes, ponía a los Cruchot a cubierto de la crítica. La aversión a la moda era el único punto en que grassinistas y cruchotistas estaban completamente de acuerdo, ¿Tomaba el parisiense su monóculo para examinar los singulares accesorios de la sala, las vigas del techo, el tono de los arrimaderos o los puntos que habían inscrito en ellos las moscas y cuyo número habría bastado para puntuar la *Enciclopedia metódica* y el *Monitor?* Ya tienen ustedes a todos los jugadores de lotería levantando la nariz y considerándolo con tanta curiosidad como si se hubiese tratado de una jirafa.

El señor de Grassins y su hijo, aunque sabían lo que era un hombre a la moda, no dejaban, sin embargo, de asociarse al asombro de sus vecinos, ya sea porque se encontraban arrastrados por el sentimiento general, ya porque lo compartían sinceramente, diciendo a sus paisanos con sus miradas irónicas: "¡Esa gente de París!" Por lo demás, podían todos examinar a Carlos a su sabor sin miedo de disgustar al dueño de la casa. Grandet estaba absorto en la carta y para leerla había tomado la única vela de la mesa, sin preocuparse de sus huéspedes ni de su juego. Eugenia, que no había visto nunca semejante perfección en el atavío ni en la persona, creía descubrir en su primo una criatura venida al mundo desde Dios sabe qué región seráfica. Respiraba con delicia los perfumados efluvios de aquella melena tan brillante, tan graciosamente ondulada. Le habría gustado tocar la piel satinada de aquellos lindos guantes. Envidiaba a Carlos sus manos pequeñas, su tez, la frescura y delicadeza de sus facciones. Si es posible resumir en una imagen las impresiones que

aquel joven elegante produjo sobre una inocente muchacha constantemente ocupada en zurcirse las medias, en remendar el vestuario paterno, cuya vida se había deslizado entre aquellas cuatro paredes mugrientas, sin ver pasar por la calle más de un transeúnte por hora, diremos que la presencia de su primo hizo surgir en su corazón las emociones de fina voluptuosidad que causan a un joven las fantásticas figuras de mujer dibujadas por Westall en los admirable *Keepsakes* ingleses, grabados por los Finden con un buril tan hábil que uno tiene miedo de que un simple soplo baste para desvanecer todas aquellas apariciones celestes. Carlos sacóse del bolsillo un pañuelo bordado por la gran dama que estaba viajando por Escocia. Al ver tan delicada labor, obra' del amor en las horas perdidas por el amor, Eugenia miró a su primo para cerciorarse de si iba realmente a usarlo. Los modales de Carlos, sus gestos, la manera que tenía de coger el monóculo, su impertinencia afectada, su desprecio por el estuche que un momento antes hiciera la felicidad de la joven heredera y que para él resultaba ridículo o sin valor; en fin, cuanto disgustaba vivamente a los Cruchot y a los Grassins, a ella le agradaba tanto que antes de dormirse estuvo largo rato soñando en aquel fénix de los primos.

Los números salían despacio, muy despacio; el juego de la lotería no tardó sin embargo en darse por terminado. Nanón entró y dijo en voz alta:

—Señora, tendrá usted que darme sábanas para hacer las cama del señor.

La señora Grandet siguió a Nanón. Entonces, la señora Grassins dijo en voz baja:

—Recojamos los sueldos y dejemos la lotería para mejor ocasión. Cada cual recogió sus dos sueldos del plato desportillado en que los había puesto; en seguida la asamblea se agitó y miró hacia la chimenea.

—¿Han acabado la partida? —preguntó Grandet sin soltar la carta.

—Sí, sí —dijo la señora de Grassins yendo a sentarse al lado de Carlos.

Eugenia, movida por uno de esos pensamientos que nacen en el corazón de las muchachas cuando un sentimiento se apodera de ellas por primera vez, salió de la sala para ir a ayudar a su madre y a Nanón. Si la hubiese interrogado un confesor hábil, es probable que habría acabado por confesar que no pensaba en su madre ni en Nanón, sino que estaba dominada por el imperioso deseo de inspeccionar la habitación de su primo; quería remediar los descuidos, mejorarlo con algún detalle, hacer lo posible porque resultase agradable y elegante. Eugenia ya se imaginaba ser la única que podía

comprender los gustos y las ideas de su primo. Y efectivamente aún llegó a tiempo para convencer su madre y a Nanón que se retiraban suponiendo que todo estaba hecho, que por el contrario todo estaba por hacer. Dio a Nanón la idea de calentar las sábanas con el braserillo; cubrió la mesa con un tapetito y le recomendó a Nanón que no dejase de cambiarlo todas las mañanas. Convenció a su madre de la necesidad de encender un buen fuego en la chimenea, y decidió a Nanón a que subiera al corredor, sin que se enterase su padre, un haz de leña. Se apresuró a retirar de uno de los aparadores que había en las esquinas de la sala una bandeja de laca procedente de la herencia del difunto señor de Bertillière, un vaso de cristal de seis caras, una cucharilla que había sido dorada, un frasco antiguo, en que aparecían grabados unos amorcillos, y lo colocó triunfalmente todo encima de la chimenea. Se le habían ocurrido más ideas en un cuarto de hora que desde el día que vino al mundo.

—Mamá —dijo—, mi primo no podrá soportar el mal olor de la vela de sebo. ¿Si comprásemos una bujía . . . ?

Y con la ligereza de un pajarillo, fue a buscar una moneda de cien sueldos que le habían dado para los gastos del mes:

—Toma, Nanón, y date prisa.

—Pero ¿qué dirá tu padre?

La objeción había sido pronunciada por la señora Grandet al ver a su hija armada de un azucarero de Sèvres antiguo traído por Grandet del castillo de Froidfond.

—¿Y de dónde vas a sacar el azúcar? ¿Te has vuelto loca?

—Mamá, Nanón podrá comprar a la vez el azúcar y la bujía.

—¿Pero y tu padre?

—¿No sería lastimoso que su sobrino no pudiese beber un vaso de agua azucarada? Además, no lo notará.

—Tu padre lo ve todo —dijo la señora Grandet meneando la cabeza.

Nanón vacilaba; conocía a su amo.

—¡Pero, ve de una vez, Nanón! Para algo es mi cumpleaños. Nanón soltó una carcajada al oír la primera broma que su señorita se atrevía a gastar en su vida y la obedeció, Mientras Eugenia y su madre se esforzaban en embellecer el aposento

destinado por el señor Grandet a su sobrino, la señora de Grassins colmaba de atenciones a Carlos y le prodigaban las zalemas.

—Tiene usted mucho valor, caballero, —le decía—, para dejar 'la capital en pleno invierno y venirse a vivir a Saumur. Pero, en fin, si no le ciamos demasiado miedo, ya verá como también hay manera de divertirse.

Le dirigió una de esas miradas de provincia en que las mujeres suelen poner tanta reserva y circunspección como engolosinante concupiscencia; parécense en esto a los eclesiásticos para los que todo placer semeja hurto o pecado. Carlos se hallaba tan fuera de su centro en aquella sala, tan lejos del magnífico castillo y de la fastuosa existencia que atribuyó a su tío, que al mirar atentamente a la señora de Grassins acabó por descubrir una borrosa imagen de las figuras parisienses. Correspondió amablemente a la invitación que se le dirigía y entabló una conversación en la que la señora de Grassins bajó gradualmente la voz para ponerla en armonía con la naturaleza de sus confidencias. Carlos y ella sentían necesidad de confianza. De modo que al cabo de unos momentos de agradable charla y de unas cuantas bromas seria-mente pronunciadas, la astuta provinciana pudo decirle sin que los demás que hablaban de vinos, como todo Saumur, tuvieran que enterarse:

—Caballero, si quiere usted hacernos el honor de venir a vernos, tanto a mi marido como yo nos sentiremos halagadísimos. Nuestro salón es el único de Saumur en que hallará usted reunidas a la burguesía acomodada y a la nobleza: pertenecemos a las dos sociedades que no quieren encontrarse más que en casa, porque allí se divierten. Mi marido, se lo digo a usted con orgullo, está tan bien considerado por unos como por otros. Le ayudaremos a soportar el aburrimiento de este destierro. ¡Si se quedase usted en casa del señor Grandet, la haría usted buena! Su tío de usted es un tacaño que sólo piensa en sus majuelos; su tía es una beata incapaz de barajar dos ideas y su primita una niña tonta, sin educación y sin dote, que se pasa la vida remendando trapos de cocina.

"Esta mujer está la mar de bien", díjose Carlos Grandet, correspondiendo a las monerías de la señora de Grassins,,

—Me parece, esposa mía, que tú quieres acaparar al señor —dijo riendo el banquero grande y gordo.

Al oír esta observación, el notario y el presidente dijeron algunas frases más o menos maliciosas; pero el cura les miró con fina picardía y resumió sus pensamientos mientras tomaba un polvo de rapé y ofrecía su tabaquera a los demás:

—¿Quién mejor que la señora —dijo— para hacer al señor los honores de Saumur?

—¡Alto ahí! ¿En qué sentido lo dice usted? —preguntó el señor de Grassins.

—En el mejor que puede decirse, caballero, tanto para su señora como para la ciudad de Saumur, como para el señor —agregó el astuto clérigo volviéndose hacia Carlos.

Aparentando no prestarle atención, el padre Cruchot había sabido adivinar la conversación de Carlos y de la señora de Grassins.

—Caballero —dijo Adolfo a Carlos esforzándose en fingir una soltura que no tenía —no sé si usted me recuerda; tuve el gusto de ser su vis a vis en un baile que dio el barón de Nuncigen, y . . . .

—Perfectamente, caballero —contestó Carlos, sorprendido al verse objeto de tantas atenciones.

—¿El señor es su hijo? —preguntó el forastero a la señora de Grassins. El cura miró maliciosamente a la madre.

—Sí, señor —respondió ésta. —Muy joven fue usted a París —repuso Carlos dirigiéndose a Adolfo.

—¿Qué quiero usted caballero? —exclamó el clérigo—. Los mandamos a Babilonia acabados de desmamar.

La señora de Grassins sondeó al cura con una mirada de incalculable profundidad.

—Hay que venir a provincias —continuó— para encontrar mujeres de treinta y pico de años tan lozanas como esta señora y con hijos que están a punto de licenciarse en Derecho. Aún me parece estar en aquellos días en que los jóvenes y las señoras se encaramaban en las sillas para verla a usted bailar, señora —dijo el tonsurado volviéndose hacia su adversario femenino—. Para mí sus éxitos me parecen tan recientes . .

"¡Maldito viejo! —se dijo la señora de Grassins—. Es capaz de haberme descubierto el juego."

"Por lo que veo, en Saumur voy a tener un éxito fulminante", se dijo Carlos, desabrochándose la levita, poniendo la mano en la abertura del chaleco y lanzando la mirada a través del espacio para imitar la actitud de lord Byron o de Chantrey.

La falta de atención del tío Grandet, o, mejor dicho, la preocupación en que le había sumido la lectura de la carta, no pasó por alto al notario, ni al presidente, que trataban de deducir su contenido a base de las imperceptibles muecas del ex tonelero. que en aquel momento recibía de lleno la luz de la vela. Grandet mantenía a duras penas la calma que era habitual en su fisonomía. Por lo demás, cuesta poco imaginar cómo debía ser la expresión de un hombre que pretendía disimular el efecto de la siguiente carta:

"Hermano mío, va para veintitrés años *que no nos hemos vísto. Mi boda fue la ocasión de nuestro Último encuentro; después nos separamos a cuál más contento. No podía ciertamente prever, en aquel momento, que tú serías el único sostén de una familia de cuya prosperidad te felicitabas en aquel entonces. Cuando esta carta llegará a tu poder, yo habré dejado de existir. No he querido sobrevivir. a la quiebra. Hasta el último momento me he sostenido al borde del abismo, con la esperanza de poder salvarme. Todo ha sido inútil, las bancarrotas sumadas de mi agente de cambio de Roguin, mi notario, se me llevan mis últimos recursos y me dejan sin blanca. Me halo con un descubierto de cerca de cuatro millones, sin poder ofrecer más de un veinticinco de activo. Mis vinos almacenados sufren en este momento* la *ruinosa baja que ha causado la cantidad y la calidad de vuestras cosechas. Donde tres días, París dirá: "El señor Grandet era un sinvergüenza." Yo que he sido honrado hasta el fin me envolveré en un sudario de infamia. Dejo a mi hijo sin nombre y sin la fortuna de su madre. Él no sabe nada aún de lo que pasa, ¡pobre hijo idolatrado! Nos hemos despedido cariñosamente. Por suerte no ha sospechado siquiera que en esta despedida iban los últimos impulsos de mi vida. ¿Me maldecirá algún día? ¡Hermano, la execración de los propios hijos es espantosa! Cuando nosotros los maldecimos, esos aún pueden apelar; cuando son ellos los que nos maldicen su sentencia es irrevocable. Grandet, tú eres el mayor y debes protegerme; haz por que Carlos no lance ninguna palabra amarga sobre mi tumba. Hermano mío, si te escribiese con mi sangre y con mis lágrimas no habría tanto dolor como el que estoy poniendo en esta carta; porque si llorase, si sangrase, si estuviese muerto, ya no padecería más; pero padezco y miro la muerte con los ojos secos. ¡Tres desde ahora el padre de Carlos! No tiene parientes del lado materno y tú sabes por qué.*

¿Por qué no habré obedecido a los prejuicios sociales? ¿Por qué me casé con la hija natural de un gran señor? Carlos no tiene más familia... ¡Mi hijo, mi pobre hijo...! óyeme, Grandet; yo no he venido a implorarte en mi provecho y, por otra parte, quizá tus bienes, no son bastante considerables para soportar una hipoteca, de tres millones; te imploro por mi hijo! Tenlo bien presente, hermano mío; mis manos suplicantes se han juntado al pensar en ti. Grandet, muero confiándote a Carlos. Por fin, miro las pisto.'as sin pena porque se que le vas a hacer de padre. Carlos me quería de veras; he sido muy bueno con él, no le he negado nada; no me maldecirá. Tiene un carácter suave, ya lo verás; se parece a su madre; no te dará el menor disgusto. Pobre chico acostumbrado al lujo y a la abundancia no conoce ninguna de las privaciones a que nos condenó nuestra miserable infancia . . . ¡Y ahora, ahí lo tienes solo y arruinado! Sí, sí; le huirán todos sus amigos y yo tendré la culpa de tales humillaciones. ¡Ah! ¡No tener el brazo lo bastante firme para mandarlo de un solo golpe al cielo, junto a su madre. Estoy loco; vuelvo constantemente a mi desgracia, a la desgracia de Carlos. Je lo mando para que le comuniques de la mejor manera posible mi muerte y su destino. Sé un padre para él, un buen padre. No lo arranques, bruscamente de su vida ociosa, porque lo matarías. Le pido de rodillas que renuncie á hacer valer los créditos que tiene contra mí en calidad de heredero de su madre. El ruego está de más: es hombre de honor y comprenderá de sobra que no puede unirse a mis acreedores. Haz que en tiempo oportuno renuncie a mi herencia. Revélale las duras condiciones en que por mi culpa le toca arrastrar la vida y, si me guarda algún cariño, dile, en mi nombre que para él no está todo perdido. En efecto, el trabajo que nos ha salvado a ti y a mí, puede devolverle la fortuna que me llevo. Y si quiere escuchar el consejo de su padre, que por él volvería a salir un instante de la tumba, que se marche a las Indias. Hermano mío, Carlos es un muchacho honrado y valeroso; tú le vas a prestar un puñado de escudos que él no dejará de devolverte. ¡Préstaselos, Grandet! Mira que si no va a remorderte la conciencia. ¡Ah! ¡si mi hijo no encontrase a tu lado apoyo mi cariño, yo no pararía de pedir venganza a Dios de tu dureza. Si hubiese podido salvar algunos valores, se los hubiese entregado por cuenta de la herencia de su madre, pero mis pagos de fin de mes habían absorbido todos mis recursos. No hubiese querido morir en esta incertidumbre sobre la suerte de mi hijo; habría querido escuchar de tal boca promesas corroboradas por el calor de tu mano; pero el tiempo apremia. Mientras Carlos viaja, yo voy a formalizar mi balance. Procuraré probar que la buena fe ha presidido todos mis actos y que en mis desastres no hubo dolo ni fraude. ¿No es esto también ocuparme de Carlos? Adiós,

hermano mío. Que Dios te colme con todas sus bendiciones por la generosa tutela de mi hijo que te confío y que tú aceptas, estoy seguro. Una voz no dejará nunca de rogar por ti en ese mundo al que todos debemos ir y en el que yo me encuentro ya,

VÍCTOR ÁNGEL GUILLERMO GRANDET"

—¿Están ustedes de palique? ——dijo el tío Grandet doblando la carta exactamente por los mismos dobleces y metiéndola en el bolsillo de su chaleco.

Miró a su sobrino con un ademán humillante y temeroso que le servía de capa para cubrir su emociones y sus cálculos.

—¿Has entrado en calor? —Perfectamente, querido tío.

—¿Y dónde se han metido las mujeres de la casa? —dijo el tío olvidándose ya de que su sobrino dormiría bajo aquel techo.

En aquel momento volvieron Eugenia y la señora Grandet.

—¿Todo está preparado en la habitación? —les preguntó el viejo recobrando su aplomo.

—Sí, padre.

—Pues, bien, sobrino, si estás cansado, Nanón te va a conducir a tu dormitorio. ¡Ah, caramba, no es cuarto para un petimetre! Habrás de perdonar a unos pobres viñadores que no ven cuajar un solo sueldo. ¡Las contribuciones se nos comen vivos!

—No queremos estorbar, Grandet —dijo el banquero—..Sin duda tendrá usted que charlar con su sobrino. Le darnos, pues, las buenas noches y hasta mañana.

Con estas palabras se levantó la sesión, cada cual saludó a su modo. El viejo notario fue a buscar su farol bajo la puerta y lo encendió en la vela, ofreciendo, a los Grassins acompañarles hasta su casa.

—¿Me hace —usted el honor de aceptar mi brazo, señora? —dijo el padre Cruchot a la señora Grassins.

—Gracias, padre Cruchot. Aquí tengo a mi hijo —contestó secamente la dama.

—Conmigo las señoras no corren peligro dé comprometerse —dijo el cura.

—Da el brazo al padre Cruchot —le dijo el señor de Grassins.

El cura remolcó a la señora con bastante celeridad para adelantarse a la caravana.

—Ese pollo está muy bien, señora —le dijo apretándole el brazo—. Nuestro gozo en un pozo. Despídase usted de la señorita Eugenia; se la llevará el parisiense. A menos que el primo esté enamorado de una señora de la capital, su hijo de usted va a encontrarse con un rival dé los más . . .

—Déjese de historias, padre. Ese joven no tardará en descubrir que

Eugenia es una pava, un pan sin sal. ¿La ha examinado usted bien? Esta noche estaba más amarilla que un membrillo.

—¿Quizá ya se lo ha hecho usted notar al primito?

—No me ando con remilgos . . . —¿Quiere escucharme un consejo? Póngase usted siempre al lado de Eugenia, y poco tendrá que decir a ese joven para desacreditar a su prima; comparará y . . .

—Ya me ha prometido que pasado mañana vendría a comer a casa. —Ah, si usted quisiese señora... —dijo el cura.

—¿Qué es lo que quiere usted que quiera señor cura? ¿No será que me está usted dando malos consejos? No he llegado a la edad de treinta y nueve años, con una reputación sin tacha, a Dios gracias para acabar comprometiéndola, aunque se tratase del imperio del Gran Mogol. Usted y yo, amigo, estamos en una edad en que medias palabras bastan. Lo que es para ser hombre de iglesia, ya le digo yo que no se anda usted por las ramas . . . Ni que fuese usted un Faublas.

—¿Ha leído usted *Faublas?* —No, padre; quise decir los Líos peligrosos.

—Menos mal —dijo el eclesiástico riendo—, este libro es mucho más decente. Pero veo que usted me supone tan perverso como un joven de hoy en día. Yo simplemente quise decirle . . .

—Atrévase a negar que me estaba aconsejando algo muy feo. La cosa es clara. Si ese joven que está tan bien, y yo lo reconozco, me hiciese la corte, dejaría de pensar en su prima. Ya sé que en París hay madres que se sacrifican de este modo para asegurar la felicidad y la fortuna de sus hijos; pero aquí estamos en la provincia, reverendo padre.

—Es verdad, señora.

—Y —repuso ella— ni yo ni Adolfo pagaríamos semejante precio ni por una dote de cien millones.

—Señora, yo no hablé para nada de cien millones. La tentación hubiese tal vez superado nuestras fuerzas, las de usted y las mías. Sólo me atrevo a decir que una mujer honrada puede permitirse, sin menoscabo de su reputación, ligeras coqueterías sin consecuencias, que, en cierto modo, forman parte de sus deberes sociales y que...

—¿Cree usted?

—¿No estamos obligados, señora a sernos agradables los unos a los otros...? Deje usted que me suene. Le aseguro a usted, señora —repuso él—, que le miraba a usted con una atención mucho más halagadora que a mí; yo le perdono sin dificultad que prefiera la belleza a la vejez...

—Salta a la vista —decía el presidente, con su voz gruesa— que el señor Grandet de París manda aquí al. chico con intenciones marcadamente matrimoniales...

—Si fuese así —replicaba el notario— el hijo no hubiese caído como una bomba.

—Eso no quiere decir nada —observaba por su parte el señor de Grassins—; ya se sabe que el tonelero es hombre de tapujos.

—Grassins, amigo mío, he invitado a comer a ese joven. Tendrás que ir a invitar a los señores de Laesonnière, a los Hautoy, con su linda hija, naturalmente. Y Dios quiera que ese día le dé por vestirse con gracia. Su madre, por celos, la lleva hecha un adefesio. Espero, señores, que ustedes nos harán el honor de venir —agregó parando la comitiva y volviéndose hacia los dos Crouchot.

—Ya está usted en su casa, señora —dijo el notario.

Después de saludar a los tres Grassins, los tres Cruchot regresaron a su casa, poniendo a contribución ese genio del análisis que poseen los provincianos para estudiar por todas sus facetas el gran acontecimiento de la velada, que de tal modo alteraba las respectivas posiciones de cruchotistas y grassinistas.

El admirable buen sentido que dirige las acciones de tan eminentes calculadores dio a entender a unos y a otros que había llegado el momento de pactar una alianza transitoria frente al enemigo común. ¿No era obvio que debían impedir que Eugenia se enamorase de su primo y que Carlos pensase en su prima? ¿Podría el parisiense resistir las 'pérfidas insinuaciones entreveradas de elogios, las negativas ingenuas que iban a asediarla día y noche con, el santo propósito de engañarlo?

Cuando los cuatro Grandet se encontraron solos, el viejo dijo a su sobrino.

—Conviene que descanses. Es demasiado tarde para hablar de los asuntos que te traen aquí: mañana tendremos ocasión. Aquí se almuerza a las ocho. Al mediodía comemos un poco de fruta, una rebanada de pan, con un vaso de vino blanco; después, comemos, como los parisienses, . a las cinco. Ya sabes el orden. Si quieres ver la ciudad o sus alrededores, puedes hacerlo con entera libertad. Ya me dispensarás si mis asuntos no me permiten acompañarte siempre. Todo el mundo te va a decir que soy rico. "El señor Grandet por aquí, el señor Grandet por allá." Los dejó decir: sus chismorreos no perjudican mi crédito. Pero la verdad es que no tengo un ochavo, y qué a mi edad, trabajo como un mozo que tiene por todo patrimonio un mal cuchillo de tonelero y un par de brazos. Quizá no tardes en saber, por propia experiencia, lo que cuesta un escudo cuando hay que sudarlo.

—¡Anda, Nanón, las velas! Espero, sobrino, que encontrarás cuanto necesitas —dijo la señora Grandet—; pero si algo te falta, no tienes más que llamar a Nanón.

—Querida tía, dudo que me falte nada; he traído todo lo que necesitaba. Permítanme que les de a ustedes las buenas noches, así como a mi joven primita.

Tomó Carlos una bujía encendida de manos de Nanón, una bujía de Anjou ya amarillenta por haber envejecido en la tienda y tan parecida a la vela de sebo, que el señor Grandet, incapaz de sospechar que existiese en su casa, no se dio cuenta de tamaño derroche.

—Te voy a enseñar el camino —dijo el ex tonelero.

En vez de salir por la puerta de la sala que daba bajo la bóveda, Grandet hizo el cumplido de pasar por el corredor que separaba la sala de la cocina. Una puerta, provista de un gran cristal ovalado, cerraba el corredor por el lado de la escalera a fin de mitigar el frío que por él llegaba. Lo cual no impedía que el ábrego soplase de firme,, a pesar de los burletes colocados en las puertas de la sala y que la temperatura alcanzase rara vez un grado soportable. Nanón fue a echar el cerrojo al portón, cerró el comedor y quitó la cadena al perro lobo que estaba en la cuadra y que tenía la voz cascada como si padeciese de laringitis. Aquel animal, de una ferocidad extraordinaria, no conocía a nadie más que a Nanón. Las dos criaturas campestres se entendían. Cuando Carlos divisó las paredes amarillentas y ahumadas de la escalera, de baranda carcomida, que temblaba bajo los pesados pasos de su tío, su desencanto llegó al colmo. Creía estar encaramándose a una pértiga de gallinero. Su tía y su prima, a las cuales se había vuelto para interrogar sus semblantes, estaban tan¯

adaptadas a aquella escalera que no pudiendo sospechar siquiera la causa de su asombro, lo interpretaron coma signo amistoso y correspondieron con una sonrisa amable que acabó de desesperarle.

"¿Qué diablos, me menda hacer aquí mi padre?", se preguntaba. Llegado al primer rellano, vio tres puertas pintadas de rojo etrusco y sin chambrana, puertas perdidas en la pared polvorienta y adornadas de tiras de hierro empernadas, aparentes, terminadas por una especie de llamas, lo mismo que lo estaban por ambos cabos las placas de las cerraduras. La puerta que estaba en lo alto de la escalera y que daba entrada a la habitación situada encima de la cocina, evidentemente estaba tapiada. Para entrar en ella, en efecto, se tenía que pasar por la habitación de Grandet, que utilizaba dicha pieza como gabinete. La única ventana que le daba luz estaba protegida por la parte de fuera, o sea por el lado del patio, por una enorme reja de barrotes en forma de parrilla. Nadie, ni siquiera la señora Grandet, tenía permiso para entrar en este retiro; el ex tonelero quería estar solo como un alquimista ante sus alambiques. Allí, sin duda tenía un escondrijo, hábilmente disimulado; allí sin duda, archivaba sus títulos 'de propiedad; allí tenía sus balanzas para pesar los luises; allí, por la noche, redactaba sus recibos y echaba cuentas. De modo que las personas que veían a Grandet dispuesto para todo, podían, con razón, suponer que tenía a sus órdenes un hada o un demonio. Allí, sin duda, mientras Nanón roncaba hasta estremecer los entarimados, mientras el perro lobo velaba y bostezaba en el patio, mientras la señora y la señorita Grandet dormían plácidamente, acudía el viejo tonelero a acariciar, manosear, empollar y hacer fermentar su oro. Las paredes eran recias; los postigos, discretos. Sólo él tenía la llave de aquel laboratorio donde, según se decía, consultaba los planos en que estaban señalados todos los árboles frutales, todos los cepos, todos los haces de leña, uno por uno. La puerta del cuarto de Eugenia quedaba enfrente de la puerta tapiada. Luego, al extremo del rellano, estaba el aposento de los esposos que ocupaba todo el frente de la casa. La señora Grandet tenía una habitación contigua a la de Eugenia en la que se entraba por una puerta vidriera. La alcoba del amo estaba separada de la de su mujer por un tabique y del misterioso gabinete por una pared maestra. El tío Grandet había alojado a su sobrino en el segundo piso, en la buhardilla situada encima de su cuarto, de modo que pudiese oírlo si le daba el capricho de ir y venir. Cuando Eugenia y su madre llegaron al centro del rellano, se dieron el beso de la noche; luego dijeron a Carlos unas palabras de despedida, frías sobre los labios,

pero cálidas, por lo menos, en el corazón de la muchacha, y se retiraron a sus habitaciones.

—Ya estás en tu cuarto, sobrino —le dijo Grandet a Carlos al abrirle la puerta—. Si tienes necesidad de salir, no te olvides de avisar a Nanón. Sin ella, el perro te devoraría sin dejarte decir palabra. Que descanses. Buenas noches. ¡Ajá!, las señoras te han encendido fuego —repuso.

En aquel momento Nanón apareció armada con un calentador de cama.

—¡Esta sí que es buena! —dijo el señor Grandet—. ¿Tomas a mi sobrino por una recién parida? ¡Ya te estás llevando ese chisme!

—Pero, señor, las sábanas están húmedas y este caballero es tan delicado como una señora.

—Bueno, bueno; ya que se te ha metido en la cabeza. . . —dijo Grandet empujándola por los hombros—. Pero, cuidado, con quemarme las sábanas.

Después, el viejo se retiró refunfuñando palabras ininteligibles. Carlos se quedó atónito en medio de sus baúles. Luego de haber dado un vistazo a las paredes de una buhardilla cubierta de ese papel amarillento con ramos de flores que suele haber en los merenderos; sobre una chimenea de piedra dura cuyo solo aspecto ya daba frío, sobre aquellas sillas de madera amarillenta con rejilla barnizada y que parecían tener más de cuatro esquinas, sobre una mesilla de noche abierta en la que hubiera cabido un sargento de cazadores, sobre la delgada alfombra puesta junto a una cama con dosel cuyas cortinas de paño temblaban como si fuesen a caer, devoradas por los gusanos, miró seriamente a Nanón y le dijo:

—¡Véngase usted acá, y dígame si estoy realmente en casa del señor Grandet, ex alcalde de Saumur, hermano del señor Grandet, de París!

—Sí, señor, sí, en casa de un señor muy amable, muy fino y que no hay más que pedir. ¿Quiere usted que le ayude a deshacer las maletas?

—¡Ya lo creo que quiero, veterano! Apostaría a que ha servido antes con los marinos de la Guardia Imperial.

—¡Huy, huy, huy! —dijo Nanón.

—¿Qué es eso de los marinos de la Guardia Imperial? ¿Es algo salado? ¿Son gente de mar?

—A ver, búsqueme la bata que está en esta maleta. Aquí tiene la llave.

Nanón se quedó pasmada al ver aquella bata de seda rameada en verde y oro, de gusto antiguo.

—¿Se va a poner esto para acostarse?

—Sí.

—¡Virgen santa! ¡Qué lindo paño de altar para la parroquia podría hacerse con esto! Pero, mi querido señorito, ¿por qué no lo regala usted a la iglesia y salvará su ánima que la va a perder si lo conserva? ¡Oh, qué bien le sienta! Voy a llamar a la señorita para que le vea.

—¡Por Dios, Nanón, ya que Nanón tenemos! ¿Quiere usted callar? Déjeme acostar y mañana arreglaré mis cosas; y si tanto le gusta mi bata, descuide que la tendrá. Soy demasiado buen cristiano para negársela; así podrá usted salvar su alma o hacer con ella lo que quiera.

Nanón quedóse patitiesa contemplando a Carlos, sin poder dar crédito a sus palabras.

—¿Que me va a dar usted ese esplendor? —dijo al retirarse—. Este caballero está ya soñando. Buenas noches.

—Buenas noches, Nanón.

"¿Qué es lo que vengo a hacer aquí? —preguntóse Carlos al cerrar los ojos—. Mi padre no es bobo, mi viaje por fuerza debe de tener un objeto. ¡Bah! Quédense para mañana los asuntos serios, como decía no sé ya qué zoquete griego."

"¡Dios mío, qué agradable es mi primo!", se dijo Eugenia interrumpiendo sus rezos que aquella noche no se terminaron.

La señora Grandet no tuvo pensamiento alguno al acostarse. Oía, por la puerta de comunicación que se abría en mitad del tabique, al avaro que paseaba de un lado a otro de su cuarto. Parecida en esto a todas las mujeres tímidas, había estudiado el carácter de su dueño. Así como la gaviota presiente la tormenta, ella, por indicios imperceptibles, presentía la tempestad interior que agitaba a Grandet, y, para decirlo con sus, propias palabras, en tales ocasiones se hacía la muerta. Grandet miraba la puerta, forrada de plastro por dentro, que había mandado poner a su gabinete, y se decía:

"Qué idea tan extraña ha tenido mi hermano al legarme a su retoño. ¡Bonita herencia! No tengo ni veinte escudos para dar. ¿Y qué son veinte escudos para un currutaco que miraba mi barómetro como si quisiese tirarlo al fuego?"

Al pensar en las consecuencias de aquel testamento de dolor, Grandet estaba quizá más agitado que su propio hermano en el momento de escribirle.

"¿Tendré aquel traje de oro...?", se decía Nanón, que se durmió envuelta en su paño de altar, soñando flores, alfombras, damascos; por primera vez también soñó en el amor.

Hay en la vida de las muchachas una hora deliciosa en que el sol les calienta el alma con sus rayos, en que la flor les sugiere pensamientos, en que los latidos del corazón comunican al cerebro su cálida fertilidad y funden las ideas en un vago deseo; ¡día de inocente melancolía y de suave alborozo! Cuando los niños empiezan a ver, sonríen; cuando una muchacha entrevé el sentimiento de la Naturaleza, sonríe como cuando era niña. Si la luz es el primer amor de la vida, ¿no será el amor la primera luz del corazón? Para Eugenia había llegado la hora de ver con claridad las cosas de este bajo mundo. Madrugadora como todas las muchachas de provincia se levantó con el alba, dijo sus oraciones y empezó su aseo, al que por fin encontró un sentido. Se alisó primero el cabello castaño, retorció las abundantes crenchas encima de su cabeza con el mayor cuidado, evitando que los cabellos se escapasen de sus trenzas, e introdujo en su peinado una simetría que realzó el tímido candor de su rostro, armonizando la sencillez de los accesorios con la ingenuidad de las líneas. Al lavarse las manos en el agua clara y fría que le endurecía y coloreaba la piel, miró sus hermosos brazos redondos y se preguntaba qué debía de hacer su primo para tener unas manos tan blandas y tan blancas y unas uñas tan bien perfiladas. Se puso las medias nuevas y los zapatos más liados. En fin, sintiendo por primera vez en la vida el deseo de ponerse guapa, conoció la dicha de tener un vestido nuevo y bien hecho que la favorecía.

Cuando terminó su tocado, oyó sonar el reloj de la parroquia, y se admiró de no contar más que siete campanadas. El prurito de tener mucho tiempo para arreglarse la había hecho madrugar más que de costumbre. Ignorando el arte de rehacer veinte veces el mismo bucle y dé estudiar cada vez el efecto que produce, Eugenia se cruzó de brazos, se sentó junto a la ventana, contempló el patio, el jardín y las altas azoteas que lo dominaban; vista melancólica, reducida, pero no desprovista de los encantos propios de los lugares solitarios o de la naturaleza silvestre. Más allá de la cocina

había un pozo rodeado de su brocal, con la polea sostenida por un arco de hierro al que se enroscaba una parra de pámpanos marchitos, enrojecidos, escaldados por el otoño; desde allí el engarabitado sarmiento ganaba el muro, al que se adhería para correr a lo largo de la casa y terminar en un leñero en el que la leña estaba alineada con tanta exactitud como puedan estarlo los libros de un bibliófilo. El enlosado del patio tenía ese tinte negruzco que es obra del musgo, de las yerbas, de la falta de movimiento. Las paredes vestían su camisa verde, salpicada de extensas manchas pardas. En fin, los ocho peldaños que presidían el fondo del patio y conducían a la puerta del jardín estaban dislocados y sepultos bajo grandes matas, como la tumba de un caballero enterrado en tiempo de las cruzadas. Sobre una base de piedras roídas por el tiempo se alzaba un rastrillo de madera podrida, que se caía de puro viejo, pero con el que se enredaban a discreción las plantas trepadoras. Por ambos lados de la puerta enrejada, asomaban las ramas retorcidas de dos manzanos esmirriados. Tres avenidas paralelas, enarenadas y separadas por arriates cuyas tierras estaban rodeadas por un seto de boj, componían aquel jardín que terminaba, debajo de la terraza, por un macizo de tilos. A un extremo, frambuesos; al otro, un inmenso nogal que inclinaba sus ramas hasta encima del gabinete del ex tonelero. Un día despejado y el buen sol de los otoños de las riberas del Loira, empezaba a disipar el velo que dejara la noche sobre las cosas, sobre las paredes, sobre las plantas que había en el jardín y en el patio.

Eugenia descubrió nuevos alicientes en aquel espectáculo hasta entonces tan ordinario para ella. Nacían en su alma mil pensamientos confusos y crecían a medida que crecían en el espacio los rayos del sol. Sintió por fin ese movimiento de gozo vago, inexplicable que en vuelve al soy moral, como la nube puede envolver al ser físico. Sus reflexiones se acentuaban con los detalles de aquel paisaje singular y con las armonías de la Naturaleza. Cuando el sol alcanzó un lienzo de pared que holgaban matas de doradilla de hojas gruesas y de color cambiante como la pechuga de los palomos, celestes rayos de esperanza iluminaron el porvenir de Eugenia, que, desde aquel momento, se complació en mirar aquel lienzo de pared, sus flores pálidas, sus campanillas azules y sus yerbas marchitas, a las que se mezcló un recuerdo gracioso como los de la infancia. El ruido que en aquel patio sonoro, producía cada hoja al desprenderse de su tallo, daba una contestación a las secretas preguntas de la muchacha, que se habría quedado allí todo el santo día sin darse cuenta del paso de las horas. Su alma se abandonó luego a tumultuosos movimientos. Eugenia se levantó

varias veces, se puso ante su espejo y se contempló en él como un actor de buena fe contempla su obra para criticarse y dirigirse injurias a sí mismo.

"No soy bastante bonita para él", éste era el pensamiento de Eugenia, pensamiento humilde y fecundo en sufrimientos. La pobre muchacha no se hacía justicia; pero la modestia, o más bien el temor, es una de las primeras virtudes de los enamorados. Eugenia pertenecía a cierta especie de criaturas, sólidamente constituidas, como suelen serlos en la clase artesana, y cuyas gracias parecen vulgares; pero sí se asemejaba a la Venus de Milo, sus formas estaban ennoblecidas por la suavidad del sentimiento cristiano, que purifica a la mujer y le infunde una distinción que. desconocieron los escultores antiguos. Tenía una cabeza enorme, masculina la frente, pero delicada como la del Júpiter de Fidias; ojos grises en los que su alma casta irradiaba tina luz auroral. Los rasgos de su rostro redondo, antes fresco y sonrosado, habíanse alterado por culpa de unas viruelas lo bastante benignas para no dejar huella, pero que habían destruido la lozanía de la piel que no dejaba por ello de ser fina y suave hasta el punto de que el puro beso de su madre imprimía en ella una marca pasajera. Su nariz era un poquito recia, pero armonizaba tan bien con la boca de un rojo de minio, cuyos labios surcados por mil rayitas estaban llenos de amor y de bondad. Su cuello tenía una perfecta redondez. El opulento corpiño, cuidadosamente velado, atraía la vista y daba alas al ensueño. Le faltaba sin duda algo de la gracia que depende del traje, pero a los ojos de los inteligentes, la tiesura de su porte debía de tener un particular encanto. Eugenia, pues, alta y robusta, carecía en¯ absoluto de esa belleza que gusta a las masas; pero era hermosa, con esa belleza que cuesta poco de identificar y que seduce únicamente a los artistas. El pintor que busca en este mundo un modelo para la celeste pureza de María, que pide a toda la grey femenina los ojos modestamente altivos que adivinó Rafael, las líneas virginales que a menudo son fruto de los azares de la concepción, pero que sólo una vida púdica y cristiana puede conservar a hacer adquirir; el pintor prendado de tan raro modelo, lo hubiese encontrado de repente en el rostro de Eugenia lleno de esa nobleza innata que se ignora a sí misma; bajo una frente serena hubiese visto un mundo de amor y en el rasgado de los ojos, en la caída de los párpados, un no sé qué de divino. Sus facciones, el corte de su cabeza aún no alterados ni fatigados por la expresión del placer, se parecían a las líneas del horizonte suavemente tendidas sobre la lejanía de los lagos inmóviles. Aquella fisonomía tranquila, coloreada, orlada de una claridad como capullo entreabierto, descansaba el alma y le infundía el encanto de la

conciencia que se reflejaba en ella y gobernaba la mirada. Eugenia hallábase aún en la ribera de la vida en que florecen las ilusiones infantiles, en que se cogen las margaritas con transportes después desconocidos. Por eso, pudo decirse al mirarse al espejo, sin saber aún lo que era el amor:

"¡Soy demasiado fea; ni siquiera se fijará en mí!"

En seguida abrió la puerta de la habitación que daba a la escalera y estiró el cuello para escuchar los ruidos de la casa.

"No se levanta aún", pensó mientras oía la tos matutina de Nanón y sus idas y venidas para barrer la sala, encender el fuego, encadenar el perro y decir cuatro cosas a los animales de la cuadra.

Eugenia, sin esperar más, bajó a la planta baja y corrió hacia Nanón, que, en aquel momento, ordeñaba la vaca.

—Nanón, mi buena Nanón, a ver si haces un poco de nata para el café de mi primo.

—Pero, señorita, debió pedírmelo ayer; hoy no tengo tiempo de hacer nata —dijo Nanón que se puso a reír a carcajadas—. Su primito es muy guapo, pero que muy guapo. Lo hubiese visto usted envuelto en su batilla de seda y de oro. Yo sí que le vi. Lleva una ropa blanca más fina que la sobrepelliz del señor cura.

—Nanón, haznos por lo menos una tortada.

—¿Quién me dará la leña para el fuego, y harina y manteca? —dijo Nanón que, en su calidad de primer ministro de Grandet, adquiría a veces una importancia enorme a los ojos de Eugenia y de su madre—. ¿No vamos a robar a ese hombre para agasajar a su primito? Pídale usted harina, leña manteca, para algo es su padre de usted; él se lo puede dar. Ahí le tiene que baja para las provisiones . . .

Eugenia huyó al jardín, espantada al oír temblar la escalera bajo los pasos de su padre. Ya experimentaba los efectos de ese profundo pudor y de esa conciencia propia de la felicidad que nos induce a creer, tal vez con razón, que llevamos los pensamientos grabados en la frente y que saltan a la vista de los demás. Al advertir la fría desnudez de la casa paterna, la pobre muchacha se desesperaba de no poderla poner en consonancia con la distinción de su primo. Sentía un deseo apasionado de hacer algo por él; ¿qué? no sabría decirlo. Ingenua y sincera, se abandonaba a su naturaleza angelical sin desconfiar de sus impresiones ni de sus sentimientos. La sola presencia de su primo había desvelado en su alma los naturales impulsos de la mujer,

qué se desarrollaban con tanta mayor viveza cuanto se hallaba en la fuerza de sus veintitrés años, en la plenitud de su inteligencia y de sus deseos. Su corazón sintió terror por primera vez del aspecto de su padre y al verle de su destino como dueño se juzgó culpable por haberle escondido unos cuantos pensamientos. Echó a andar con paso apresurado; admiróse de respirar un aire más puro, de sentir los rayos del sol más vivificantes y de que le infundieran un nuevo calor moral, una nueva vida. Mientras buscaba una artimaña para lograr la tortada, entre Nanón y Grandet surgía una discusión, cosa tan rara como las golondrinas en invierno.

Provisto de sus llaves, el ex tonelero había venido a medir los víveres necesarios al consumo del día.

—¿Quedó pan de ayer? —preguntó a Nanón.

—Ni una miga, señor.

Grandet tomó un gran pan redondo, bien enharinado, vaciado en una de esas cestas chatas que usan en Anjou para hacer pan, e iba a cortarla, cuando Nanón le dijo:

—Hoy somos cinco, señor.

—Tienes razón —contestó Grandet—; pero tu pan pesa seis libras y quedará. Por lo demás, ya verás como la gente joven de París apenas prueba el pan.

—¿Qué comen, pues? ¿La *frippe?*

En Anjou, con la palabra *frippe,* tomada al léxico popular, se designa el acompañamiento del pan, desde la mantequilla con que se unta, que constituye la *frippe* más vulgar, hasta la confitura de albérchigo, que es la más distinguida de las *frippes;* de modo que cuantos, en su infancia, han lamido la *frippe* y dejado el pan comprenderán perfectamente el alcance de está locución.

—No —contestó Grandet—, ésos no comen ni *frippe* ni pan. Son casi como muchachas casaderas.

Acabó de disponer, con su acostumbrada tacañería, la lista de manjares para la jornada e iba a dirigirse a su armario frutero, no sin antes echar llave a la despensa; cuando Nanón le detuvo para decirle:

—Señor, déme usted harina y manteca para que les haga una tortada a los chicos.

—¿Supongo que con la excusa de mi sobrino no vas a saquearme la casa?

—Pensaba yo en su sobrino como en su perro, lo mismito que usted que me da seis terrones de azúcar sin acordarse que necesito ocho.

—¿Qué es eso, Nanón? Te desconozco. ¿Qué pasa en esta cabezota? ¿Quién manda aquí? No tendrás más que seis terrones de azúcar.

—Bueno, ¿y con qué se endulzará el café su sobrino?

—Con dos terrones; yo no tomaré ninguno.

—¿A su edad se va usted a privar de azúcar? Preferiría comprárselo de mi bolsillo.

—No te metas en lo que no importa.

A pesar de que había bajado de precio, a los ojos del tonelero el azúcar seguía siendo el más precioso de los coloniales; para él seguía valiendo seis francos la libra. La necesidad de ahorrarlo, nacida bajo el Imperio, se había convertido en la más ineludible de sus costumbres. Todas las mujeres, incluso las más tontas, saben hacer lo necesario para salirse con la suya. Nanón dejó el debate sobre el azúcar, para obtener la tortada.

—Señorita —gritó por la ventana— ¿verdad que quiere usted una tortada?

—No, no —contestó Eugenia. —Anda, Nanón —dijo Grandet al oír la voz de su hija—. Toma. Abrió el arcón en que guardaba la harina, le dio una medida y agregó varias onzas de manteca al _pedazo que la había cortado. —Necesitaré leva para calentar el horno —dijo la implacable Nanón. —Bueno, mujer; toma la que te haga falta —respondió melancólicamente Grandet—; pero entonces nos vas . a hacer una tarta de frutas y cocerás toda la comida dentro del horno. De este modo no encenderás dos fuegos.

—¡Toma! No necesito que me lo diga.

Grandet lanzó sobre su primer ministro una mirada casi paternal. —Señorita —gritó la cocinera—, tendremos tortada.

El tío Grandet volvió cargado de fruta. y empezó a ponerla en una bandeja sobre la mesa de la cocina.

—Vea usted, señor —le dijo—, qué lindo calzado trae su sobrino. ¡Qué cuero y qué bien huele! ¿Con qué se limpia esto? ¿Hay que darle con su crema de huevo?

—Nanón, me temo que el huevo estropearía esta piel. Vale más que le digas que no sabes cómo se da lustre al tafilete ... sí, es tafilete; ya comprará él en Saumur algo para que le limpies las botas. He oído decir que echan azúcar al betún para que saque brillo.

—¿Así será bueno para comer? —dijo la criada acercando las botas a al nariz—. ¡Jujuy! ¿Pues no huelen como la colonia de la señora? ¡Tiene gracia!

—No 1e veo la gracia —dijo el dueño———. ¡Gastar en las botas más dinero que vale el que las lleva ... !

—Señor —dijo al ver que su amo volvía de echar la llave al frute—

ro—, ¿y no pondremos el puchero al fuego siquiera una o dos veces por semana a causa de su ... ? —Bueno.

—Tendré que ir a la carnicería. —De ningún modo; nos harás caldo de gallina; los colonos no dejarán de surtirte. "Y, mira, voy a decir a Cornoiller que me mate algunos cuervos. Es el animal que hace mejor caldo del mundo.

—¿Es verdad, señor, que comen carne de muerto?

—¡Eres boba, Nanón! Comen lo que encuentran, como todos. ¿Por ventura nosotros no estamos viviendo de los muertos? ¿Qué son, si no, las herencias?

El tío Grandet, que ya no tenía más órdenes que dar sacó su reloj, y, siendo que aún podía disponer de media hora antes del almuerzo, tomó su sombrero, fue a dar un beso a su hija y dijo:

—¿Quieres dar un paseo por la orilla del Loire? Tengo que dar una ojeada a mis prados.

Eugenia se puso su sombrero de paja pespunteada, con forro de tafetán rosa, y padre e hija bajaron por la calle tortuosa, hasta la plaza.

—¿Dónde van tan de mañana? —les preguntó el notario Cruchot al encontrarlos.

—A ver algo —contesto el viñador.

Cuando el tío Grandet iba a ver algo, el notario sabía, por experiencia, que se trataba de algo que podía dar un rendimiento u otro. Decidió, pues, acompañarlo.

—Venga, usted Cruchot —dijo Grandet al notario—. Usted es amigo mío y le voy a demostrar que es una tontería el plantar álamos en buenas tierras de cultivo . . .

—¿Le saben a poco los sesenta mil francos que le valieron los que tenía en sus prados de Loira? —dijo maese Cruchot abriendo los ojos con espanto—. ¡Menuda chiripa! ¡Cortar los árboles en el preciso momento en que Nantes se queda sin madera blanca y venderlos a treinta francos!

Eugenia escuchaba sin sospechar que estaba acercándose al momento más solemne de su vida, y que el notario iba a hacer pronunciar a su padre una sentencia soberana. Grandet había llegado a las magníficas praderas de que era dueño a la orilla del Loira, y en que treinta obreros trabajaban en limpiar, colmar y nivelar el sitio en que los álamos se levantaban hacía poco tiempo.

—Maese Cruchot venga acá y vea el terreno que toma cada álamo —dijo Grandet—. ¡Juan —prosiguió dirigiéndose a un jornalero—, mi , . . mi . . . mide con la teosa en to. . . to ... todos sentidos!

—Cuatro veces ocho pies —dijo el jornalero al terminar sus mensuraciones.

—Treinta y dos pies de pérdida —dijo Grandet a Cruchot—. Tenía en esta tira trescientos álamos, ¿no es eso? Ahora bien: trescien... trescien... trescientas veces trein... treinta y dos pies se me co... co... comen qui ... qui. . . quinientos de heno; agregue dos veces otro tanto a ambos lados, mil quinientos; otro tanto las tiras de en medio. Pongamos, pues, mil haces de heno.

—Bueno —dijo el notario para ayudar a su amigo—, pues mil haces de heno valen unos seiscientos francos.

—Di... di... diga usted mil dos... dos... doscientos, ya que con el regadío se ganan de trescientos a cuatrocientos francos. Pues bien, cal... cal... calcule lo que... que... dan mil dos... dos... doscientos francos du.., du... durante cua... cua... cuarenta años que... que... usted sabe...

—Pongamos sesenta mil francos —dijo el notario.

—¡Perfectamente! No pon . . . pon , . pongamos más que sesenta mil. Pues bien —repuso el viñador sin tartamudear—, dos mil álamos de cuarenta años no me darían cincuenta mil francos. Por consiguiente, hay pérdida. Esto es lo que he descubierto yo —dijo Grandet empinándose sobre sus espolones. —Juan —añadió—, llenarás todos los hoyos excepto los que están junto al Loira, en los que plantarás los álamos que he comprado. Poniéndolos en el río, se alimentarán a costas del Gobierno —dijo, diri-

giéndose a Cruchot e imprimiendo al lobanillo que le adornaba la nariz un ligero movimiento que equivalía a la mas irónica de las sonrisas.

—La cosa es clara; no hay que plantar álamos más que en los terrenos pobres —dijo Cruchot, estupefacto por los cálculos de Grandet.

—Sí, señor —contestó irónicamente el tonelero.

Eugenia que miraba el sublime paisaje del Loira sin escuchar los cálculos de su padre, no tardó en prestar atención a la charla de Cruchot al oírle decir a su cliente:

—Bueno, ya veo que ha mandado usted venir un yerno de París; en todo Saumur ya no se habla más que de su sobrino. Pronto tendré que redactar los capítulos matrimoniales, ¿verdad, tío Grandet?

—Ma... ma.,. madrugó us... us... usted pa... pa... para venirme con es... es... este cuento —repuso Grandet, acompañando esta reflexión con un movimiento de su lobanillo—. Pues, oiga usted, mi... vi..,vie... viejo a... a... amigo; voy a de... de... decirle lo que... que... quiere usted saber. Preferiría echar mi hi.., hi... hija al río que dársela a su pri... pri... mo. Pue... pue... de usted anunciarlo. ¡Ba!; no va... vale la pena; deje que la gen... gente hable.

Esta respuesta dejó viendo visiones a Eugenia. Las tenues esperanzas cine apuntaban en su corazón florecieron de pronto, se realizaron y formaron un manojo de flores que vio caer al suelo, cortadas y maltrechas. Desde la víspera se iba encariñando con Carlos, al que se sentía unida por todos los lazos que la felicidad teje entre las almas; de ahora en adelante sería la desdicha la que confirmaría su inclinación. ¿No está en el noble destino de la mujer el sentirse más afectada por las pompas de la miseria que por los esplendores de la fortuna? ¿Cómo era posible que el sentimiento paternal se hubiese apagado hasta tal punto en el corazón de su padre? ¿Qué crimen había cometido Carlos? ¡Misteriosas preguntas! Su amor, que era ya de por sí un misterio tan profundo, nacía envuelto en misterios. Regresó temblorosa e insegura y, al llegar a la sombría calle, que tan alegre le pareciera, descubrió un triste aspecto, respiró la melancolía que habían impreso en sus paredes el tiempo y los hombres. No le faltaba ya ninguna de las enseñanzas del amor. Cuando estuvieran a pocos pasos de la casa, adelantóse a su padre y lo aguardó junto a la puerta después de haber llamado. Pero Grandet que veía el periódico doblado y con su faja, en manos del notario, le dijo:

—¿Cómo están los fondos?

—Usted no,,quiere hacerme caso, Grandet —le contestó Cruchot—. Compre usted renta cuando antes; todavía se puede ganar el veinte por ciento en dos años, además de los intereses; cinco mil libras de renta por ochenta mil francos. Los fondos están a ochenta francos cincuenta.

—Ya veremos —contestó Grandet frotándose la barbilla.

—¡Dios mío! —dijo el notario, que había abierto el periódico.

—¿Qué pasa? —exclamó Grandet, al tiempo que Cruchot le daba a leer el periódico, diciéndole—: Lea este artículo.

"El señor Grandet, uno de los negociantes más apreciados de París, ayer, después de su habitual aparición en la Bolsa, se disparó un tiro en la sien. Había mandado su dimisión al presidente de la Cámara de los Diputados y también había dimitido su cargo de juez del Tribunal de Comercio. Las quiebras de los señores Reguin y Souchet, su agente de cambio y su notario, le han arruinado. La consideración de que gozaba el señor Grandet y su crédito eran tales que, sin duda, hubiese encontrado socorros en la plaza de París. Es de lamentar que este caballero honorable haya cedido a un primer movimiento de desesperación; etc."

—Lo sabía —dijo el viejo viñador al notario. La frase dejó helado a maese Cruchot que, a pesar de su impasibilidad profesional, sintió que el frío le recorría la espalda a la idea de que el Grandet de París tal vez había implorado en vano el auxilio del Grandet de Saumur.

—¿Y su hijo, ayer tan risueño...? —Todavía no sabe nada —contestó Grandet con la misma calma. —Hasta la vista, señor Grandet —dijo Cruchot que lo comprendió todo y se fue a tranquilizar al presidente de Bonfons.

En su casa halló Grandet el almuerzo a punto. La señora Grandet, a cuyo cuello se abalanzó Eugenia para besarla con la viva efusión que suele causarnos un pesar secreto, estaba ya en su silla de patines, haciéndose unas mangas de punto para el invierno.

—Pueden ustedes comer —dijo Nanón, que bajaba la escalera de cuatro en cuatro—; el muchacho duerme como un querubín. ¡Qué lindo está con los ojos cerrados! Entré en el cuarto, le llamé. ¡Pero, ni por ésas!

—Déjale dormir —dijo Grandet—. Cuanto más tarde se levante, más tarde se enterará de las malas noticias que le aguardan,

—¿Qué sucede? —preguntó' Eugenia echando en el café los terrones de azúcar de pocos gramos de peso que el viejo se entretenía en cortar a ratos perdidos.

La señora Grandet que no se había atrevido a formular aquella pregunta, miró a su marido.

—Su padre se ha pegado un tiro.

—¿Mi tío?... —dijo Eugenia. —¡Pobre chico! —exclamó la señora Grandet.

—Pobre, en efecto —dijo el señor Grandet—; no le queda un céntimo.

—Pues está durmiendo como si fuera el rey del mundo —dijo Nanón con acento suave.

Eugenia dejó de comer. Se contrajo su corazón como se contrae cuando por primera vez experimentaba una mujer la punzada de la compasión ante la desgracia del amado. La muchacha se echó a llorar.

—¿Por qué lloras, si ni siquiera conocías a tu tío? —le dijo su padre lanzándole una de las miradas de tigre hambriento que lanzaba, sin duda, sobre sus montones de oro.

Nanón salió en defensa de Eugenia.

—Pero, señor, ¿quién no se compadece de ese pobre muchacho que duerme a pierna suelta sin saber la suerte que le espera?

—No te hablo a ti, Nanón. Ten esa lengua.

Eugenia aprendió entonces que la mujer que ama debe siempre disimular sus sentimientos.

—Hasta que yo vuelva, confío en que no le diréis nada, señora Grandet —añadió el viejo—. Tengo que salir para ver cómo abren la cuenta que separa mis prados de la carretera. Estaré de vuelta al mediodía para el almuerzo y entonces hablaré a mi sobrino de sus asuntos. Y tú, Eugenia, si acaso lloras por ese currutaco, seca estas lágrimas, hija mía, que ya están de más. Prontito va a embarcar para las Indias. No le volverás a ver . . .

Tomó el viejo sus guantes del ala de su sombrero, se los puso con su calma habitual, los entró bien a fuerza de encajar los dedos de una mano en los de la otra, y salió.

—¡Ah! ¡Mamá, me ahogo! —exclamó Eugenia en cuanto quedó a solas con su madre—. No he sufrido nunca tanto.

La señora Grandet, viendo qué su hija palidecía, abrió la ventana y la obligó a respirar el aire libre.

—Estoy mejor —dijo Eugenia, al cabo de unos instantes.

Semejante emoción en un temperamento que hasta entonces parecía frío y sosegado, impresionó a la señora Grandet que miró a su hija con esa simpatía de las madres que es como un poder de adivinación y lo comprendió todo. La verdad es que la vida de las célebres hermanas húngaras que nacieron unidas por un error de la Naturaleza, no fue más íntima qué la de Eugenia y su madre, siempre juntas ante aquella ventana, juntas en misa, y respirando siempre la misma atmósfera.

—¡Pobre hija mía! —dijo la señora Grandet cogiendo la cabeza de Eugenia para apoyarla contra su pecho.

Al oír aquella exclamación, la muchacha levantó la cabeza y procuró descubrir los arcanos pensamientos de su madre.

—¿Por qué va a mandarle a las Indias? —dijo—. Si es desgraciado, razón de más para que quede en casa. ¿No es nuestro pariente más próximo?

—Sí, hija mía, sería lo más natural; pero tu padre tendrá sus motivos para hacer lo que hace y debemos respetarlos.

Madre e hija se sentaron en silencio, una sobre su silla empinada, la otra en un silloncito y las dos reanudaron su labor. Agradecida a la admirable comprensión que su madre le acababa de demostrar, Eugenia le besó mano diciendo:

—¡Qué buena eres, querida mamá! Tales palabras iluminaron el viejo semblante maternal, ajado por largos sufrimientos.

—¿No te parece simpático? —le preguntó Eugenia.

La señora Grandet no contestó más que con una sonrisa; luego, al cabo de un momento de silencio, le dijo en voz baja:

—¿Le quieres ya? Esto no está bien.

—¿No mamá? —pregunto Eugenia—. ¿Por qué? Te gusta, gusta a Nanón, ¿por qué no me iba a gustar a mí? Pongamos la mesa para su desayuno.

Tiró la labor sobre una silla, la madre hizo lo mismo al tiempo que le decía:

—¡Estás loca!

Pero se complació en justificar, compartiendo, la locura de su hija. Eugenia llamó a Nanón.

—¿Qué se le ofrece, señorita?

—Nanón, ¿verdad que no faltará leche al mediodía?

—¡Ah!, para el mediodía, sí, desde luego —contestó la vieja criada. —Bueno, pues, dale una taza do café bien fuerte, que oí decir al señor de Grassins que en París se toma muy fuerte. Ponle mucho.

—¿De dónde quiere que lo saque?

—Cómpralo.

—¿Y si el señor lo descubre?

—Está en sus prados.

—Voy volando. Pero el señor Fessard, al venderme la bujía, me preguntó ya si es que teníamos a los tres Reyes Magos en casa. Toda la ciudad va a enterarse de nuestros derroches.

—Si tu padre se da cuenta de algo —dijo la señora Grandet—, es capaz de pegarnos.

—Que nos pegue, recibiremos los azotes de rodillas.

La señora Grandet, por toda respuesta, levantó los ojos al cielo. Nanón tomó su cofia y salió. Eugenia sacó manteles limpios y fuese a buscar unos racimos de uva, que por distraerse, había colgado en el desván; pisó levemente al pasar por el corredor para no despertar a su primo, y no pudo abstenerse de pegar el oído a su puerta para oír la sosegada respiración que se escapaba de sus labios.

"La desgracia vela, mientras él duerme", se dijo.

Cogió los pámpanos más verdes que encontró arregló su racimo con tanta coquetería como un viejo maestresala y lo puso triunfalmente en la mesa.

En la cocina echó mano a las peras que su padre había cortado y las dispuso formando pirámide sobre un lecho de hojas. Iba y venía, corría, saltaba. Si se dejase llevar de su impulso, saquearía toda la casa paterna; pero el viejo tenía todas las

llaves. Volvió Nanón con huevos frescos. Al ver los huevos, a Eugenia le dieron ganas de abrazarla:

—El colono de la Landa los tenía en su cesto; se los pedí y el bendito me los regaló.

Después de un par de horas de trajines, durante las cuales Eugenia dejó más de veinte veces su labor para ir a dar una ojeada al café hirviendo, para escuchar el ruido que hacía su primo el levantarse, logró preparar un desayuno muy sencillo, nada costoso, —pero que infringía terriblemente las costumbres inveteradas de la casa. El almuerzo del mediodía se tomaba en pie. Cada cual tomaba su rebanada de pan, fruta o manteca, y un vaso de vino. De modo que al ver la mesa puesta junto al fuego, uno de los sillones colocado ante el cubierto destinado a su primo, las dos fuentes colmadas de fruta, la huevera, la botella de vino blanco, el pan y el azúcar amontonado en un platito, Eugenia se estremeció de pies a cabeza sólo al pensar en la cara que pondría su padre si llegase a entrar en aquel momento. Por eso miraba sin cesar al reloj, para calcular si su primo podría desayunarse antes de que el padre estuviese de vuelta.

— Tranquilízate, Eugenia; si tu padre comparece, yo cargaré toda la responsabilidad —le dijo la señora Grandet.

A Eugenia se le saltó una lágrima.

—¡Mamá de mi alma —exclamó—, no te he querido como mereces!

Carlos, después de haber dado mil vueltas en la habitación, acabó por bajar. Por suerte no eran más que las once. El demontre de parisiense se acicaló con tanto cuidado como si se hubiese encontrado en el castillo de la dama que viajaba por Escocia. Entró con el aire afable y risueño que tan bien sienta a la juventud y que produjo a Eugenia una emoción agridulce. Había aceptado, con inmejorable humor, el hundimiento de sus castillos de Anjou y saludó alegremente a su tía.

—¿Pasó usted bien la noche, querida tía? ¿Y usted, primita?

—Muy bien, caballero, ¿y usted? —contestó la señora Grandet.

—Yo, perfectamente.

—Debe usted tener apetito, primo —dijo Eugenia—. Siéntese usted a la mesa.

En general, no tomo nada hasta mediodía, que es la hora que me levanto. Pero ayer, durante el camino, me trataron tan mal, que voy a obedecerle. Por otra parte...

Sacó del bolsillo el reloj más delicioso que haya salido de manos de Breguet.

—¡Ah, pero si son las once! He sido madrugador.

—¿Madrugador...? —dijo la señora Grandet.

—Sí; pero quería arreglar mi ropa. Pues bien, comeré cualquier cosa, un poco de perdiz o de pollo.

—¡Ave María purísima! —gritó Nanón al oír tales palabras.

"Una perdiz", decíase Eugenia, que habría querido comprar uno con todo su peculio.

—Venga a sentarse —le dijo su tía.

El *dandy* se dejó caer sobre el sillón como una linda mujer sobre un diván. Eugenia y su madre tomaron sillas .y se sentaron cerca de él delante del fuego.

—¿Viven ustedes siempre aquí? —les preguntó Carlos que encontraba aquella sala más fea, a la luz del día, que la víspera a la de las velas.

— Siempre —contestó Eugenia, mirándole—, excepto durante la vendimia. Entonces vamos a ayudar a Nanón y nos instalarnos todos en la abadía de Noyers.

—¿No van nunca de paseo? —Alguna vez, los domingos al salir de vísperas, cuando hace buen tiempo –dijo la señora Grandet—, nos llegamos hasta el puente o vamos a ver el heno recién segado.

—¿Tienen ustedes teatro?

—¡Ir al teatro! —exclamó la señora Grandet—, ¡a ver a los cómicos!; pero caballero, ¿no sabe usted que es pecado mortal?

—Tenga usted, señor ——díjole Nanón sirviéndole los huevos—, aquí le vamos a dar los pollos con cáscara.

— ¡Oh, qué bien! ¡Huevos frescos! —exclamó Carlos, que semejante en esto a las personas acostumbradas al lujo, ya no pensaba en su perdiz—. ¡Delicioso! Si tuviese usted un poco de manteca, amiga mía...

—¡Manteca!, se quedan pues, ustedes, sin tostada ——dijo la sirvienta. —¡Por Dios, sirve la manteca, Nanón! —exclamó Eugenia.

La muchacha examinaba a su primo mientras partía las tiras de pan y experimentaba tan gran placer como el que siente la más sensible modista de París viendo representar

un melodrama en el que triunfe la inocencia. Hay que reconocer que Carlos, educado, por una madre llena de gracia, perfeccionado por una dama elegante, tenía gestos delicados, finos encantadores como puedan serlo los "de una dulce dueña. La compasión y la ternura de una muchacha ejercen, realmente, una influencia magnética. Carlos, al verse objeto de las atenciones de su prima y de su tía, no pudo sustraerse al flujo de sentimientos que se dirigían hacia el y que, por decirlo así, le inundaban. Lanzó a Eugenia una de esas miradas brillantes de bondad y de caricias, una mirada que parecía sonreír. Y al contemplar a Eugenia, se dio cuenta de la exquisita armonía de facciones de aquel rostro purísimo, de su actitud inocente, de la mágica claridad de sus ojos en los que asomaban tiernos pensamientos de amor y en que el deseo ignoraba todavía la voluptuosidad.

—Le aseguro, querida prima, que si estuviese en un palco de la ópera, vestida de gala, mi tía tendría toda la razón del mundo; no serían pocos los pecados que se iban a cometer por su culpa. Los hombres se morirían de codicia y las mujeres de envidia.

Eugenia se sonrojó.

—¡Oh! ¡Por Dios, no se burle usted de una pobre provinciana!

—Si me conociese usted, primita, sabría ya que detesto la burla. Es algo que marchita el corazón y que ofende los sentimientos.

Y así diciendo mordió con verdadero gusto la tira de pan untado de mantequilla.

—No; probablemente no soy lo bastante ocurrente para reírme de los demás, y este defecto me perjudica mucho. En París saben asesinar a un hombre con sólo decir: "Tiene buen corazón." Porque esta frase significa en lenguaje corriente: "Ese pobre chico es tonto como un rinoceronte." Pero como soy rico y les consta que puedo derribar una muñeca al primer tiro, a treinta pasos de distancia y con cualquier clase de pistola, nadie se atreve a tomarme el pelo.

—Lo que dice usted, sobrino, indica buen corazón.

—¡Qué linda sortija lleva usted! —dijo Eugenia—. ¿Me la deja ver?

Carlos tendió la mano y Eugenia se ruborizó el sentir que las yemas de sus dedos rozaban las uñas rosadas de su primo.

—Mira, mamá, qué trabajo más precioso.

—¡Oh, cuánto oro lleva! —dijo Nanón al traer el café.

—¿Qué es eso? —preguntó Carlos riendo.

Y señalaba un pote oblongo de barro pardo barnizado por fuera y esmaltado por dentro, orlado por

una franja de ceniza, en. cuyo fondo caía el café, para volver a la superficie del líquido hirviente.

—Es café hervido —dijo Nanón. —¡Ah, querida tía, por lo menos voy a dejar un recuerdo bienhechor de mi paso por aquí! ¡Qué atrasados están! Les voy a enseñar a hacer buen café en una cafetera a la Chapta!.

Probó de explicar en qué consistía aquel sistema de cafetera:

—¡Uy!, si hay tantos chismes como dice —exclamó Nanón—, una tendrá que pasarse la vida haciendo café. No cuente conmigo. Entre tanto, ¿quién iría a coger hierba para la vaca?

—Yo soy la que lo haré —dijo Eugenia.

—¡Chiquilla! —dije, la señora Grandet mirando a su hija.

Al sonar aquella palabra, que recordaba la desgracia que estaba a punto de abalanzarse sobre el infeliz muchacho, las tres mujeres se callaron y lo contemplaron con una expresión de lástima que le alarmó.

—¡Chitón! —dijo la señora Grandet a Eugenia, que iba a contestarle—. Ya sabes, hija mía, que tu padre quiere encargarse de hablar a este caballero...

—Llámeme Carlos —dijo el joven Grandet.

—¡Ah, se llama ¯usted Carlos! Bonito nombre —exclamó Eugenia. Las desgracias presentidas ocurren casi siempre. Nanón, la señora Grandet y Eugenia que pensaban, y no sin un escalofrío, en la vuelta del tonelero, oyeron un golpe de picaporte cuya sonoridad les era harto conocida.

—¡Aquí esta papá! —dijo Eugenia. Retiró el platillo en que estaba el azúcar y dejó sólo unos terrones sobre el mantel, Nanón se llevó el plato de huevos. La señora Grandet se irguió como una cierva espantada. Fue un arrebato de pánico que sorprendió a Carlos, pues no sabía a qué atribuirlo.

—¿Pero qué les sucede? —preguntó.

—Papá está aquí —dijo Eugenia.

—¿Y eso qué...?

Entró el señor Grandet y con un solo vistazo que echó sobre la mesa y sobre Carlos lo vio todo.

—¡Ah!, ¡ah! ¡Conque hubo festín para el sobrino! ¡Muy bien, está muy bien, pero que muy bien! —dijo sin tartamudear—. Cuando el gato está fuera, bailan los ratones.

"¿Festín?", se preguntó Carlos, incapaz de comprender el régimen y las costumbres de aquella casa.

—Dame mi vaso, Nanón —dijo el viñador.

Eugenia trajo el vaso. Grandet sacó de su faltriquera un cuchillo con mango de cuerno, cortó una rebanada de pan, la untó con un poco de manteca y se puso a comer en pie. En aquel precioso momento, Carlos echaba azúcar a su café. El tío Grandet recibió los pedazos de azúcar y volvió los ojos a su mujer que palideció y dio tres pasos; se inclinó sobre el oído de la pobre vieja y le dijo:

—De dónde has sacado este azúcar?

—Nanón ha ido a buscarlo a casa Fessard, porque no quedaba.

Es imposible imaginar el interés profundo que aquella escena muda tenía para las tres mujeres. Nanón había abandonado la cocina y miraba la sala para ver cómo se resolvería el asunto. Carlos, que ya había probado el café y notado que aún estaba amargo, buscó el azúcar del que Grandet ya se había apoderado.

—¿Qué quiere usted., sobrino? —le dijo el ex tonelero.

—El azúcar.

—Añada usted leche —respondiólo el amo de la casa—, y verá cómo el café se endulza.

Eugenia tomó otra vez el plato que hacía las veces de azucarero, y que Grandet ya había guardado y lo volvió a poner sobre la mesa, mientras contemplaba con serenidad a su padre. La parisiense que, para facilitar la fuga de su amante, sostiene con sus débiles brazos una escala de seda, no usa de más valor que Eugenia al volver a poner el azúcar sobre la mesa.

Y mientras el amante recompensará a la parisiense que le muestra, orgullosa, su brazo magullado, en que cada vena lastimada, recibe un halago de besos y de

lágrimas, Carlos no debía enterarse nunca de las profundas conmociones que rompían el corazón de su prima, que sentía llamear sobre ella la mirada del viejo tonelero.

—¿No comes, esposa? Adelantóse la pobre ilota, cortó con mano torpe un pedazo de pan y tomó 'una pera. Eugenia ofreció audazmente a su padre un racimo de uvas diciéndole:

—¡Prueba mis conservas, papá! Usted también las probará, primo. Fui a buscar para usted estos racimos tan hermosos.

———¡Oh! Si no se les paran los pies van a saquear todo Saumur para, obsequiarle. Cuando— haya terminado, sobrino, iremos juntos al jardín; tengo que contarte algo que no es muy azucarado.

Eugenia y su madre lanzaron una mirada a Carlos, cuya expresión no pudo engañarles.

—Tío, ¿qué significan éstas palabras? Desde la muerte de mi pobre madre. . . —al decir esto se le ablandó la voz—, no hay para mí desgracia posible...

—Sobrino, ¿quién puede prever con qué clase de aflicciones querrá Dios probarnos todavía? —le dijo su tía.

—Ta, ta, ta —dijo Grandet—; Ya empezamos con tonterías. Veo con pena, querido sobrino, tus lindas manos blancas.

Y diciendo esto, le mostraba las callosas y velludas manos que pendían de sus brazos.

—¡Éstas son manos para rebanar escudos! Le han educado a usted para enfundar sus pies en la piel

con que se fabrican las carteras en que nosotros guardamos los billetes de Banco. ¡Mala cosa! ¡Muy mala cosa!

—¿Qué quiere usted decir, tío? ¡Que me aspen si le entiendo una sola palabra!

—Venga usted —dijo Grandet. El avaro cerró con estrépito la hoja de su cuchillo, bebió el último trago de vino y abrió la puerta.

—¡Valor, primo, valor!

El acento de la muchacha heló el corazón de Carlos que siguió a su terrible pariente, presa de mortal inquietud. Eugenia, su madre y Nanón fuéronse a la cocina, movidas

por una irresistible curiosidad, a espiar a los dos actores de la escena que iba a desarrollarse en el húmedo jardincillo. El tío paseó un rato silenciosamente con el sobrino. No es que a Grandet se le trabase la lengua al tener que comunicar a Carlos la muerte de su padre, es que experimentaba una especie de compasión al saberlo sin un escudo, y buscaba las fórmulas para endulzar la expresión de tan cruel realidad. Decirle: "Ha perdido usted a su padre", era no decirle nada. Los padres suelen morir antes que los hijos. Pero decir: "Se ha quedado usted con la noche y el día; no tiene usted la menor fortuna",eso sí que era reunir en pocas palabras todas las desgracias del mundo. Por eso, el viejo recorrió por tercera vez la avenida del centro, cuya arena crujía bajo los pies. En las grandes circunstancias de la vida, el alma se adhiere con extraordinario apego a los lugares en que las dichas o las desdichas se abaten sobre nosotros. Así es como Carlos examinaba, con particular atención los bojes de aquel jardincillo, las pálidas hojas que caían de los árboles, las contorsiones de los frutales, detalles todos que debían estar grabados en su recuerdo, mezclados eternamente a aquella hora suprema, gracias a la peculiar mnemotecnia de las pasiones.

—Hace buen día, hace calor, —dijo Grandet, aspirando una gran bocanada de aire.

—Sí, tío... ¿Pero por qué...? —Pues, sí, muchacho, tengo que darte malas noticias. Tu padre está muy malo...

—¿Por qué estoy aquí, entonces? —dijo Carlos—. ¡Nanón! —gritó-. ¡Caballos de posta! Algún coche encontraré en la localidad —agregó volviéndose hacia su tío, que le escuchaba inmóvil.

—No hacen falta caballos ni coche———respondió Grandet mirando a Carlos, que se quedó callado y con los ojos fijos—. Sí, mi pobre amigo, veo que lo adivinas: ha muerto. Pero esto no es nada. Hay algo más grave; se ha pegado un tiro en la sien.

—¿Mi padre...?

—Sí. Pero no es esto todo. Los periódicos se ocupan del asunto como si estuviesen en su derecho. Toma, lee.

Grandet, que se había quedado el periódico de Cruchot, puso el fatal artículo bajo la vista de Carlos. En aquel momento, el pobre muchacho, todavía en la edad en que los sentimientos se manifiestan con ingenuidad, rompió a llorar.

"Vamos, no está mal —se dijo Grandet—. Sus ojos me daban miedo. Llora, eso quiere decir que está salvado..."

—Pero eso no es lo peor, sobrino —volvió a decir Grandet en alta voz, sin saber si Carlos le escuchaba—, eso aún no es lo peor; te consolarás, pero...

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡Pobre papá...!

—Te ha arruinado; no te queda un cuarto.

—¿Qué, me importa a mí eso? ¿Dónde está mi padre? ¡Papá!

El llanto y los sollozos repercutían entre aquellos muros de una manera horrible. Las tres mujeres, conmovidas, lloraban; las lágrimas son tan contagiosas como puede ser la risa. Carlos, sin escuchar a su tío, echó a correr al patio, encontró la escalera, subió a su cuarto y se echó de bruces sobre la cama, y con la cara hundida en las sábanas, lloró a sus anchas lejos de sus parientes.

—Hay que dejar pasar el primer chaparrón —dijo Grandet al volver a la sala, donde Eugenia y su madre se habían apresurado a reinstalarse en sus sitios y trabajaban con mano trémula después de haberse secado los ojos—. Pero ese muchacho no sirve para nada; se ocupa más de los muertos que del dinero.

Eugenia se estremeció al oír que su padre se expresaba de aquel modo sobre el más sagrado de los dolores. Desde aquel momento empezó a juzgar a su padre. Aunque mitigados por la distancia, los sollozos de Carlos resonaban en toda la casa, y su hondo gemido que parecía venir de debajo de tierra, no cesó hasta la noche, después de haberse ido debilitando gradualmente.

—¡Pobre muchacho! —suspiró la señora Grandet.

¡Fatal exclamación! El tío Grandet miró a su mujer, a Eugenia, al azucarero; se acordó del extraordinario desayuno preparado para el pariente infeliz y se plantó en medio de la sala.

—¡A ver! Supongo —dijo, con su calma habitual —que no van a continuar sus prodigalidades, señora Grandet. No os doy mi dinero para atiborrar de azúcar a ese joven extravagante,

—Mi madre no tiene nada que ver con eso —dijo Eugenia—. Soy yo la que...

—Será porque eres mayor de edad, que ya piensas en contrariarme —repuso Grandet interrumpiendo a st hija—. Piensa, Eugenia...

—Padre, el hijo de su hermano no debía carecer en casa de...

—¡Ta, ta, ta, ta! —dijo el tonelero sobre cuatro tonos cromáticos—. ¡El hijo de mi hermano— por aquí, mi sobrino por allá! Nada tenemos que ver con Carlos; no tiene un cuarto partido por la mitad. Y en cuanto ese lechuguino haya derramado todas sus lágrimas, tomará el portante. No quiero que meta la revolución en casa.

—¿Qué es eso de quebrar, padre? —preguntó Eugenia.

—Quebrar —dijo Grandet—, es cometer la acción más deshonrosa que puede cometer un hombre.

—Sí que debe ser gran pecado —dijo la señora Grandet—, y nuestro hermano debe haberse condenado.

—Vamos, ya estás tú con tus letanías — dijo el viejo a su mujer encogiéndose de hombros—. Quebrar —prosiguió—, es un robo que por desgracia la ley toma bajo su protección. La gente ha dado su dinero a Guillermo Grandet, fiando en su reputación de probidad y de honradez; él se ha quedado con todo sin dejarle otro consuelo que el de maldecirle. El salteador de caminos es más digno que el quebrado; aquél te ataca directamente y puedes defenderte; se juega la cabeza; mientras que el otro... En fin, que Carlos está deshonrado.

Tales palabras resonaron en el corazón de la pobre muchacha y la agobiaron con todo su peso. Su ingenua probidad no conocía ni las máximas del mundo, ni sus razonamientos capciosos, ni sus sofismas; aceptó, pues, la atroz explicación que le daba su padre del significado de la quiebra, sin hacerle notar la diferencia que hay entre una. quiebra involuntaria y una quiebra fraudulenta.

—¿Y usted, padre, no ha podido impedir semejante desgracia?

—Mi hermano no me ha consultado y, además debe cuatro millones.

—¿Cuánto es un millón? —preguntó la muchacha con el candor de un niño que cree poder hallar fácilmente lo que necesita.

—¿Un millón? — dijo Grandet— . Pues, un millón de piezas de veinte sueldos, y se necesitan cinco piezas de veinte sueldos para hacer cinco francos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Eugenia—. ¿Cómo pudo mi tío llegar a tener cuatro millones? ¿Habrá en Francia otro que reúna tantos millones?

El tío Grandet se acariciaba la barbilla, sonreía y su lobanillo parecía dilatarse.

—¿Qué va a ser, pues, de mi primo?

—Embarcará para América, donde, cumpliendo los últimos deseos de su padre, probará de hacer fortuna.

—Pero, ¿tiene dinero para ir tan lejos?

—Yo le pagaré el viaje... hasta... hasta Nantes.

Eugenia abrazó a su padre.

—¡Ah, padre, qué bueno es usted?

Le abrazó de modo que casi logró avergonzar a Grandet cuya conciencia no estaba muy tranquila.

—¿Se necesita mucho tiempo para reunir un millón? —le preguntó.

—¡Ahí es nada! —dijo el tonelero—. ¿Tú sabes lo que es un napoleón? Pues bien, hacen falta cincuenta mil para formar un millón.

— Mamá, mandaremos decir novenas por él.

—Ya lo había pensado —contestó la madre.

—¡Todo acaba en lo mismo! Siempre gastando dinero —exclamo el padre—. Lo menos imagináis que aquí nadamos en la abundancia.

En aquel momento un lamento sordo, más lúgubre que todos los precedentes resonó en el desván y heló de terror a Eugenia y a su madre.

—¡Nanón, sube a ver, que no se nos mate también! — dijo Grandet—. ;Ah, te digo yo! —prosiguió, volviéndose hacia si. mujer y su hija, que sus palabras habían hecho palidecer—, mirad de no haber más tonterías, vosotras dos. Os dejo. Voy a hablar con los holandeses, que se van hoy. Después iré a ver, a Cruchot y hablar con él de todo esto.

Se fue. Cuando Grandet cerró la puerta, Eugenia y su madre respiraron a sus anchas. Antes de aquella mañana, Eugenia no se había sentido nada cohibida ante su padre; pero de unas horas a aquella parte, no paraba, de cambiar de ideas y de sentimientos.

—Mamá, ¿cuántos luises dan por un tonel de vino?

—Tu padre vende los suyos entre ciento y ciento cincuenta francos, a veces hasta doscientos, por lo que he oído decir.

—¿Y cuándo recoge mil cuatrocientos toneles de vino... ?

—Hijita, no me preguntes cuánto hace; tu padre no me dice una palabra nunca de sus negocios.

—Pero, eso quiere decir que papá debe de ser rico.

—Tal vez sí. Pero el señor Cruchot me dijo que hace dos años compró Friedfond y esto le hará andar mal.

Como Eugenia no sabía una jota de la fortuna de su padre, no prosiguió sus cálculos.

—¡Ni siquiera me ha visto, el niño bonito! —dijo Nanón al volver—. ¡Está tendido sobre la cama y llora como una Magdalena que es una bendición! ¡Que pena tan grande, la que tiene ese pobre señorito!

—Anda, mamá, subamos a consolarlo y si llaman volveremos aquí en seguida.

La señora Grandet no pudo resistir la armoniosa voz de su hija. Eugenia era sublime; era toda una mujer. Las dos, palpitante el corazón, subieron al cuarto de Carlos. La puerta estaba abierta. El muchacho no oía ni veía nada. Sumido en su llanto, lanzaba gemidos inarticulados.

—¡Cómo quería a su padre! —dijo Eugenia en voz baja.

Ni había modo de oír el acento con que pronunciaba estas palabras sin descubrir las esperanzas de un corazón que, sin saberlo, estaba apasionado. La señora Grandet dirigió a su hija una mirada henchida de sentimiento maternal y susurró al oído:

—Ten cuidado, no vayas a enamorarte de él.

—¡Enamorarme! —repuso Eugenia—. ¡Ay, si supieras lo que ha dicho mi padre!

Carlos se volvió y notó la presencia de su tía y de su prima.

—He perdido a mi padre, a mi pobre padre. Si me hubiese confiado el secreto de su desgracia, los dos hubiésemos trabajado para repararla. ¡Dios mío! ¡Pensar que estaba tan seguro de volver a ver a mi padre que hasta creo que le besé fríamente... !

Los sollozos no le dejaron continuar.

—Rezaremos por él —dijo la señora Grandet—. Resígnese usted a la voluntad divina.

— Primo —dijo Eugenia—, ¡tenga usted valor! Su pérdida no tiene ya remedio; piense ahora en salvar su honor...

Con ése instinto y esa delicadeza de la mujer que pone inteligencia en cuanto toca, incluso cuando consuela, Eugenia quiso mitigar el dolor de su primo, obligándole a ocuparse de sí mismo.

—¿Mi honor...? —preguntó el muchacho, echando atrás su cabello con un movimiento brusco.

Y se sentó en la cama, cruzando los brazos.

—¡Ah, es vedad! Mi padre, según dijo mi tío, ha quebrado. Lanzó un grito desgarrador y escondió la cara entre las manos.

—¡Déjeme, prima, déjeme! ¡Dios mío, perdonad a mi padre! ¡Cómo ha debido sufrir!

Algo había de horriblemente atractivo en el espectáculo de aquel dolor joven y verdadero, sin cálculo y sin doblez. Cuando Carlos, hizo un ademán para pedirles que le abandonasen, los corazones ingenuos de Eugenia y de su madre comprendieron a maravilla el púdico dolor que se lo dictaba.

Volvieron a bajar, ocuparon otra vez y en silencio sus sitios junto a la ventana, y trabajaron durante cerca de una hora sin cruzar una palabra. Eugenia, con la mirada furtiva que había echado al equipaje de su primo, había visto las encantadoras fruslerías de su ajuar, las tijeras, las navajas con incrustaciones de oro. Aquel alarde de lujo, entrevisto a través del dolor, quizá por contraste, tornó más interesante a sus ojos la figura de Carlos. Aquellas dos mujeres no habían presenciado jamás un acontecimiento tan dramático, tan grave que trastornaba sus imaginaciones perpetuamente sumidas en la soledad y en la calma.

—Mamá —dijo Eugenia—, ¿llevaremos luto por mi tío?

—Tu padre lo decidirá —contestó la señora Grandet.

Quedaron otra vez silenciosas. Eugenia siguió cogiendo puntos con una regularidad de movimientos que no hubiese dejado revelar a un buen observador las fecundas reflexiones a que estaba entregada. El primer deseo de aquella adorable muchacha era participar en el duelo de su primo.

A eso de las cuatro, un brusco golpe de picaporte retumbó en el corazón de la señora Grandet.

—¿Qué tendrá tu padre? —dijo ésta a su hija.

El viñador entró gozoso. Luego que se quitó los guantes, se frotó las manos con tanta fuerza que parecía querer arrancarse la piel, por lo demás, curtida como cuero de Rusia, salvo el olor de incienso que se echaba de menos

Se paseaba, mirando el tiempo. Por fin, se le escapó el secreto.

—Mujer —dijo sin tartamudear—, los he enredado a todos. Nuestro vino está vendido. Holandeses y belgas se iban esta mañana; yo me pongo a pasear por delante de su posada, como si estuviese pensando en las musarañas. Fulano, al que tú conoces, ha venido a mi encuentro. Los propietarios de todos los viñedos buenos guardan su cosecha y quieren ver venir; ¡allá ellos! Yo no les he dicho ni que sí ni que no. Nuestro belga estaba desesperado. Le he visto. Y, negocio concluido: toma nuestra cosecha a doscientos francos el tonel, la mitad al contado. Me paga en oro. Las letras están extendidas aquí' tienes seis luises para ti. Dentro de tres meses bajarán los vinos.

Pronunció las últimas palabras con un tono apacible, pero tan profundamente irónico, que los ¯vecinos de Saumur, en aquel momento reunidos en la plaza y anonadados por la noticia de que Grandet acababa de vender su cosecha, se habrían estremecido si lo hubiesen oído. Un pánico irresistible hubiera hecho bajar el vino en un cincuenta por ciento.

—Tiene usted mil toneles este año, ¿verdad, padre? —dijo Eugenia.

—Sí, hijita.

Aquella palabra encarnaba la; suprema expresión de la alegría del tonelero.

—Lo cual representa doscientas mil piezas de veinte sueldos.

— Sí, señorita Grandet

—Pues bien, papá, usted puede perfectamente socorrer a Carlos. La sorpresa, la cólera, la estupefacción de Baltasar al leer el Mane Thécel Fares no son nada junto a la fría indignación de Grandet, que, olvidado ya de su sobrino, se lo encontraba metido en el corazón y en los cálculos de su hija.

—¡Ah, demontre! Desde que ese lechuguino ha puesto los pies en mi casa todo anda al revés, Parece que no estéis más que para comprar confites y organizar festejos. Pues no me da la gana. ¡Tengo edad, supongo, para saber cómo debo conducirme! No reciba lecciones de mi hija ni de nadie. Haré por mi sobrino lo que crea conveniente,

sin que tengáis que meter baza en ello. En cuanto a ti, Eugenia —agregó, dirigiéndose a ella—, no me hables más del asunto, si no quieres que te mande a la abadía de Noyers con Nanón para que sepas quién soy yo; y como te atrevas a chistar, vas mañana mismo. ¿Dónde anda ese muchacho? ¿No ha bajado?

—No, amigo mío —respondió la señora Grandet.

—¿Pues qué hace?

—Llora a su padre —contestó Eugenia.

Grandet miró a su hija sin saber qué decirle. Se sentía padre, en cierto modo. Después de dar un par de vueltas por la sala, subió a su gabinete a meditar sobre el empleo del dinero en fondos públicos. Las doscientas fanegas de bosque que había mandado talar le habían procurado seiscientos mil francos, sumando a esta cantidad el producto de sus álamos, sus rentas del año pasado y del corriente, más los doscientos mil francos de la venta que acababa de contratar, reunía una suma de novecientos mil francos. Le tentaba el veinte por ciento que podía ganar en poco tiempo con la renta del Estado que estaba a setenta francos. Hizo números sobre el periódico en que se anunciaba la muerte de su hermano, oyendo, sin escucharlos, los gemidos de su sobrino. Nanón llamó a la pared para invitar a su atrio a bajar, porque la comida estaba servida. Al poner el pie en el último escalón, ya bajo la bóveda, se dijo:

"Como sacaré un interés del ocho por ciento, voy a hacer la operación. En dos años, tendré ciento cincuenta mil francos, que retiraré de París en buena moneda de oro." Y preguntó en voz alta:

— ¿Dónde está mi sobrino? —Dice que no quiere comer —contestó Nanón— Y hace muy mal.

—Todo esto nos ahorramos —le replicó el amo.

—¡Caramba, eso sí! —dijo la criada.

—¡Bah! No estará llorando toda la vida. El hambre saca al lobo del bosque.

La comida se deslizó en un .extraño silencio.

—Amigo mío —dijo la señora Grandet—, será preciso que nos pongamos de luto.

—La verdad es, señora Grandet, que no sabéis qué inventar para gastar dinero. El luto se lleva en el corazón y no en la ropa.

—Pero el luto de un hermano es obligatoria y la Iglesia nos manda...

—Compra el luto con tus cinco luises. A mí me daréis un crespón y con esto me bastará.

Eugenia alzó los ojos al cielo sin decir palabra. Por primera vez en su vida, sus generosas inclinaciones, adormecidas y sofocadas, se despertaron de repente para verse contrariadas de continuo. Aquella velada fue semejante en apariencia, a mil veladas de su monótona existencia; pero sin duda la más horrible de todas. Eugenia trabajó sin levantar cabeza y no utilizó nada del — *necessaire* que Carlos había desdeñado la víspera. La señora Grandet siguió haciendo sus mangas. Grandet pasó cuatro horas sin hacer nada, sumido en cálculos cuyo resultado debía, al día siguiente, ser la admiración de Saumur. Nadie vino aquella noche a visitar a la familia. En aquel momento, toda la ciudad comentaba con pasión la hazaña de Grandet, la quiebra de su hermano y la llegada de su sobrino. Cediendo a la necesidad de charlar de sus intereses comunes, todos los propietarios de los viñedos de Saumur, de la clase alta y de la medra estaban en casa del señor Grassins, donde se lanzaban terribles imprecaciones contra el ex alcalde.

Nanón hilaba, y el miedo de su rueca fue el único sonido que se oyó bajo el techo gris de la sala.

—No se dirá que gastemos la lengua —exclamó la criada, enseñando sus dientes blancos y grandes como almendras peladas.

—No se debe gastar nada —respondió Grandet, despertando de sus meditaciones.

Se veía en perspectiva con sus ocho millones dentro de tres años y navegaba sobre aquella extensa capa de oro.

—Acostémonos ya. Yo iré a dar las buenas noches a mi sobrino en nombre de todos y ver si quiere tomar algo.

La señora Grandet se paró en el primer descansillo de la escalera para escuchar la conversación que iba a desarrollarse entre Carlos y el ex tonelero.

—¡Conque tienes mucha pena, sobrino! Sí, llora, es natural. Un padre es siempre un padre. Pero hay que tomar las desgracias con p$_a$ciencia. Yo me ocupo de ti mientras estás llorando. Soy buen pariente, créeme. Vamos, un poco de ánimo, muchacho. ¿Quieres un vaso de vino? El vino de Saumur no cuesta nada. Aquí se ofrece vino

como en la India una taza de té. Pero, estás sin luz. ¡Mala cosa, mala cosa! Hay que ver claro lo que se hace.

Grandet fue hacia la chimenea.

—¡Carmaba! —exclamó—, aquí tienes una bujía. ¿De dónde habrán sacado esta bujía? Las condenadas harían leña del techo de mi casa para tener con qué calentar la comida a este muchacho.

Al oír tales palabras, la madre y la hija se refugiaron corriendo en sus cuartos y se metieron en la cama, veloces como ratones que vuelven despavoridos a sus escondites.

—¿Señora Grandet, usted por lo visto tiene un tesoro? —dijo el marido, entrando en la habitación 'de su mujer.

—Amigo mío, estoy rezando, espera —contestó con voz alterada la pobre madre.

—;Al diablo con tu Dios! —replicó Grandet, refunfuñando.

Los avaros no creen en una vida futura; el presente es su reino. Esta reflexión proyecta una viva claridad sobre la época actual en que, más que en otra alguna, el dinero domina las leyes, la política y las costumbres, instituciones, libros, hombres y doctrinas todo labora por minar la creencia en una vida futura, en que, desde hace dieciocho siglos descansa el edificio social. Hoy día el ataúd es un tránsito que apenas espanta. El porvenir que nos aguardaba más allá del *Requiem,* se ha transportado al presente. Llegar, por fas o por nefas al paraíso terrestre del lujo y de los goces vanos, petrificarse el corazón y macerarse el cuerpo sin más objeto que la posesión de bienes efímeros, del mismo modo que antaño se sufría martirio por el logro de los bienes eternos, ésta es la idea general, idea que se halla escrita en todas partes, incluso en las leyes, que preguntan: "¿Cuánto pagas?", en. vez de preguntar: "¿Qué piensas?" Cuando semejante doctrina habrá pasado de la burguesía al pueblo, ¿qué va a ser del país?

—Señora Grandet, ¿has acabado? —dijo el viejo tonelero.

—Amigo mío, ruego por ti.

—¡Muy bien! Buenas noches. Hablaremos mañana.

La pobre mujer se durmió como el párvulo que ha dejado de aprenderse la lección y teme encontrar al despertar el rostro irritado del maestro. En el momento en que se

acurrucaba bajo las sábanas para no oír nada, Eugenia se le acercó en camisa con los pies descalzos, y le besó en la frente.

—¡Oh, mamá —le dijo—, mañana le diré que fui yo!

—No, que te mandaría a Noyers. Déjame a mí, no se me comerá.

—¿Oyes, mamá? Todavía está llorando.

—Ve a la carrìa, hija mía; te vas a enfriar, el suelo está húmedo. Así terminó el día solemne que debía pesar sobre toda la vida de la heredera a un tiempo rica y pobre; su sueño no fue ya tan profundo Y tan puro como había sido hasta entonces. A menudo, ciertas acciones de la vida humana se diría que son inverosímiles, aunque verdaderas. Mas no se deberá esto al hecho de que nos olvidamos casi siempre de proyectar sobre nuestras determinaciones espontáneas' cierta claridad psicológica que podría poner de relieve las misteriosas razones que las hicieron necesarias.

La profunda pasión de Eugenia debería quizá analizarse en sus fibras más tenues porque, como dirían determinados espíritus burlones, degeneró en una enfermedad e influyó en toda su existencia. Gentes hay que prefieren negar los desenlaces que medir la fuerza de los lazos, de los nudos, que, en el orden moral, unen secretamente un hecho a otro. En nuestro caso, el pasado de Eugenia saldrá fiador, para los observadores de la naturaleza humana, de la ingenuidad de irreflexión y de la espontaneidad de las efusiones de su alma Porque su vida había sido tan sosegada hasta entonces, podía la piedad femenina, que es el más ingenioso de los sentimientos, desplegarse ahora con mayor tumulto. No es extraño que, impresionada por los acontecimientos de la jornada, se desvelase varias veces durante la noche para escuchar a su primo, cuyos suspiros repercutían, desde la víspera, en su corazón. Tan pronto lo imaginaba muriéndose de pena como muriéndose de hambre. Hacia la madrugada oyó una terrible exclamación. Se vistió con presteza y al amanecer, con paso leve entró en el cuarto de su primo, que había dejado la puerta abierta. La bujía se había consumido sobre la arandela del candelabro. Carlos, vencido por la fatiga, dormía vestido, sentado sobre un sillón, con la cabeza apoyada en la cama; soñaba como sueñan los jóvenes que tienen el estómago vacío. Eugenia pudo llorar a sus anchas; pudo admirar aquel rostro joven, pálido por el dolor, aquellos ojos hinchados por las lágrimas, y que, aun en sueños parecían seguir llorando. Por simpatía, Carlos adivinó la presencia de Eugenia, entreabrió los ojos y la vio enternecida.

—Perdóname, prima ——dijo sin saber en qué hora ni en qué sitio estaba.

—Hay aquí corazones que le escuchan y *hemos* creído que necesitaba usted algo.

—Debería acostarse; tal como está no hace más que fatigarse.

—Tiene razón.

—Me voy. Adiós.

Se escapó, contenta y avergonzada de haber venido. Solamente la inocencia tiene estas audacias. Cuando está instruida la virtud calcula tan bien como el vicio. Eugenia, que mientras estuvo junto a su primo no había temblado, cuando Volvió a entrar en su cuarto apenas pudo sostenerse sobre sus piernas. De repente se había desvanecido su ignorancia; se puso a reflexionar y se hizo mil reproches: "¿Qué idea se formará de mí? Creerá que le quiero" Era esto precisamente lo que deseaba más vivamente que creyese. El amor. ¡Qué gran suceso para una muchacha solitaria aquella entrada furtiva en el cuarto de un hombre joven! ¿No hay pensamientos y acciones que para determinadas almas equivalen a santos esponsales? Una hora después entró en la habitación de su madre y la ayudó a vestirse como acostumbraba. Juntas bajaron a sentarse ante la ventana, y esperaron a Grandet con esta ansiedad que, según los caracteres, hiela o calienta el corazón, lo oprime o lo dilata, cuando se espera una discusión, un castigo; sentimiento éste tan natural que lo experimentan los mismos animales domésticos. ¿No los habéis visto gritar por un ligero castigo y sufrir en silencio la herida que se han causado por descuido? El tonelero bajó, pero habló distraídamente a su mujer, besó a Eugenia y se sentó a la mesa como si no se acordara de las amenazas de la víspera.

—¿Qué hará mi sobrino? Poco molesta el muchacho.

—Está durmiendo, señor —contestó Nanón.

—Mejor, así no necesitará bujía —murmuró Grandet con acento socarrón.

Aquella clemencia desacostumbrada, aquella alegría amarga sorprendió á la señora Grandet que miró muy atentamente a su marido. El bueno de Grandet... (y quizá será oportuno hacer notar aquí que esta palabra en Turena, en Anjou, en Poitou y en Bretaña, no sólo se emplea para designar a los hombres realmente buenos, sino también para aludir a los más crueles, así que llegan a cierta edad. El título de bueno no prejuzga, pues, su carácter...) el bueno de Grandet tomó su sombrero y sus guantes y dijo:

—Voy a dar una vuelta por la plaza para encontrarme con los Cruchot.

—Eugenia, decididamente tu padre tiene algo.

Efectivamente, hombre de poco sueño, Grandet empleaba la mitad de sus noches en los cálculos preliminares que daban a sus puntos de vista, sus observaciones y a sus planes, su admirable precisión y les aseguraba aquel constante éxito, pasmo de los saumerenses. Todo poder humano es un compuesto de paciencia y de tiempo. Las personas poderosas quieren y velan. La vida del avaro es un constante ejercicio de la potencia humana puesta al servicio de la personalidad. Se apoya únicamente en dos sentimientos, el amor propio y el interés; pero como quiera que el interés es en cierto modo el amor propio solidificado y bien entendido, la afirmación continua de una efectiva superioridad, el amor propio y el interés resultan dos partes del mismo todo, el egoísmo. De aquí proviene tal vez la prodigiosa curiosidad que provocan los avaros hábilmente puestos en escena. Cada espectador se siente unido por pan hilo a tales personajes que tienen que ver con todos los sentimientos humanos, pues todos lo comprendian. ¿Dónde está el hombre que carece de deseos y dónde el deseo social que puede resolverse sin dinero? Grandet, realmente tenía algo, para usar la expresión de su mujer. Como todos los avaros sentía el prurito persistente de empeñar una partida con los demás hombres, de ganarles legalmente sus' escudos. Sobrepujar a los demás, no vale tanto como afirmar el propio poder, como otorgarse perpetuamente el derecho de despreciar a los que, demasiado débiles, se dejan devorar. ¡Oh! ¿habrá alguien que sepa comprender de veras lo que significa el manso cordero que yace a los pies de Dios, el emblema más conmovedor de todas las víctimas terrestres, el símbolo de su porvenir, en una palabra, la debilidad y el sufrimiento glorificados?

El avaro deja engordar a este cordero, lo mete en el redil, lo mata, lo asa, se lo come y lo desprecia. El pasto de los avaros se compone de dinero y de desdén. Durante la noche el bueno de Grandet había tomado otro camino; de ahí venía su clemencia. Había urdido una trama para burlarse de los parisienses, para retorcerlos, estirarlos, encogerlos, obligarlos a ir, a venir, sudar, esperar, desesperar; para divertirse con ellos, desde el fondo dé su sala gris, subiendo la escalera carcomida de su casa de Saumur. Se había preocupado de su sobrino. Quería salvar el honor de su hermano muerto sin que le costase un sueldo ni a su sobrino ni a él. Sus capitales iban a ser invertidos por un plazo de tres años, no tenía más que regentar su patrimonio; necesitaba, pues, dar otro alimento a su maligna actividad. El alimento acababa de encontrarlo en la quiebra de su hermano. Sintiendo el vacío entre sus garras, siempre ansiosas de presa, quería triturar a los parisienses en provecho de Carlos y mostrarse

buen hermano sin que le costase nada. El honor de la familia resultaba tan ajeno a su proyecto, que su buena voluntad debe compararse a la necesidad que sienten los jugadores de ver cómo se juega bien una partida en que no han apostado. Y necesitaba a los Cruchot y no quería ir a buscarlos, sino que pensaba atraerlos a su casa y empezar aquella misma noche una comedia, cuyo plan acababa de combinar para ser desde el día siguiente, sin que le costase un solo céntimo, la admiración de la ciudad,

Ausente su padre, Eugenia tuvo la dicha de poderse ocupar abiertamente de su querido primo, de ofrecerle, sin temor, los tesoros de su compasión, una de las sublimes superioridades de la mujer, la única que quiere hacer sentir, la única que perdona al hombre que le deje tomar sobre él. Por tres o cuatro veces, fue Eugenia a escuchar la respiración de su primo; a saber si dormía, si se despertaba; luego, cuando se hubo levantado, la leche, el café, los huevos, la fruta, los platos, el vaso, cuanto él necesitaba para el desayuno fue objeto de sus desvelos. Subió ágilmente por la vieja escalera para escuchar el ruido que hacía su primo. ¿Se vestía ya? ¿Lloraba todavía? Llegó hasta la misma puerta.

—¡Primo mío!

—¿Qué hay, prima?

—¿Quiere usted desayunarse en la sala o en su habitación?

—Donde usted quiera.

—¿Cómo se encuentra?

—Querida prima, me avergüenzo de tener hambre.

Esta conversación, a través de la puerta era, para Eugenia, todo un capítulo de novela

—Pues bien: ahora le vamos a subir el desayuno en la habitación para no contrariar a papá.

Bajó la escalera con la ligereza de un pájaro.

—Nanón, ve a arreglarle el cuarto. Aquella escalera, que con tanta frecuencia subía y bajaba y que resonaba al menor ruido, le parecía a Eugenia haber perdido su carácter vetusto, se le antojaba luminosa, le hablaba, era joven como ella, joven como el amor a que se entregaba. Su madre, su buena madre quiso, por fin, secundar las fantasías de su cariño y, cuando la habitación estuvo arreglada, las dos fueron a hacer

compañía al desventurado; ¿darle consuelo no era un deber de caridad cristiana? Aquellas dos mujeres hallaron en la religión una serie de pequeños sofismas para justificar sus extra] imitaciones. Carlos Grandet se vio rodeado de los cuidados más afectuosos y más tiernos. Su corazón dolorido sintió vivamente el consuelo aterciopelado de aquella exquisita simpatía que dos almas oprimidas de continuo, supieron desplegar al hallarse libres un instante en la región del sufrimiento, su esfera natural. Escudada en su parentesco, Eugenia se puso a ordenar la ropa blanca, los objetos de tocador que su primo había traído y pudo admirar con libertad, maravillarse ante cada bagatela de lujo, cada chisme de plata o de oro labrado que le venía a mano, y que retenía largo tiempo con el pretexto de examinarlo.

Aquel profundo interés que le manifestaba su tía y su prima no dejó de enternecer profundamente a Carlos; conocía lo bastante la sociedad de París para saber que en la posición en que estaba, no habría encontrado más que corazones fríos e indiferentes. Se le apareció Eugenia en todo el esplendor de su belleza insólita; desde aquel momento admiró la inocencia de costumbres que la víspera le dio risa. Y cuando Eugenia tomó de manos de Nanón el bol de porcelana lleno de café con leche para servírselo a su primo con toda la ingenuidad de su sentimiento, lanzándole una mirada de bondad, los ojos del parisiense se llenaron de lágrimas, le tomó la mano y se la besó.

—¡Ah, no volvamos a empezar! —le dijo ella.

—¡Oh!, estas lágrimas de ahora son de agradecimiento— contestó él.

Eugenia se volvió bruscamente hacia la chimenea para tomar el candelabro.

—Toma, Nanón, llévate esto: Cuando miró a su primo aún estaba muy colorada, pero al menos sus palabras pudieron mentir y no delatar la excesiva alegría que le inundaba el corazón; sus ojos, sin embargo, expresaron un mismo sentimiento y se fundieron sus almas en un solo pensamiento: el porvenir era suyo.

Aquella emoción fue tanto más deliciosa para Carlos, sumido en la desgracia, cuanto menos lo esperaba. Un golpe de picaporte llamó a las dos mujeres a su sitio. Por suerte, pudieron bajar lo bastante de prisa para estar con la labor en la mano cuando entró Grandet; si las hubiese pillado bajó la bóveda, esto hubiese sido suficiente para poner en guardia sus sospechas. Después del almuerzo, que, como siempre, el tonelero tomó sin sentarse, llegó de Froidfond el guardabosque, al que no se había dado

aún la propina prometida; traía una liebre y dos perdices matadas en el parque, unas anguilas, y los lucias, regalo de los molineros.

—¡Ah!, miren a ese pobre Cornoiller, que viene como pedrada en ojo de boticario. ¿Es bueno para comer, todo esto?

—Ya lo creo, mi buen señor; no hace dos días que está muerto.

—¡Vamos, Nanón, espabílate! —dijo el viñador—. Toma todo esto para la comida; convido a los Cruchot.

Nanón se quedó atontada y miró a todos los presentes.

—Aves —dijo—, ¿dónde voy a encontrar manteca de cerdo y especias?

—Mujer —dijo Grandet—, dale seis francos a Nanón y hazme acordar de bajar a la bodega a buscar vino del bueno.

—Así, pues, señor Grandet —dijo el guardabosque que había preparado su discursillo para provocar la decisión del asunto de sus emolumentos—, señor Grandet. . .

—¡Ta, ta, ta! —dijo Grandet—; ya sé lo que quieres decir; eres un buen chico; mañana nos ocuparemos de esto, hoy tengo demasiada prisa. Mujer, dale cinco francos —dijo a la. señora Grandet.

La pobre mujer respiró contenta al ver que había comprado la paz por once francos. Sabía que Grandet callaba por espacio de quince días después de haber recobrado pieza por pieza el dinero que le había dado.

—Toma, Cornoiller —dijo deslizando diez francos en la mano de Cornoiller—; algún día agradeceremos tus servicios.

Cornoiller no tuvo nada que decir. Se marchó.

— Señora —dijo Nanón, que se había puesto ya su cofia negra y que había cogido el cesto—, no necesito más que tres francos; guárdese el resto. Ya nos arreglaremos como podamos.

—Haz una buena comida, Nanón, mi primo bajará —dijo Eugenia.

—Decididamente, aquí pasa algo extraordinario —dijo la señora Grandet—. Es la tercera vez, desde nuestra boda, que tu padre invita a alguien a comer.

A eso de las cuatro, cuando Eugenia y su madre habían acabado de poner la mesa para seis personas y el dueño de la casa había subido de la bodega algunas botellas de vino exquisito que los provincianos guardan con cariño en sus bodegas, Carlos apareció en la sala. Estaba pálido. En sus ademanes, en su actitud, en sus miradas, en el sonido de su voz, había una tristeza llena de gracia. No simulaba el dolor, lo sentía de veras, y el velo que la pena tendiera sobre sus facciones le daba ese interesante aspecto que tanto gusta a las mujeres Eugenia lo quiso más todavía. Sin duda la desgracia que había caído repentinamente sobre Carlos, le había acercado a Eugenia. Ya no era aquel muchacho rico, elegante, colocado en una esfera inaccesible para ella, sino una pariente sumido en una horrorosa miseria. La miseria engendra la igualdad. La mujer tiene esto de común con los ángeles: los seres que sufren le pertenecen. Carlos y Eugenia se entendieron y se hablaron claramente con la mirada; porque el pobre *dandy* caído, el huérfano, se sentó en un rincón y se quedó callado, quieto, digno; pero, de vez en vez, la dulce mirada de su prima venía a buscarlo y le obligaba a salir de sus tristes pensamientos y a lanzarse juntos a los campos del porvenir y de la esperanza en que gustaba perderse con él. En aquel momento, la ciudad de Saumur estaba más impresionada por la comida ofrecida por Grandet a los Cruchot que lo estuvo la víspera por la venta de su cosecha, verdadero crimen de alta traición contra los viñadores. Si el político tonelero hubiese hecho su convite con la misma intención que Alcibíades al cortar la cola a su perro, tal vez habría sido un eterno juguete de sus maniobras, la opinión de Saumur le importaba un ardite. Los Grassins conocieron temprano la muerte violenta de Guillermo Grandet y la probable quiebra del padre de Carlos; decidieron ir aquella misma noche a casa de su cliente para tomar parte en su desgracia y darle nuevos testimonios de su amistad, informándose de paso de los motivos que podían haberlo determinado a invitar a los Cruchot en semejante coyuntura. A las cinco en punto, el presidente C. de Bonfons y su tío el notario llegaron endomingados hasta los dientes. Los convidados se sentaron a la mesa y empezaron por comer notablemente bien. Grandet estaba serio. Carlos, silencioso; Eugenia, muda. La señora Grandet no habló más que de costumbre, de manera que aquella comida resultó una verdadera comida de pésame. Cuando se levantaron de la mesa, Carlos los dijo a su tía y a su tío:

—Permítanme que me retire. Necesito ocuparme de una larga y triste correspondencia.

—A tu comodidad, sobrino. Cuando Carlos se hubo retirado y el tonelero tuvo la seguridad de que, ya sumido en sus escrituras, no podía oírlo, el tonelero miró socarronamente a su mujer.

— Señora Grandet, lo que tenemos que hablar sería como latín para usted; son las siete; debería ir a arrebujarse en las sábanas. Buenas noches, hija mía.

Besó a su hija y las dos mujeres se retiraron. Empezó entonces una escena en que el tío Grandet desplegó, más que en ninguna otra de su vida, la habilidad que había adquirido en el trato de los hombres, y que le valía, por parte de los que se sentían mordidos con demasiada rudeza el mote de zorro *viejo*. Si el ex alcalde de Saumur hubiese tenido ambiciones más altas, si circunstancias favorables de izarlo a esferas superiores, le hubiesen mandado a los congresos en que se resuelven. los asuntos de las naciones, quien duda, que, sirviéndose del. genio de que le había dotado su interés personal, habría prestado gloriosos servicios a Francia. Pudiera ocurrir, sin embargo, que fuera de Saumur, el viejo tonelero, habría hecho un triste papel. No sería de extrañar que sucediese con algunos espíritus lo mismo que con ciertas especies de animales que así que se trasplantan lejos del clima en que han nacido, dejan de engendrar.

—Se... se... ñor… pre... pre... presidente, uuuusted de... de... decía que la qui... quiebra...

El tartamudeo simulado desde hacía tantos años por el viejo Grandet y que pasaba por natural, no menos que la sordera de que se quejaba en tiempo de lluvia, en aquella ocasión les resultó tan fatigoso a los dos Cruchot que al escuchar al viñador, hacían muecas sin darse cuenta, tanto era el esfuerzo que desarrollaban para acabar las palabras en que el otro se atascaba expresamente. Tal vez es éste el momento de contar la historia del tartamudeo y de la sordera de Grandet. Nadie, en todo Anjou, oía mejor ni pronunciaba con más nitidez que el viejo viñador el francés anjevino. Una vez, a pesar de toda su sutileza, había sido víctima de un israelita que, durante la discusión, se ponía la mano detrás de la oreja, como para oír mejor, y balbuceaba con tan aparente dificultad, que Grandet, compadecido, se creyó obligado a sugerir a aquel taimado judío las palabras y las ideas que parecía ir buscando, a acabar por él los razonamientos de dicho judío, a hablar como debería hablar el condenado judío, a ser, en fin el judío y no Grandet. En aquel combate extraordinario el tonelero cerró el único trato de que tuvo que arrepentirse en toda su vida comercial. Pero si desde el

punto de vista pecuniario salió perdiendo, desde el punto de vista moral salió enriquecido con una lección de la que supo sacar óptimo fruto. De modo que Grandet acabó por bendecir al judío que le había enseñado el arte de impacientar a su contrincante a fuerza de obligarlo a ocuparse del pensamiento ajeno, hacerle perder de vista el suyo propio. Ningún asunto como el que empezaba a tratar aquella noche exigía los auxilios del tartamudeo, de la sordera y de los ambajes incomprensibles en que Grandet envolvía sus ideas. Y es que, por de pronto, él no quería permanecer dueño de su palabra y sembrar la duda respecto a sus verdaderas intenciones.

—Se... ñor de Bon... Bon... Bonfons ...

Era la segunda vez en tres años que Grandet llamaba señor de Bonfons a Cruchot, el sobrino.

El presidente pudo imaginar que el taimado tonelero le elegía por yerno.

—Uuuusted... de... de... decía que las qui... quieeebras pue.. . pue... den en ciertos ca... ca... casos, ¡m... ¡m... impedirse por...

— ...Por los mismos tribunales de comercio, sí, señor. Es cosa que se ve todos los días —dijo el señor C. de Bonfons, ensartando la idea del tío Grandet, o creyendo adivinarla y desviviéndose cariñosamente por explicársela—. ¡Oigame! ...

—Es ... es... cucho —contestó humildemente en viejo zorro, tomando la maliciosa actitud de un niño que por dentro se está riendo de su profesor, mientras finge prestarle la mayor atención.

—Cuando un hombre considerable y considerado, como era, por ejemplo, su difunto hermano en París...

—Mi her... her... ma... mano, sí.

—Está amenazado de un desastre...

—¿Se... se... le llama de... de... desastre?

—Sí. Cuando su quiebra resulta inminente, el Tribunal de Comercio competente (fíjese usted), tiene la facultad, mediante un juicio, de nombrar liquidadores para su casa de comercio. Una cosa es liquidar y otra quebrar, ¿comprende usted? Presentándose en quiebra un hombre se deshonra; pero suspendiendo pagos y poniéndose en liquidación, salva el honor.

—Va di ... di... diferencia de una co... co... cosa a o... otra, *si* ... no sa... sa... sale más caro —dijo Grandet.

—Una liquidación puede hacerse también sin intervención del Tribunal de Comercio. Porque — dijo el presidente sorbiendo su rapé —, ¿cómo se declara una quiebra?

—Sí, yo no me... me... lo he preguntado nunca —dijo Grandet.

—Primeramente, por la presentación del balance —repuso el magistrado— en la fiscalía del tribunal, cosa que hace el propio comerciante o su apoderado,, debidamente inscrito. En segundo lugar, a requerimiento de los acreedores. Ahora bien; si el comerciante no presenta el balance ni acreedor alguno requiere al tribunal para que declara al susodicho negociante en . quiebra, ¿qué es lo que sucede?

—Eso... ¿qué... qué... sucede?

—Entonces la familia del difunto, sus representantes, sus derecho habientes, o el negociante, si no está muerto, o sus amigos, si se halla escondido, liquidan. ¿Quizá quiere usted liquidar los asuntos de su hermano? —preguntó el presidente.

—¡Ah, Grandet! — exclamó el notario—; esto sí que estaría bien. Aún queda pundonor en nuestras provincias. Si logra usted salvar su nombre, pues que de su nombre se trata, será usted un hombre. . .

—¡Sublime! —dijo el presidente interrumpiendo a su tío.

—Cierta. . ta... mente —replicó el viejo viñador—; mi... mi... her. . . mano se. .. se ... se llamaba Grandet. . . co.. . COGOMO yo. Esto no lo pue... puedo negar... Y es ... es ... esta liqui... qui... quidación podría re... re... resultar en to... to.. . todo caso muy ven. . . ven... ventajosa, ba... ba... bajo todos los conceptos para los in. . .

in ... in... intereses de mi sobrino al que... quie... quie... ro, pero:.. hay que an... an...' andar con tiento. Yo no co... co... conozco a los pícaros de París. Yo vivo en Sau... Sau... Sumur, pobre de mí. Tengo mis vi ... vi... viñas, mis trabajos, mis aaaasuntos. No he firmado jamás un pagaré. He re... re... recibido muchos, pero no he firmado nin... :nin... ninguno. Creo que se co... co... cobran... que se des... des... cue-eeentan. He oído decir que se po.. . po... dían rescatar los pagarés.

—Así es —dijo el presidente—. Se pueden adquirir los pagarés en la plaza mediante un tanto por ciento. ¿Comprende usted?

Grandet hizo bocina con la mano, la aplicó a su oído y el presidente repitió la frase.

—Pero —replico el viñador—, por lo que veo, todo esto es la mar decomplicado. A mi... mi ... mi ... edad no entiendo una jo ... jo... jota de to... to... dos estos enredos. Yo hago falta aquí pa.. pa... para vigilar el grano: El grano es a...aaaquí donde se re ... re... coge y con el grano se pa... Da ... paga A... ante todo hay que... que... ve... velar por las cosechas. En Froidfond ten... tengo asuntos de importancia, aaasuntos de inte... te... terés. No puedo a... a. .. abandonar mi casa para irme a me... me... meter en esos líos del diablo, de que no entiendo jo... jo... jota. Dice usted que pa... para liqui . . . qui. . .quidar, para de... de... tener la quiebra debería de estar en Pa... Pa... París, Uno no pue... puede estar a la vez en dos si... si... sitios como un pajarito... y...

—Ya sé lo que quiere usted decir —le gritó el notario—. Pero, para algo sirven los buenos amigos, los viejos amigos capaces de sacrificarse por usted.

¡Vaya, por Dios —pensaba el viñador— si acabaran de decidirse!"

—Y si alguien fuese a París y buscase al acreedor más importante de su hermano Guillermo y le dijese...

—Un mo... mo... momento —replicó el viejo tonelero—; ¿el dijese... qué? Algo por este es ... es ... tilo: "El señor Grandet... de ... de Saumur por aquí; el señor Grandet de Saumur por allá. Quiere a su hermano; quiere también a su... su... so... so... brino. Siente la sangre... tiene las me... mejores intenciones. Ha ven ... vendido su cosecha. No de ... de... declaren la qui... quie... quiebra; reúnanse, nom... nom... nombren li... liqui. . . dadores. Entoooonces Grandet veeerá. Más sa... sa.. . sacarán ustedes si liquidan. . . que dejando que los cu... cu... riales metan ma... ma... mano..." ¿Eh? ¿No digo bien?

—¡Perfectamente!— dijo el presidente.

—Porque vea usted, señor Bon.. . Bon... Bonfons. Antes de decidirme hay que ver. Quien no... no... no ... puede... no ... no... puede. En todos los asuntos ooonerosos, paaara no salir con las maaanos en la ca... ca... cabeza, hay que conocer el debe y el haber. ¿Eh? ¿No digo bien? .

—Exacto —dijo el presidente—. Yo tengo la impresión que en un plazo de algunos meses se podrán recoger los créditos por una suma y pagar íntegramente por convenio. ¡Ah! a los perros se les llevaba muy lejos con sólo enseñarles un pedazo de

manteca. Cuando no ha habido declaración de quiebra y uno tiene en la mano los títulos de los créditos, se queda más blanco que la nieve.

—¿Que la ni... ni... nieve? — repitió Grandet, volviendo a formar pabellón con la mano junto a la oreja—. No comprendo eso de la nie... nie... nieve.

—¡Escúcheme, pues! —gritó el presidente.

—Le es ... es ... escucho.

—Un efecto es como una mercancía que puede sufrir alzas y bajas. Esto es una deducción del principio de Jeremías Bentham, sobre la usura. Dicho economista ha probado que el perjuicio que condenaba a los usureros era una tontería.

—¡Sí! —dijo el tonelero.

—Considerando que, en principio, según Bentham, el dinero es una mercancía y que cuanto representa al dinero también se convierte en mercancía —repuso el presidente—; considerando que es notorio que, sometido a las variaciones ordinarias que afectan a las cosas comerciales, la mercancía—pagaré, provista de tal o cual firma, ni más ni menos que otro artículo cualquiera, puede abundar o escasear en la plaza, ser cara o no valer nada, el tribunal ordena... (¡ay, perdón! se me fue el santo al cielo...) opino que usted podrá sacar a su hermano del mal paso por el veinte por ciento.

—¿Ha nom... noooombrado usted a Jeremías Ben ... ?

—Bentham, un inglés.

—Ese Jeremías nos va a evitar no pocas lamentaciones en materia de negocios — dijo el notario riendo.

—Esos ingleses tienen a ve... ve... veces mu... mucho sentido —observó Grandet—. Así, según Ben.. . Ben.. . Bentham, si los efectos de mi hermano va... va... valen... no valen. Si no me equi... qui ... qui ... voco. . . La cosa me parece clara.. . Los acreedores quedarían... no. quedarían... Yo me eeentiendo.

—Deje que le explique todo esto —dijo el presidente—. En derecho, si usted posee todos los créditos en circulación contra la casa Grandet, su hermano o sus derecho habientes no deben nada a nadie. Bien.

—Bien —repitió el viejo.

—En el terreno de la equidad, si los efectos de su hermano se negocian (se negocian, fíjese en este término) en la plaza con un tanto por ciento de pérdida; si un amigo de usted los ha rescatado, como los acreedores no han sido constreñidos a darlos mediante violencia alguna, la sucesión del difunto Grandet de París queda legalmente libre.

—Es verdad, el ne... ne ... negocio es el negocio —dijo el tonelero— . Esto sentado... De todos modos, com... pren.. , prende usted... es di.. . di... difícil. Yo no ten... tengo dinero ni... ni... tiempo, ni ...

—Sí, usted no puede distraerse. Pero eso no es obstáculo. Yo le ofrezco trasladarme a París (usted me indemnizará los gastos de viaje, una miseria) . Me entrevistó con los acreedores, les hablo, obtengo plazos, y todo acaba por arreglarse mediante un suplemento de pago que usted agrega a los valores de la liquidación, con el objeto de entrar en posesión de los títulos de los créditos.

—Pero eso se verá; yo no pue. . . pue... puedo... yo ni quie... quiero com... com... comprometerme sin que. . . Qui. . . qui.. . quien no pue.. . puede, no puede. ¿Comprende uuuusted?

—Es muy justo.

—Menudo lío el que se ha ar... ar... ma... mado en mi cabeza con todo lo que... que... me ha dicho. Es la... la... la primera vez en mi vida que me veo obligado a pensar en. ..

—¡Claro, usted no es jurisconsulto!

—Yo no ... no. . . soy mas que un po... po... pobre viñador y no entiendo na.. . na.. . nada en lo que usted me ata... ca... taba de contar. Con... con... conviene que estu... tu... tudie todo esto.

—De modo que... —prosiguió el presidente con ánimo de resumir la discusión.

—¡Sobrino!... exclamó el notario, interrumpiéndole.

¿Qué hay tío? —respondió el presidente.

—Deja que el señor Grandet te explique sus intenciones. Se trata aquí de un encargo importante. Nuestro querido amigo debe precisar su alcance...

Un golpe de picaporte, que anunció la llegada de los Grassins, su aparición en la sala y sus saludos, impidieron a Cruchot de acabar su frase. El notario se alegró de

esta interrupción. Había notado que Grandet le miraba ya de reojo y que su lobanillo presagiaba una tormenta interior. Y sin embargo Cruchot no juzgaba conveniente que un presidente de tribunal de primera instancia fuese a París para hacer capitular a unos acreedores e intervenir en manejos que vulneraban las leyes de la estricta probidad; además, como no había oído expresar al tío Grandet la menor veleidad de pagar nada a nadie, se estremecía instintivamente ante el peligro de ver a su sobrino enredado en aquel asunto. Aprovechó, pues, el momento en que entraban los Grassins para tomar del brazo al presidente y llevárselo al hueco de la ventana.

— Sobrino, ya te has lucido bastante; no exageres tu abnegación. Las ganas de casarte con la hija te ciegan. ¡Caramba!, no hay que perder el norte. Déjame conducir la barca a mí; tú sólo cuida de ayudar a la maniobra. ¿Crees tú que cuadra a tu dignidad de magistrado el meterte en semejante...?

No terminó; oyó que el señor Grassins decía al viejo tonelero tendiéndole la mano:

—Grandet, hemos sabido la terrible desgracia que ha caído sobre su familia, el desastre de la casa Guillermo Grandet y la muerte de su hermano; venimos a decirle a usted toda la parte que tomamos en su dolor.

—Aquí, la única desgracia —dijo el notario, interrumpiendo al banquero— ha sido la muerte del señor Guillermo Grandet. No se hubiese matado si hubiese tenido la idea de pedir auxilio a su hermano. Nuestro viejo amigo, que es hombre de honor hasta la punta de las uñas, se dispone a liquidar las deudas de la casa Grandet de París. Mi sobrino el presidente, para ahorrarle las molestias de un asunto exclusivamente judicial, se ofrece a salir en seguida para París, con objeto de transigir con los acreedores y de pagarles en la medida conveniente.

Tales palabras, confirmadas por la actitud del viñador que se acariciaba la barbilla, sorprendieron extraordinariamente a los tres Grassins que, durante el camino no habían hecho más que criticar a su sabor la avaricia del viejo Grandet, llegando a acusarlo casi de un fratricidio.

—¡Ah! ¡Lo prevenía! —exclamó el banquero, mirando a su mujer—. ¿Qué te decía yo mientras veníamos? Grandet es hombre de honor hasta la punta del pelo, y no consentirá que su nombre sufra la más ligera mengua. El dinero sin el honor no es más que una enfermedad. ¡Queda mucho pundonor en nuestras provincias! Eso está bien, muy bien,

— Grandet. Soy un viejo militar y no sé disfrazar m¡ pensamiento; lo declaro con ruda franqueza: esto, ¡voto a cien mil de a caballo!, ¡es sublime!

—Entoooonces lo... lo... lo... sub... sublime cuesta bi... bi... bien caro —contestó el tonelero, mientras el banquero le sacudía la mano calurosamente

—Pero esto, mi buen amigo Grandet, aunque desagrade al señor presidente —repuso Grassins—, es un asunto puramente comercial, y reclama la intervención de un negociante consumado. ¿No hay que ser ducho en cuentas de giro, desembolsos, cálculo de intereses? Tengo que ir a París para mis asuntos y podría encargarme de...

—Podemos ver de aaarre… re. . . glarnos usted y yo dentro de las po... po... posibilidades relativas y sin co..,. co... comprometerme a nada que yo no qui … qui. . . quiera hacer — dijo Grandet, tartamudeando—; porque, ¿ve usted?, el señor presidente me pedía naturalmente los gastos de viaje.

Al pronunciar las últimas palabras, el viejo dejó de tartamudear.

—¡Oh! —dijo la señora Grassins—. Ir a París es un gusto. Yo pagaría de buena gana para que me dejasen hacer el viaje.

Con el gesto animó a su marido para que arrebatase aquella misión de manos de sus adversarios, fuese al precio que fuese; en seguida miró con fina ironía a los dos Cruchot, que pusieron una cara compungida. Grandet agarró entonces al banquero por una de los botones de su frac y se lo llevó a un rincón.

—Tendría más confianza en usted que en el presidente —le dijo—. Además, tengo gato encerrado —le dijo, cogiendo el lobanillo—. Quiero jugar sobre la renta; pero sólo a ochenta francos. He oído decir que ese mecanismo baja a los fines de mes. ¿Usted entiende de eso, verdad?

—¡Figúrese! ¿De modo que" va usted a confiarme la compra de varios miles de libras de renta?

—Para empezar no gran cosa. ¡Chitón! Quiero meterme en ese juego sin que nadie se entere. Usted va a contratarme una compra para fin de mes; pero guárdese de decirles nada a los Cruchot, los mortificaría. Ya que va usted a París, de paso, podremos ver de qué palo son los triunfos para mi pobre sobrino.

—Estamos de acuerdo Salgo mañana por la posta —dijo Grassins en voz alta—, y vendré a recibir sus últimas instrucciones. . . ¿A qué hora?

—A las cinco, antes de comer —dijo el viñador, frotándose las manos.

Los dos partidos quedaron aún algunos instantes frente a frente. Grassins dijo, después de una pausa y descargando una palmadita en el hombro de Grandet:

—Qué bueno es tener parientes así ...

—Sí, sí, aunque no lo parezca — dijo Grandet—, soy un buen pariente. Quería mucho a mi hermano y lo probaré si.., si... no... no... cuesta. . .

— Le dejamos a usted, Grandet —le dijo el banquero, interrumpiéndole, por suerte, antes de que concluyese la frase —. Al adelantar el viaje, tengo que poner en orden varios asuntos.

—Bien, bien. Yo, por mi parte y por el mo... moootivo que usted sabe, voy también a re... re... retirarme a mi cá... cá... cámara de.. de... de deliberaciones, como dice el presidente Cruchot.

"¡Malo!, ya no soy el señor de Bonfons", pensó tristemente el magistrado, que puso la misma cara que un juez aburrido de escuchar un informe.

Los jefes de las familias rivales salieron juntos. Ni unos ni otros recordaban ya la traición que aquella misma mañana había perpetuado Grandet contra toda la comarca vinícola, y se sondaron mutuamente, pero sin resultado, para conocer lo que pensaban sobre las verdaderas

intenciones del ex tonelero en aquel nuevo asunto.

—¿Viene usted con nosotros a casa de la señora Dorsanval? —dijo Grassins al notario.

—Iremos más tarde —dijo el presidente—. Si mi tío lo permite, he prometido a la señorita de Gribeaucourt que me llegaría a darle las buenas noches y primero iremos a su casa.

—Hasta luego, pues, señores —dijo la señora Grassins.

Y cuando los Grassins estuvieron a cierta distancia de los Cruchot, Adolfo dijo a su padre:

—Parece que van tragando quina, ¿eh?

—Cállate, hijo —le replicó su madre—, pueden todavía oírte. Además, esa manera de hablar resulta de mal gusto y huele a Facultad de Derecho.

—¿Qué me dice usted, tío? —exclamó el magistrado cuando vio lejos a los Grassins—; he empezado siendo el presidente de Bonfons y he acabado siendo simplemente un Cruchot.

—Ya he visto que te contrariaba; el viento soplaba para los Grassins... ¡Parece mentira que con tu inteligencia seas tan bobo! Déjalos que se embarquen a bordo de un *Ya veremos* del tío Grandet, y tú estáte quieto muchacho; Eugenia no dejará por eso de ser tu mujer.

En algunos minutos la noticia de la magnánima resolución de Grandet se propaló en tres casas a la vez, y en toda la ciudad no se habló de otra cosa que de aquel rasgo de abnegación fraternal. Todos perdonaban a Grandet su venta ,perpetrada a despecho del pacto sagrado de los propietarios, admirando su pundonor, elogiando su generosidad, de la que, justo es decirlo, nadie le juzgaba capaz. Es propio del carácter francés el entusiasmarse, indignarse o apasionarse por el motivo del momento, por las cosas de la actualidad. ¿Será que los seres colectivos, que los pueblos, carecen de memoria?

Cuando el tío Grandet hubo cerrado la puerta, llamó a Nanón.

—No sueltes el perro ni te metas en cama. Tenemos quehacer. A las once, Cornoiller debe encontrarse a la puerta con la berlina de Froidfond. Estáte atenta, para que puedas abrir antes de que llame, y dile que entre sin cumplidos. Las leyes, de policía prohíben el ruido nocturno. Por lo demás, no hay ninguna necesidad de que el barrio se entere de que me voy a poner en camino.

Dicho lo cual, Grandet volvió a subir a su laboratorio y Nanón le oyó moverse, resolver papeles, ir y venir, pero con precaución. Era evidente que no quería despertar a su mujer ni a su hija, y, sobre todo, no llamar la atención de su sobrino, al que empezó por maldecir, a causa de la luz que percibió en su cuarto. En medio de la noche, Eugenia, preocupada por su primo, creyó haber oído el lamento de un moribundo, y para ella, el moribundo no podía ser otro que Carlos; cuando se separaron ¡estaba tan pálido! ¿No se habría matado? De repente, se echó encima una especie de pelliza con capucha y quiso salir. Pero el resplandor de una luz que pasaba por las rendijas de la puerta empezó por darle un susto, ¿se prendía fuego quizá? Se tranquilizó en seguida al oír los pesados pasos de Nanón y su voz mezclada al relincho de varios caballos.

"¿Será que mi padre se lleva a mi primo?", se dijo entreabriendo la puerta con la suficiente precaución para impedir que rechinase, pero de modo que podía ver lo que sucedía en el corredor.

De pronto, sus ojos encontráronse con los de su padre, cuya mirada, por más que fuese vaga e inexpresiva, la dejó helada de terror. El viejo y Nanón transportaban, colgado mediante un cable de una recia vara cuyos cabos descansaban en su hombro derecho, un barrilillo semejante a los que el tío Grandet se entretenía en fabricar a ratos perdidos en su cuchitril.

—¡Virgen santa! ¡Señor, lo que pesa esto! —dijo Nanón, en voz baja.

—¡Lástima que sólo sean perras gordas! —contestó el viejo marrullero—…Ten cuidado que no tropieces con el candelabro.

La escena estaba alumbrada por una sola vela colocada entre dos barrotes de la baranda.

—¡Cornoiller! —dijo • Grandet a su guardián in partibus—. ¿Tomaste tus pistolas?

—No, señor. ¿Qué demontre teme con sus perras gordas?

—¡Oh, nada! —dijo el tío Grandet.

—Además, iremos de prisa; sus colonos le han mandado los mejores caballos que tienen.

—Bueno, bueno. ¿Tú no les dijiste a dónde, iba, ¿verdad?

—No lo sabía, ¿cómo se lo iba a decir?

—Bien. ¿Es sólido este cache?

—¿Qué si es sólido? ¡Ya lo creo! Soportaría tres mil como ese ¿Cuánto pesan sus dichosos barriles?

—Ya se lo diré yo — exclamo Nanón—. Lo menos hay mil ochocientos.

—¿Quieres cerrar el pico, Nanón? Le dirás a mi mujer que he ido al campo. Y que para la comida estaré de vuelta.

—A ver si arrea, Cornoiller. Tenemos que estar en Angers antes de las nueve.

Partió el coche Nanón echó el cerrojo de la puerta grande, soltó el perro, se acostó con el hombro magullado, y nadie en el barrio de Grandet sospechó su salida ni el

objeto de su viaje. La discreción del viejo tonelero era perfecta. En su casa, llena de oro, nadie veía jamás un céntimo. Por las mañanas, escuchando las charlas del puerto, se enteró de que, a consecuencia de los armamentos que se habían emprendido en Nantes, el oro había doblado de precio, y que habían llegado a Angers numerosos especuladores con intención de comprar. Con sólo pedir prestados los caballos a sus colonos, el hombre se puso en condiciones de ir a vender su oro y de regresar a casa con valores del recaudador general sobre el Tesoro en cuantía suficiente para la compra de sus rentas, después de haberse beneficiado del agio.

—Mi padre se va —dijo Eugenia, que desde lo alto de la escalera no había perdido una sílaba.

Había renacido el silencio en toda la casa y el coche, cuyo traqueteo menguaba por momentos, no tardó en alejarse de Saumur dormido. En aquel momento Eugenia, oyó en su corazón, antes de percibirlo con el oído, un lamento que atravesó los tabiques y procedía del cuarto de su primo. Por la rendija de la puerta, pasaba una línea luminosa delgada como el filo de un sable y cortaba horizontalmente los baluastres de la vieja escalera.

—¡Cómo sufre! —dijo ella subiendo tres escalones.

Un segundo gemido la obligó a subir hasta el descansillo de la escalera.

La puerta estaba entreabierta; la empujó. Carlos dormía con la cabeza fuera del viejo sillón; su mano, que había dejado caer la pluma, casi rozaba el suelo. La respiración entrecortada del joven, producida por la incomodidad de su postura, alarmó a Eugenia que entró impulsivamente.

"Debe de estar fatigadísimo —se dijo, mirando una docena de cartas ya cerradas. Leyó las direcciones: A los señores Farry y Cía, constructores de *coches*. —Al señor Buisson, sastre, etc.

"Sin duda, arregla sus asuntos antes de salir de Francia", pensó. Su mirada cayó sobre dos cartas abiertas. Estas palabras que encabeza una de ellas: "Mi querida Anita..." le causaron un deslumbramiento.

Tiento. Palpitó su corazón y sus pies se incrustaron en el suelo. "¡Su querida Anita! ¡Ama y es amado! ¡Adiós, mi esperanza...! ¿Qué le debe decir...?

Tales ideas ¯atravesaron, a la vez, el corazón y la cabeza. Veía escritas en todas partes aquellas palabras, hasta sobre los cristales, en letras de fuego.

"¡Tener ya que renunciar a él! —dijo—. No, no leeré esa carta. Debo retirarme. ¡Pero qué ganas tengo de leerla!"

Miró a Carlos, le tomó suavemente la cabeza, la colocó sobre el respaldo del sillón; él se dejaba manejar como un niño que, aun en sueños, reconoce a su madre y acepta, sin despertarse, sus cuidados y sus besos Como una madre, Eugenia levantó la mano que le colgaba, y como una madre, le besó dulcemente el cabello. "¡Querida Anita!" Un demonio no paraba de gritar aquellas dos palabras junto a su oído.

"Sé que tal vez obro mal, pero voy a leerla", se dijo.

Eugenia volvió la cabeza, como obedeciendo a la protesta de su noble delicadeza. Por primera vez en su vida, el bien y el mal se enfrentaban dentro de su corazón. Hasta aquel momento no tenía que avergonzarse de ningún acto. Se dejó arrastrar por la curiosidad y por la pasión. A cada frase, sintió dilatársele las venas, y el picante ardor que animó su vida durante aquella lectura le hizo más gustosos los placeres del primer amor:

"Mi querida Anita:

"Nada en el mundo debía separarnos, salvo la desgracia que me abruma y que ninguna prudencia humana pudo prever. Mi padre se ha suicidado, su fortuna y la mía están completamente perdidas. Me hallo huérfano a tina edad en que, por la índole de la educación que he recibido, puedo pasar por un niño; y tengo, no obstante, que levantarme, como un hombre, del abismo en que he caído. He empleado una parte de la noche en hacer mis cálculos. Si, como debo, quiero salir de Francia como una persona honrada, no me quedan ni cien francos para ir a probar suerte en las Indias o a América. Sí, mi pobre Ana, iré a buscar fortuna en los climas más mortíferos que existen, Según me han dicho, bajo tales cielos la fortuna es segura y rápida. Quedarme en París me sería imposible. ¡Ni mi alma ni mi cara han nacido para soportar las afrentas, la frialdad, el desdén, que esperan al hombre arruinado, al hijo del quebrado! ¡Dios mío, vivir debiendo dos millones...! Sucumbiría en un duelo a la primera semana. No volveré, pues a París. Tu amor, por tierno y abnegado que sea, no puede hacerme retroceder. ¡Ah, mi adorada amiga!, no tengo dinero suficiente par ir a donde te hallas; para' darte y recibir un último beso en el que recogería el valor necesario para mi empresa..."

"¡Pobre Carlos, hice bien en leerla! Tengo oro y se lo daré", se dijo Eugenia.

Reanudó la lectura después/ de secarse las lágrimas.

"No había pensado aún en las *contrariedades de la miseria. Si consigo los cien luises que me hacen falta para el viaje, no tendré un sueldo siquiera para procurarme un poco de equipaje. ¡Pero, no! No tendré ni cien* luises, *ni un luís; no sabré la cuantía de mi saldo hasta que hayan liquidado mis deudas en París. Si nada tengo, me dirigiré tranquilamente a Nantes y allí embarcaré como simple marinero, y empezaré al otro lado del mar como han empezado los hombres de fibra que, partieron con las manos vacías; y han vuelto ricos. Desde esta mañana veo fríamente mi porvenir. Para mí es más horrible que para cualquier otro; ¡criado por una madre que me adoraba, mimado por un padre como no hubo otro, para colmo, entro en el mundo y me encuentro con el amor de tina Ana! Sólo he conocido las flores de la vida; tanta felicidad no podía durar. Y, no obstante, querida Anita, me siento animado por un valor que no parece propio de un muchacho acostumbrado a las caricias de la mujer más bonita de París, mecido en las dulzuras de la familia, donde todo eran sonrisas y a ver satisfechos sus más insignificantes deseos por un padre amante. ¡Pobre padre! ¡Anita, pensar que está muerto... ! He reflexionado sobre mi posición y también he reflexionado sobre la tuya. ¡Lo que he envejecido en veinticuatro horas! Mi querida Ana, si para conservarme a tu lado, en Paris, sacrificases todos los placeres de tu lujo, tus vestidos, tu palco de la ópera, ni aun así llegaríamos a reunir la suma que yo tiraba en m disipación; además, ¿cómo podría yo aceptar tamaños sacrificios? Es preciso, pues, que nos separemos desde hoy para siempre.".*

"¡La deja, Dios mío! ¡Qué felicidad!"

Eugenia saltó de alegría. Carlos hizo un movimiento que le dio a ella un escalofrío de terror; pero, por suerte, no se despertó. Eugenia pudo seguir leyendo:

"¿Cuándo volveré? No lo sé. El clima de las Indias hace envejecer muy pronto a los europeos, sobre todo si trabajan. Supongamos que vuelvo dentro de diez años; tu hija habrá cumplido dieciocho, sentí tu compañera y tu espía. Para ti el mundo será cruel, pero más lo será aún tu hija. Tenemos ejemplos de tales juicios mundanos y de la ingratitud de las muchachas; no los olvidemos. Guarda en el fondo de tu alma, como yo lo guardaré en el fondo de la mía, el recuerdo de estos cuatro años de felicidad, sé fiel, si puedes, a tu pobre amigo. No me atrevería a exigírtelo, querida Anita, porque justo es que me conforme con mi posición y que vea la vida con los ojos de hombre

práctico. Tengo, pues, que pensar en el matrimonio que es una de las necesidades de mi nueva ,existencia; y debo confesarte que he encontrado aquí en Saumur, en casa de mi tío, una prima que por su cara, sus modales, su corazón y su buen sentido, estoy seguro de que te gustaría y que, además, me parece tener..."

"¡Qué cansado debía estar para haber dejado de escribirle", se dijo Eugenia, al ver que la carta se detenía en la mitad de aquella frase.

¡Le excusaba! ¿No sería pedir demasiado que una muchacha inocente se percatase de la frialdad que emanaba de aquella carta? A las jóvenes educadas religiosamente, puras e ignorantes, todo se les antoja amor, en cuanto ponen los pies en el reino encantado del amor. Van por él rodeadas de la celeste claridad que proyecta su propia alma y que se refleja sobre su amado; lo coloran con los fuegos de su propio sentimiento y le prestan más bellas intenciones. Los errores de la mujer provienen casi siempre de su fe en el bien o de su confianza en la verdad. Para Eugenia aquellas palabras: "Mi querida Anita, mi bienamada", resonaban en su corazón como la suprema expresión del amor y le acariciaban el alma como, en su infancia, las notas divinas del *Venite, adoremus,* repetidas por el órgano, le acariciaban los sentidos. Por otra parte, las lágrimas que bañaban aún los ojos de Carlos le revestían de esa nobleza de corazón que no deja de seducir a una muchacha. ¿Podía acaso presentir que si Carlos lloraba y quería tan sinceramente a su` padre, no era tanto por la bondad de su corazón como por las bondades que aquél le había prodigado? Guillermo Grandet y su mujer, al satisfacer todos los caprichos de su hijo, al darle todos los goces de la fortuna, le habían ahorrado los horribles cálculos que suelen hacer la mayoría de los jóvenes de París, cuando, ante las mil tentaciones de la ciudad, conciben deseos y forman planes que la vida de sus padres no para de aplazar y de impedir. De modo que la prodigalidad paterna llegó en el caso de Carlos a suscitar un verdadero cariño de hijo, sin cálculo ni reticencia. Sin embargo, Carlos era un parisiense, inducido por las costumbres de París, por la propia Anita, a calcularlo todo; era ya viejo bajo la máscara de la juventud. Había recibido la espantosa educación de aquel mundo en que, se cometen, en una sola noche, más crímenes de pensamiento y de obra que los que castigan los tribunales en un año, de aquel mundo en que el chiste asesina las más hermosas ideas, en que sólo pasa por fuerte el que ve claro, y en que ver claro consiste en no creer en nada, ni en los sentimientos, ni en las personas, ni siquiera en los acontecimientos, puesto que hasta los acontecimientos llegan a falsificarse. Allí, para ver claro, es necesario sopesar cada mañana la bolsa de un amigo, saber colocarse,

políticamente, por encima de todo lo que pasa, guardarse interinamente de admirar nada, ni obra de arte ni una buena acción, y atribuir todo un móvil interesado. La hermosa Anita, después de mil locuras deliciosas obligaba a Carlos a pensar seriamente; le hablaba de su futura posición, mientras lo alisaba los cabellos con su mano perfumada; al deshacerle un rizo, le obligaba a calcular su porvenir. Lo feminizaba y lo materializaba. Doble corrupción, pero corrupción elegante, distinguida, del mejor gusto.

—Eres un bobo, Carlitos — le decía—. Me va a costar trabajo enseñarte lo que es el mundo. Te has portado muy mal con el señor des Lupeaulx. Me vas a decir que es una persona poco decente; espera que esté sin poder antes de despreciarlo a tu gusto. ¿Sabes lo que nos decía la señora Campan? "Hijos míos, mientras un hombre ocupe un ministerio, adorarlo; cuando haya caído, ayudad a arrastrarlo al muladar. Poderoso, es una especie de dios; derrotado, está por debajo de Marat en su cloaca, porque él vive y Marat estaba muerto. La vida es uña sucesión de combinaciones que hay que estudiar, seguir; sólo así se llega a mantenerse siempre en buena postura."

Carlos era un muchacho de demasiado mundo, sus padres le habían mimado con excesiva constancia, el mundo le había adulado con excesiva complacencia, para que pudiese tener grandes sentimientos. El granito de oro que su madre le había echado en el corazón se había consumirlo en el hogar parisiense, Pero Carlos no tenía entonces más que veintiún años, y en aquella edad, la lozanía de la vida parece inseparable del candor del alma. La voz, mirada la figura, parecen en armonía con los sentimientos, hasta tal punto que el juez más endurecido, el procurador más desengañado y el usurero menos dócil vacilan siempre antes de suponer corazón avejentado y corrompido por el cálculo, cuando las pupilas nadan todavía en un fluido puro y cuando la frente está aún limpia de arrugas. Carlos no había tenido aún ocasión de aplicar las máximas de la moral parisiense y aparecía resplandeciente de inexperiencia. Pero, sin que se diese cuenta, le habían inoculado el egoísmo. Los gérmenes de la economía política a uso de los parisienses, latentes en su corazón, no esperaban más que el momento de florecer, momento que se produciría en cuanto Carlos pasase de espectador pasivo a actor en el drama de la vida real. Pocas son las muchachas que resisten a las dulces promesas de semejante apariencia; pero aunque Eugenia hubiese sido prudente y perspicaz, como son algunas muchachas de provincias, ¿como iba a desconfiar de su primo, si en él modales, palabras y actos concordaban aún con las aspiraciones de su corazón? Un azar, para ella fatal, le

permitió recoger las últimas efusiones de sincera sensibilidad que quedaban en aquel joven corazón y escuchar, por decirlo así, .los últimos suspiros de su conciencia. Dejó, pues, aquella carta que juzgaba henchida de amor, y se puso a contemplar con deleite a su primo dormido; a su ver, las frescas ilusiones de la vida animaban aquel rostro; se juró a sí misma que lo amaría siempre. Miró luego, sin dar importancia a aquella indiscreción, otra carta; y si empezó a leerla, fue para adquirir nuevas pruebas de las nobles cualidades que, como toda mujer, prestaba al hombre elegido: *"Querido Alfonso:*

"Cuando leas esta carta me habré quedado sin amigos; pero debo confesarte que a pesar de mi falta de fe en la gente de mundo que prodiga sin ton ni son esta palabra, no he dudado de tu amistad. Por eso te encargo de arreglar mis asuntos y cuento contigo para que saques el mejor partido de cuanto aún poseo. Pero es hora de que diga cuál es mi posición actual. Nada tengo y me preparo a embarcar para las Indias. Acabo de escribir a todas las personas con quienes creo tener alguna deuda; encontrarás adjunta la lista de todas ellas, tan exacta como mi memoria permite. Mi biblioteca, mis muebles, mis coches, mis caballos, etc., bastarán, espero, para pagar a todos. No pienso reservarme más que algunas chucherías sin valor que formarán la base de mi pacotilla. Desde aquí, querido Alfonso, te mandaré un poder, en debida forma, para que procedas a la venta aún en el caso de que surja alguna oposición. Mándame todas mis armas. Quédate con "Britón". Nadie querría pagar el precio que. vale este hermoso animal; prefiero regalártelo. Farry, Breilman y Cía., me han construido un comodísimo coche de viaje; pero aún no me lo han entregado; procura conseguir que se lo queden sin exigirme indemnización; si se niegan a este arreglo, evita cuanto pueda perjudicar mi lealtad en las presentes circunstancias. Debo seis luises al isleño, perdidos en el juego, no dejes de pagárselos..."

—¡Querido primo! —murmuró Eugenia, dejando la carta y retirándose de puntillas a su cuarto con una de las bujías encendida.

Una vez allí, abrió con una viva expresión de placer el cajón de un antiguo mueble de roble, magnífica obra del Renacimiento y sobre el cual se veía aún, medio borrada, la famosa salamandra real. Tomó una gran bolsa de terciopelo rojo con cordones dorados y bordada con canutillo antiguo, que provenía de la herencia de su abuela. En seguida sopesó con orgullo la bolsa y se deleitó contando su peculio de que se había llegado a olvidar. Separó, primero, veinte portuguesas nuevas aún, acuñadas bajo el reinado de Juan V, en 1725, que al cambio de entonces valían cinco lisboninas cada

una, equivalentes a ciento sesenta y ocho francos con sesenta y cuatro céntimos, según le aseguraba su padre, pero cuyo valor convencional era de ciento ochenta francos a causa de la rareza y de la —hermosura de las tales monedas que relucían como soles. *Item,* cinco genovesas o piezas de cien libras de Génova, moneda rara también que al cambio valían ochenta y siete francos, pero que los coleccionistas pagaban a cien. Procedían del viejo señor de la Bertillière. *Item,* tres doblas de a cuatro, españolas, de Felipe V, acuñadas en 1729, regalo de la señora Gentillet, que al entregárselas le repitió Dios sabe cuántas veces la misma frase: "¡Este canario, este amarillito que ves aquí, vale noventa y ocho libras! Guárdalo bien, chiquilla, será la flor de tu tesoro." *Item,* lo que su padre estimaba en más (el oro de aquellas piezas era de veinte y tres quilates y una fracción), cien ducados de Holanda, fabricados en 1756, de unos trece francos. *Item,* ¡una gran curiosidad...!, una especie de medallas que los avaros apreciaban sobre manera, tres rupias con el signo de la Balanza y cinco con el signo de la Virgen, todas de oro puro de veinticuatro quilates, la magnífica moneda del Gran Mogol; cada una de las cuales valía treinta y siete francos cuarenta céntimos al peso, pero, por lo menos, cincuenta francos para los aficionados a manejar oro. *Item,* el napoleón de cuarenta francos que le habían dado la antevíspera y que había metido, negligentemente, en la bolsa roja.

Aquel tesoro contenía piezas nuevas, vírgenes, verdaderas obras de arte por las que el tío Grandet preguntaba de vez en cuando, y que quería ver para explicarle a su hija las virtudes intrínsecas que poseían, como la belleza del cordoncillo, la limpieza del relieve, la riqueza de las letras cuyas aristas no estaban aún rayadas. Pero ella no pensaba en aquellas preciosidades, ni en la manía de su padre, ni en el peligro que corría al desprenderse de un tesoro que aquél estimaba tanto; no, Eugenia pensaba en su primo v llegó, por fin, a comprender, después de unos cuantos errores de cálculo, que poseía alrededor de cinco mil ochocientos francos en valores reales que, en venta, podían convertirse en cerca de dos mil escudos. A la vista de tales riquezas se puso a batir palmas, como un niño que para dar salida a su exceso de alegría, no tiene más recurso que los ingenuos movimientos de su cuerpo. De modo que en aquella misma noche padre e hija contaron su fortuna; él para ir a vender su oro; ella para echar el suyo en el océano del cariño. Eugenia volvió a meter las monedas en la bolsa de terciopelo y con ella en la mano, subió resueltamente la escalera. La secreta miseria de su primo le hacía olvidar la noche y las conveniencias; además, su conciencia se sentía asistida por su abnegación y por su ansia de felicidad.

En el momento en que ella pisó el umbral de la puerta, llevando la bujía en una mano y la bolsa en la otra, Carlos se despertó, vio a su prima y se quedó paralizado de sorpresa. Eugenia se adelantó, dejó el candelero en la mesa y dijo con voz conmovida:

—Primo, tengo que pedirle perdón de una falta grave que he cometido contra usted; espero que Dios me perdone este pecado si usted quiere absolverme.

—¿De qué se trata? —dijo Carlos restregándose los ojos.

—He leído estas dos cartas. Carlos se ruborizó.

—¿Cómo he cometido semejante indiscreción? —prosiguió ella—. ¿Cómo he subido aquí? Ya no la sé. Pero estoy tentada de no arrepentirme de haber leído estas cartas, porque, gracias a ellas, he descubierto su corazón, su alma y...

—¿Y qué?

—Y sus proyectos y la necesidad en que se halla de reunir cierta cantidad...

—¡Querida prima!

—¡Chitón! No levante la voz; no vayamos a despertar a alguien. Aquí tiene usted los ahorros de una pobre muchacha que no necesita nada. Acéptelos usted, Carlos. Esta mañana no sabía siquiera lo que era el dinero; usted me lo ha enseñado; no es más que un medio; ahora ya lo sé. Un primo es casi un hermano: así es que bien puede usted aceptar los ahorros de su hermana.

Eugenia, mujer y muchacha a un tiempo, no había previsto que su primo rehusase; Carlos permanecía mudo.

—¿Sería capaz de desairarme? —preguntó Eugenia, sintiendo que el corazón le palpitaba en la garganta.

La vacilación de su primo la ofendió; pero al recordar la necesidad que le acosaba, su compasión fue superior a la ofensa, e hincó la rodilla en el suelo.

—¡No me levantaré hasta que haya aceptado usted este oro! —le dijo—. ¡Primo, por Dios, contésteme! necesito saber si me considera usted digna, si es generoso...

Al oír aquel grito de noble desesperación, las lágrimas de Carlos cayeron sobre las manos de su prima que había cogido para impedir que se arrodillase. Al sentir aquellas lágrimas calientes, Eugenia se abalanzó sobre la bolsa y la volcó sobre la mesa.

—¡Sí, sí! ¿Acepta usted, verdad? —dijo ella llorando de alegría—. No tema usted nada, querido primo; será usted rico. Este oro le va a dar suerte; día vendrá que me lo devuelva; además, podemos asociarnos. En fin, yo pasaré por todas las condiciones que usted me imponga. Pero, créame, no dé tanta importancia a este auxilio.

Carlos pudo, finalmente, expresar sus sentimientos.

Eugenia tendría un alma bien mezquina si no aceptase. De todos modos, por algo, la confianza se paga con la confianza.

—¿Quiere usted decir? —óigame, querida prima, tengo la…

Se interrumpió para enseñarle una caja cuadrada que había sobre la cómoda y que estaba envuelta en una funda de cuero.

—Aquí, ve usted, tengo algo que me es tan precioso como la vida. Esta caja es un regalo de mi madre. Desde esta mañana estoy creyendo que si ella pudiese salir de su tumba, vendería sin vacilar, el oro que su ternura prodigó en este *necessaire;* Pero si yo llevase a cabo tal acción creería cometer un sacrilegio.

Eugenia, al oír tales palabras, apretó convulsivamente la mano de su primo.

—No —continuó él después de una ligera pausa durante la cual cruzaron una mirada velada por las lágrimas—, no; yo no quiero ni destruirla ni exponerla en mis viajes. Querida Eugenia, usted será su depositaria. Jamás un amigo habrá confiado a otro nada tan sagrado. Juzgue usted misma.

Fue a coger la caja, la sacó de su funda, la abrió y, lleno de tristeza, la enseñó a su prima, que quedó maravillada, un *necessaire* en que el trabajo daba al oro un precio bien superior al de su peso.

— Lo que está admirando usted no es nada — dijo apretando un resorte que destapó un doble fondo—. Aquí está lo que para mí vale más que el mundo entero.

Sacó dos retratos, dos obras maestras de Mirbel, ricamente orlados de perlas.

—¡Oh, qué linda persona! ¿Es ésta la dama a quien usted escribe...?

—No —dijo él sonriendo— . Esta mujer es mi madre, y aquí tiene usted a mi padre, es decir, su tía y su tío de usted. Eugenia, yo debería rogarle de rodillas que me guardase este tesoro. Si muriese sin haberle devuelto vuestra pequeña fortuna, este oro la indemnizaría a usted; y a usted... sólo puedo dejarle los dos retratos; usted es digna de conservarlos; pero destrúyalos antes que pasen a otras manos...

Eugenia callaba.

— ¿Convenido, no es así? —agregó él con gracia.

Mientras escuchaba las palabras que acababa de decir su primo, Eugenia le dirigió su primera mirada de mujer amante, una de esas miradas en que hay casi tanta coquetería como profundidad; él le tomó la mano y se la besó.

—¡Ángel de pureza! Entre nosotros, ¿verdad?, el dinero no representará nada nunca. Sólo el sentimiento le da valor y el sentimiento lo será todo de hoy en adelante.

—Se parece usted a su madre. ¿Tenía la voz tan dulce como usted?

—¡Oh!, mucho más...

—Para usted —dijo ella bajando los párpados—. Vamos, acuéstese usted, Carlos, se lo pido, está usted cansado. Hasta mañana.

Separó suavemente su mano aprisionada entre las de su primo, que la acompañó para alumbrar el camino. Cuando llegaron al umbral de la puerta de ella:

—¿Por qué estaré arruinado? —dijo el joven.

—¡Ba!, mi padre es rico, estoy convencida —respondió ella. .

—¡Pobre prima mía! —dijo Carlos adelantando un pie y apoyando la espalda en la pared—. Si lo fuese no habría dejado morir al mío, no les tendría en esta miseria, en fin, viviría de otro modo.

—Pero tiene Froidfond.

—¿Y qué vale Froidfond?

—No sé; pero también tiene Noyers.

—Una pobre alquería, como si lo viera.

—Tiene prados y viñas...

—Miserias —dijo Carlos con desdén—. Si su padre tuviese tan sólo ochenta mil libras de renta, ¿cree usted que dormiría usted en un cuarto frío y desnudo copio éste? —añadió adelantando el pie izquierdo—. Aquí quedarán mis tesoros —dijo él mostrando el viejo armario para disimular sus pensamientos.

—Váyase a dormir —le dijo Eugenia impidiendo que entrase en su cuarto en desorden.

Carlos se retiró y se dieron las buenas noches con una sonrisa mutua.

Los dos se durmieron mecidos por el mismo sueño y Carlos empezó, desde aquel momento, a echar algunas rosas sobre su luto. A la mañana siguiente la señora Grandet encontró a su hija que se paseaba por el jardín con Carlos antes del desayuno. El muchacho estaba todavía triste como debía estarlo un desgraciado que ha descendido, por así decirlo, hasta el fondo de sus penas, y que, al medir la profundidad del abismo en que había caído, había sentido todo el peso de su vida futura.

—Mi padre no volverá hasta la hora de comer —dijo Eugenia al ver la inquietud reflejada en el semblante de su madre.

No era difícil percibir en las maneras, en la expresión de Eugenia, en la singular dulzura que impregnaba su voz, la conformidad de pensamiento que reinaba entre ella y su primo. Sus almas se habían desposado ardientemente, antes quizá de haber experimentado de veras la fuerza de los sentimientos a que obedecían. Carlos se quedó en la sala y se respetó su melancolía. Cada una de las tres mujeres tuvo en que ocuparse. Como Grandet había abandonado bruscamente sus asuntos, no fueron pocas las personas que vinieron á preguntar por él; el pizarrero, el fontanero, el albañil, los cavadores, el carpintero, aparceros, colonos, unos para cerrar tratos, otros para pagar arrendamientos o recibir dinero. La señora Grandet y Eugenia se vieron, pues, obligadas a ir y venir, a contestar los interminables discursos de los operarios y de la gente del campo. Nanón guardaba los productos en la cocina. Aguardaba siempre las órdenes del amo para saber qué tenía que reservar para la casa y qué para el mercado. La costumbre del avaro era la de gran número de hidalgos campesinos: beber su mal. vino y comer sus frutas averiadas. A eso de las cinco de la tarde Grandet regresó de Angers, habiendo sacado catorce mil francos de su oro, y llevado en la cartera bonos reales que le darían interés hasta el día en que tendría que pagar sus rentas. Había dejado en Angers a Cornoiller para que cuidase los caballos medio extenuados, y los volviese a traer lentamente una vez descansados.

— Vengo de Angers y tengo' hambre, mujer.

Nanón gritó desde la cocina:

—¿No ha tomado usted nada desde ayer?

—Nada —respondió el ex tonelero.

Nanón trajo la sopa. Grassins vino a tomar órdenes de su cliente en el momento en que la familia estaba en torno a la mesa. El tío Grandet no había siquiera visto a Carlos.

—Coma usted tranquilamente, Grandet —dijo el banquero—. Ya hablaremos después. ¿Sabe usted a cuánto pagan el oro en Angers, adonde lo van a buscar para Nantes? Yo voy a mandar alguno.

—No lo haga usted —contestó el viñador—. Ya tienen el suficiente. Somos demasiado buenos amigos para que no le ahorre a usted una pérdida de tiempo.

—Pero el oro se paga allí a trece francos cincuenta.

—Se pagaba.

—¿De dónde diablos lo han podido llevar?

—Estuve en Angers esta noche —le repicó Grandet en voz baja. El banquero se estremeció de sorpresa. Seguidamente se entabló entre ellos una conversación de boca a oído durante la cual Grassins y Grandet miraron varias veces a Carlos. En el momento en que, sin duda, el tonelero dijo al banquero que le comprase cien mil libras de renta, Grassins no pudo contener un ademán de asombro.

—Señor Grandet —dijo él a Carlos—, salgo para París; si se le ofrece a usted algún recado..:

—Ninguno, caballero. Muchísimas gracias —contestó Carlos.

—Déle más gracias aún, sobrino. El señor va a París para arreglar los asuntos de la casa Guillermo Grandet.

—¿Por ventura queda alguna esperanza? —pregunto Carlos.

—¿Por ventura no es usted mi sobrino? —exclamó el viejo con un orgullo admirablemente fingido—. Su honor es nuestro honor. ¿No se llama usted Grandet?

Carlos se levantó, abrazó al tío Grandet y lo besó. En seguida, muy pálido salió de la sala. Eugenia contemplaba a su padre con admiración.

—Adiós, mi querido Grassins; estoy con usted en cuerpo y alma; ¡a ver si me mete en cintura a toda esa gente!

Los dos diplomáticos se dieron un apretón de manos; el ex tonelero acompañó al banquero hasta la puerta; pero después de cerrarla, retrocedió y dijo a Nanón, mientras se acomodaba en su poltrona:

—Dame un trago de casis. Demasiado nervioso para quedarse en su sitio, se levantó miró el retrato del señor de la Bertellière y se puso a cantar, dando unos traspiés que Nanón calificaba de pasos de baile:

En las guardias francesas tenía un buen papá...

Nanón, la señora Grandet y Eugenia se miraron en silencio. La alegría del viñador, cuando subía hasta aquel punto, no dejaba de espantarlas. Terminó pronto la velada. En primer lugar, el tío Grandet se quiso acostar temprano, y cuando él se acostaba, en la casa no debía quedar nadie en pie; de la misma manera que cuando Augusto bebía, Polonia estaba ebria. Además, Nanón, Carlos y Eugenia no estaban menos cansados que el dueño de la casa. Por lo que toca a la señora Grandet, la pobre dormía, comía, bebía, andaba, según los deseos de su marido. No obstante, durante el par de horas dedicado a la digestión, el tonelero, más ocurrente que nunca, soltó muchos de sus apotegmas, tan suyos que uno solo de ellos dará la medida de su ingenio. Cuando se hubo zampado el casis, miró el vaso.

—¡Apenas se ponen los labios en un vaso, el vaso queda vacío! Ésta es nuestra historia. No se puede ser y haber sido. Los escudos no pueden circular y, al mismo tiempo, en tu bolsillo; si esto fuese posible la vida resultaría demasiado hermosa.

Se mostró jovial y benévolo. Cuando Nanón vino con su rueca, le dijo:

—Debes estar cansada. Deja el cáñamo quieto.

—¡Bah! Si lo dejo, me aburro —respondió la sirvienta.

—¡Pobre Nanón! ¿Quieres casis?

—En tratándose de casis, no digo que no; la señora lo hace mejor que los boticarios. El que ellos venden sabe a droga.

—Ponen demasiado azúcar y le quitan aroma —dijo el tonelero.

A la mañana siguiente, la familia, reunida a las ocho para el desayuno, ofreció por primera vez, el cuadro de una verdadera intimidad. La desgracia se había cuidado de acercar a la señora Grandet, a Eugenia y a Carlos; la propia Nanón simpatizaba con ellos sin advertirlo. Los cuatro empezaban a formar una misma familia. Y el viejo

viñador, desde el momento en que su avaricia quedó satisfecha y tuvo la certeza de que el petimetre iba a partir pronto sin obligarle a pagar mas que el viaje hasta Nantes, no se preocupó casi de su permanencia en la casa. Dejó que los dos chiquillos, así llamaba a Carlos y a Eugenia, se portasen como quisiesen bajo la mirada tutelar de la señora Grandet, en la que, por lo demás, tenía plena confianza por lo que atañe a la moral pública y religiosa. El alineamiento de sus prados y de las cunetas junto a las carreteras, sus plantaciones de álamos a orillas del Loira y las labores de invierno en Froidfond le absorbieron del todo. Desde aquel momento empezó para Eugenia la primavera de amor. Aquella noche en que la prima había entregado su tesoro a su primo, con el tesoro, había entregado su corazón. Cómplices los dos del mismo secreto, sus miradas expresaban una mutua inteligencia que ahondaba sus sentimientos y se los tornaba más íntimos, mejor compartidos, colocándolos a los dos, por decirlo así, fuera de la vida ordinaria. ¿El parentesco no autorizaba una cierta dulzura en las palabras, una cierta dulzura en las miradas'.' Eugenia, creyéndolo así se complacía en adormecer los sufrimientos de su primo bajo las alegrías infantiles de un amor naciente. ¿No existen graciosas semejanzas entre los comienzos del amor y los de la vida? ¿No se le cuentan historias maravillosas que doran su porvenir? ¿La esperanza no despliega para él sus alas radiantes? ¿No pasa el día entre llantos de dolor y llantos de gozo? ¿No arma disputas por naderías, por unos guijarros con que intenta construirse un vacilante palacio, por unos tallos que olvidará apenas cortados? ¿No está impaciente por devanar la madeja del tiempo y adelantar en la vida? El amor es nuestra segunda metamorfosis. Infancia y amor fueron la misma cosa para Eugenia y Carlos: fue la primera pasión con todas sus puerilidades, tanto más acariciante para sus corazones cuanto más llenos estaban de melancolía. Agitándose al nacer bajo sus crespones de luto, aquel amor no estaba por ello menos en armonía con la sencillez de la vida provinciana de aquel caserón en ruinas.

Al cruzar unas palabras con su prima junto al brocal del pozo, en aquel desierto; al quedar en el jardincillo, sentados en un banco cubierto de musgo, hasta la caída de la tarde, dedicados a decirse pequeñeces sin cuento, o recogidos en la calma que reinaba entre los murallones de la casa, como bajo las arcadas de una iglesia, Carlos comprendió la santidad del amor; porque su gran señora, su querida Anita no le había dado a conocer más que sus turbulentas emociones. En aquel momento se despedía de la pasión parisiense, coqueta, brillante, vanidosa para pasar al amor puro y verdadero. Se prendó de aquella casa cuyas costumbres ya no le parecieron tan ridículas. Bajaba

temprano para poder hablar con Eugenia unos momentos antes de que Grandet fuese a distribuir las provisiones; y cuando el paso del ex tonelero resonaba en la escalera, se refugiaba en el jardín. La módica malicia de aquella cita matinal, secreta para la misma Eugenia y de la que Nanón hacía que no se daba cuenta, comunicaba a. su amor, uno de los más inocentes del mundo, la viveza de los placeres prohibidos. Luego, cuando terminado el desayuno, el señor Grandet se iba a ver sus propiedades y sus explotaciones, Carlos quedaba entre madre e hija, y experimentaba una delicia desconocida hasta entonces, con sólo ayudarlas a devanar una madeja, con sólo verlas trabajar y escuchar su charla.

La simplicidad de aquella vida casi monástica, que le revelaba la belleza de aquellas almas para las cuales el mundo no existía, le conmovió profundamente. Había imaginado que tales costumbres están imposibles en Francia y sólo había admitido su existencia en Alemania y aun en la Alemania fabulosa que pinta Augusto Lafontaine en sus novelas. Para él, Eugenia no tardó en convertirse en la ideal Margarita de Gothe, pero sin haber cometido la falta. De día en día sus miradas, sus palabras conquistaron a la pobre muchacha que se abandonó con delicia a la corriente del amor; se cogía a su felicidad como el nadador, para salir del río, se agarra a la rama de sauce que pende sobre la orilla. ¿No veía aquellas horas tan dichosas como fugitiva nubladas ya por la pena de la próxima ausencia? No pasaba día que de un modo u otro no les recordase la separación inminente. Así, tres días después de la partida de Grassins, para París, Grandet condujo a Carlos al Tribunal de primera instancia con toda la solemnidad que los provincianos suelen dar a semejantes pasos, para que firmase la renuncia a la sucesión de su padre. ¡Repudio terrible!, especie de apostasía doméstica. Fue también a casa de Cruchot para otorgar dos poderes, uno a favor de Grassins, otro a favor de un amigo al que encargó la venta de su mobiliario. Después tuvo que ocuparse de las diligencias necesarias para obtener un pasaporte para el extranjero. Cuando llegaron los sencillos trajes de luto que Carlos había pedido a París, llamó a un sastre de Saumur y le vendió su vestuario inútil. Este acto agradó singularmente al tío Grandet.

—¡Ah, ahora sí que te veo como un hombre que tiene que embarcar y que quiere hacer fortuna —le dijo al verlo vestido con una levita de burdo paño negro—. ¡Bien, muy bien!

—Puede usted creer, caballero, que sabré tener el ánimo que corresponde a mi estado.

—¿Qué es esto? — preguntó el avaro, cuyos ojos se encendieron al ver el puñado de oro que le mostró Carlos.

—Señor, he reunido mis botones, mis anillos, todas las cosas superfluas que poseo y que representan algún valor; pero como no conozco a nadie en Saumur, quería rogarle a usted esta mañana que...

—¿Qué le comprese eso? —dijo Grandet interrumpiéndole.

—No, tío que me indicase un hombre honrado para...

—Déme esto, sobrino; yo me lo llevo arriba y en un momento le calculo su valor, céntimos más o meros. Oro de joya —agregó examinando una larga cadena—, dieci-ocho quilates.

El ex tonelero tendió su manaza y se llevó el puñado de oro.

—Prima —dijo Carlos—, permítame que le ofrezca estos dos botones. que le podrán servir para sujetar una cinta a su muñeca. Es una especie de brazalete que ahora está muy de moda.

—Acepto sin cumplidos, querido primo —dijo ella lanzándole una mirada de inteligencia.

—Tía, este dedal fue de mi madre y yo lo guardaba piadosamente en mi *necessaire* de viaje —dijo Carlos ofreciendo un lindo dedal de oro a la señora Grandet, que hacía diez años que suspiraba por uno.

—¡No sabes cómo te lo agradezco, sobrino mío! —dijo la madre, cuyos ojos se humedecieron de lágrimas— Día y noche no dejaré de rezar por ti la oración de los viajeros. Si yo muriese, Eugenia te conservaría esta joya.

— Sobrino, esto vale novecientos ochenta y nueve francos con sesenta céntimos — dijo Grandet abriendo la puerta—. Pero para ahorrarle a usted el trabajo de venderlo, yo le descontaré a usted su importe... en libras.

La expresión en *libras,* significa en el litoral del Loira, que los escudos de seis libras deben ser aceptados por seis francos, sin deducción.

—No me atrevía a proponérselo —contestó Carlo[s] —; _pero me repugnaba tener que ir a malvender mis joyas en la ciudad en que usted vive. Napoleón decía que la ropa sucia hay que lavarla. en casa. Le agradezco, pues, su benevolencia.

Grandet se rascó la oreja y se produjo un momento de silencio.

—¡Querido tío! —volvió a decir Carlos mirándolo con cierta inquietud, como si hubiese temido herir su susceptibilidad —, mi prima y mi tía han querido aceptar un insignificante recuerdo mío; hágame usted el favor de aceptar unos gemelos de camisa que ya no voy x necesitar: le ayudarán a recordar a un pobre muchacho que, lejos de aquí, no podrá menos de pensar en los que desde hoy constituyen su única familia.

—Muchacho, no es justo que te desprendas de todo esto de esta manera...

Estaba sorprendido.

—¿Con qué te ha obsequiado a ti, señora Grandet? —le preguntó volviéndose con avidez hacia ella. ¡Ah!, un dedal de oro. ¿Y a ti, hija mía? ¡Anda, broches de diamantes! Voy a quedarme con tus gemelos prosiguió estrechando la mano de Carlos—. Pero... vas a permitir que te pague... sí, señor... que te pague tu pasaje a América. Sí, quiero pagarte el pasaje. Tanto más cuanto al estimar tus joyas yo sólo he contado el oro en bruto y tal vez den algo también por el trabajo. Nada: asunto concluido. Te daré mil quinientos francos... en libras que Cruchot me prestará, porque yo en casa no tengo un céntimo, como no sea que Perrotet, que anda retrasado, me pague su arrendamiento. Lo mejor será que me llegue a verle.

Tomó el sombrero y los guantes y salió.

—¿De veras será usted capaz de marcharse? —le dijo Eugenia dirigiéndole una mirada de admiración.

—Es preciso —respondió él agachando la cabeza.

De unos días a aquella parte la actitud, los modales y las palabras de Carlos eran los de un hombre profundamente afligido; pero que al sentir el peso de inmensas obligaciones, extrae de su desgracia un valor nuevo. Ya no suspiraba; se había hecho hombre. Cuando Eugenia formó mejor concepto de su carácter fue cuando lo vio bajar de su cuarto vestido con su traje de paño negro que tan bien sentaba a su rostro pálido y a su sombrío continente. Aquel mismo día las dos mujeres se vistieron de luto y asistieron con Carlos a un *Requiem* celebrado en la parroquia por el alma del difunto Guillermo Grandet.

A la hora del almuerzo Carlos recibió cartas de París y las leyó.

—¿Qué tal, primo, está usted contento de sus asuntos? —le preguntó Eugenia en voz baja.

—No hagas nunca preguntas de esta clase, hija mía —observó Grandet—. ¡Demontre! *Yo,* que soy tu padre, no te cuento nada de mis asuntos, ¿a santo de qué vas a meter las narices en los de tu primo? Deja en paz al muchacho.

—¡Oh! Yo no tengo secretos —dijo Carlos.

—¡Ta, ta, ta! Aprende que en el comercio conviene saber tener la lengua.

Cuando los enamorados se quedaron solos en el jardín, Carlos dijo a Eugenia mientras la llevaba al viejo banco en que se sentaron bajo el nogal:

—No me equivoqué al confiar en Alfonso; se ha portado maravillosamente. Ha cumplido mis encargos con lealtad y prudencia. No debo nada en París; todos mis muebles se han vendido bien y me anuncia que, siguiendo los consejos de un capitán de barco, ha empleado los tres mil francos que me han quedado en una pacotilla compuesta de curiosidades europeas que podré vender con provecho en las Indias. Ha expedido mis paquetes a Nantes, donde hay un barco que toma carga para Java. Dentro de cinco días, Eugenia, tendremos que despedirnos tal vez para siempre, desde luego para mucho tiempo. Mi pacotilla y diez mil francos que me mandan dos de mis amigos constituyen una base bien menguada. No puedo soñar en estar de vuelta, antes de unos cuantos años. Mi querida prima, no ates tu vida a la mía; puedo morir, quién sabe si se te presentará un buen partido...

—¿Me ama usted?. . . —dijo ella.

—¡Oh, sí, mucho! —respondió él, con un acento hondo que revelaba igual hondura de sentimiento.

—Pues entonces, esperaré, Carlos. ¡Dios santo! Mi padre está en su ventana —dijo ella, conteniendo a su primo que se acercaba para besarla.

Eugenia se refugió bajo la bóveda y Carlos la siguió; al verlo se retiró al pie de la escalera y abrió la puerta; luego, sin saber cómo hallóse junto al cuchitril de Nanón, en el sitio más oscuro del corredor; allí, Carlos la tomó la mano, la atrajo sobre su corazón, la ciñó la cintura y la apretó dulcemente contra su cuerpo. Eugenia dejó de resistir; recibió y devolvió el más puro, el más suave y también el más franco de todos los besos.

—¡Querida Eugenia!, un primo es algo mejor que un hermano, pues puede hacerte su mujer —le dijo Carlos.

—¡Así sea! —gritó Nanón abriendo la puerta de su cuchitril.

Los dos enamorados, despavoridos, huyeron a la sala donde Eugenia se puso otra vez a trabajar en su labor y Carlos a leer las letanías de la Virgen y el breviario de la señora Grandet.

—¡Bueno! —dijo Nanón—. Ya estamos haciendo todos nuestras oraciones.

Así que Carlos hubo anunciado su marcha, Grandet se puso en movimiento ara dar a entender que sentía por él un vivo interés; mostróse liberal de cuanto no le costaba nada, se ocupó de encontrarle un embalador y a renglón seguido, dijo que pretendía vender sus cajas demasiado caras; entonces se empeñó en hacerlas él mismo, con viejas tablas que tenía a mano; se levantaba al amanecer para cepillar, ajustar y clavetear; al fin salieron de sus manos unas sólidas cajas en las que acomodó los efectos de Carlos; se' encargó también de asegurarlos, de que los embarcasen Loira abajo y de que llegasen a Nantes en tiempo oportuno.

Después de aquel beso dado y recibido en el corredor las horas se deslizaban para Eugenia con una espantosa rapidez. A ratos quería partir con su primo. Quien sepa lo que es una pasión devoradora, una pasión cuyo plazo se acorta cada día por culpa de la edad, del tiempo, de un enfermedad mortal, por cualquiera de las fatalidades humanas, comprenderá los tormentos de Eugenia. Lloraba a menudo, mientras paseaba por aquel jardín que ahora le resultaba angosto, así como el patio, la casa, la ciudad; su alma se lanzaba de antemano hacia la vasta extensión de los mares. Por fin llegó la víspera de la partida. Por la mañana, en ausencia de Grandet y de Nanón, el cofrecillo que contenía los dos retratos fue, solemnemente depositado en el único cajón del baúl que cerraba con llave y en que estaba la cosa ahora vacía. El acto de encerrar aquel tesoro no se llevó a cabo sin cantidad de besos y de lágrimas. Cuando Eugenia puso la llave en su pecho, no tuvo valor para impedir que Carlos besara el sitio.

—De aquí no saldrá, amigo mío. —También queda aquí mi corazón.

—¡Ah Carlos, esto no está bien! —dijo ella con un acento de reproche.

—_¿No estamos casados? —contestó él—. Tengo tu palabra; toma tú la mía. Soy tuyo para siempre..

—Soy tuya para siempre —contestó ella, casi al unísono.

Ninguna promesa de las que se han cruzado sobre la tierra fue tan pura como ésta: el candor de Eugenia había santificado momentáneamente el amor de Carlos.. A la mañana siguiente, el desayuno fue triste. A pesar de la bata dorada y de una piedrecita que Carlos regaló a Nanón, ésta, dando rienda suelta a sus sentimientos, no pudo menos de llorar.

—¡Ese pobre caballero tan lindo que se va a navegar...! ¡Dios le proteja!

A las diez media la familia se puso en marca para acompañar a Carlos hasta la diligencia de Nantes. Nanón cerró la puerta, después de soltar al perro y se empeñó en llevar el saco de mano de Carlos. Todos los tenderos de la vieja calle estaban en el umbral de sus tiendas para ver pasar aquella comitiva, a la que se juntó en la plaza el notario Cruchot.

—No vayas a llorar, Eugenia —le dijo su madre.

—Sobrino mío —dijo Grandet, al besar a Carlos en ambas mejillas—, se va usted pobre, pero trabaje y volverá rico. Encontrará a salvo el honor de su padre. Yo, Grandet, se Jo garantizo. Entonces, sólo de usted dependerá que...

—¡Ah, tío, cómo endulza usted la amargura de esta partida! ¿No es éste el mejor regalo que puede hacerme?

Sin comprender las palabras del viejo tonelero que había interrumpido, Carlos esparció sobre la cara de su tío lágrimas de agradecimiento, mientras Eugenia estrechaba con todas sus fuerzas la mano de su primo y la de su padre. Sólo el notario sonrió admirando la astucia ele Grandet, porque sólo él había comprendidos sus intenciones. Los cuatro saumurenses. rodeados de algunas personas, se quedaron ante el coche hasta que arrancó; luego, cuando desapareció en el puente y sólo se oía el ruido de las ruedas, el viñador dijo:

—¡Buen viaje!

Por suerte, el único que oyó esta exclamación fue maese Cruchot. Eugenia y su madre habían andado unos pasos hasta un punto del muelle, desde donde aún se divisava la diligencia, y agitaban sus pañuelos blancor, signo a que correspondía Carlos desplegando el suyo.

—¡Madre mía, por un momento quisiera tener el poder de Dios! —dijo Eugenia en el instante en que se dejó de ver el pañuelo de Carlos.

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos que se desarrollaron en el seno de la familia Grandet, es necesario que, por adelantado, demos un vistazo a las operaciones que el ex tonelero llevó a cabo en París por mediación de Grassins. Un mes después de la marcha del banquero, Grandet poseía una inscripción de cien mil libras de renta comprada a ochenta francos precio neto. Los datos que procura el inventario establecido después de su muerte no han permitido aclarar nunca cuáles fueron los medios que le inspiró su desconfianza para trocar el precio de la inscripción por la propia inscripción. Maese Cruchot supone que fue Nanón, sin enterarse de ello, la que sirvió de instrumento fiel para semejante' traslado de fondos. Hacia aquella época, la sirviente estuvo ausente cinco días, bajo pretexto de ir a guardar algo en Froidfond, como si el viñador fuese capaz de haber dejado algo. sin guardar. En lo que atañe a las previsiones del tonelero se realizaron.

Como todo el mundo sabe, en el Banco de Francia, existen informes exactísimos sobre las grandes fortunas así de París como en los departamentos. Constaban en sus registros los nombres de Grassins y de Félix Grandet de Saumur que gozaban de la estima que los financieros otorgan a las celebridades financieras que descansan sobre inmensas propiedades territoriales, libres de hipotecas. La sola llegada, pues, del banquero de Saumur, con el encargo, se decía, de liquidar honorablemente la Casa Grandet de París, bastó para evitar a la sombra del desgraciado negociante la vergüenza de los protestos. Se levantó el embargo judicial en presencia de los acreedores, y el notario de la familia pudo proceder normalmente a hacer el inventario de la herencia. No tardó Grassins en reunir a los acreedores que, unánimemente, nombraron liquidador al banquero de Saumur, conjuntamente con Francisco Keller, jefe de una opulenta casa que tenía cuantiosos intereses en el asunto, y les dieron amplios poderes para salvar, a la vez, el honor de la familia y los créditos. El . crédito de Grandet de Saumur, las esperanzas que, por mediación de Grassins, sembró en el corazón de los acreedores, facilitaron el arreglo; ni uno solo entre tantos acreedores se mostró recalcitrante. Nadie pensaba en hacer pasar su crédito a la cuenta de pérdidas y ganancias, porque cada cual se decía:

—¡Grandet de Saumur pagará! Pasaron seis meses. Los parisienses habían retirado sus efectos de la circulación y los conservaban en el fondo de sus carteras. El primero de los resultados que buscaba el tonelero estaba conseguido. Nueve meses después de la primera asamblea, los liquidadores distribuyeron el cuarenta y siete por ciento a cada acreedor. Esta suma se obtuvo mediante la venta de valores, posesiones, bienes y

objetos pertenecientes al difunto Guillermo Grandet, venta que fue llevada a cabo con una fidelidad escrupulosa. Los acreedores se complacieron en reconocer la admirable e indisoluble honorabilidad de los Grandet. Cuando tales alabanzas acabaron de dar la vuelta a París, los acreedores reclamaron el resto de su dinero. Para ello escribieron una carta colectiva a Grandet.

—¡Aquí os quiero ver! —dijo el ex tonelero tirando la carta al fuego—; paciencia, amiguitos.

En contestación a las proposiciones contenidas en aquella carta, Grandet de Saumur exigió que se depositasen en casa del notario todos los documentos de crédito existentes contra la herencia ele su hermano, junto con un recibo de los pagos ya realizados, a pretexto de revisión de cuentas y con el fin (le. establecer el verdadero estado de la sucesión. Aquel depósito provocó mil dificultades. Generalmente, el acreedor es una especie de maniático. Hoy está a punto de transigir, mañana querría entrar a sangre y fuego; más tarde se hace de pasta flora. Hoy su mujer está de buen humor, su benjamín tiene el primer diente, en la casa todo va como una seda, el hombre no quiere perder un céntimo. Al día siguiente llueve, no puede salir, está melancólico, dice que sí a todas las proposiciones que son adecuadas para terminar un asunto. Al otro día, exige garantías; a fin de mes, hecho un verdugo, pretende ejecutar a todo bicho viviente. Inquieto como el gorrión del cuento en cuya cola se invita a los niños a depositar un grano de sal, el acreedor le da vuelta a la imagen y opina que el verdadero gorrión inaprensible es su crédito. Grandet tenía muy observadas las variaciones atmosféricas de los acreedores y los de su hermano no defraudaron uno solo de sus cálculos.

—Perfectamente, ¡así va bendecía Grandet, frotándose las manos, al informarse del caso en las cartas que le escribía Grassins.

Otros que sólo consintieron en hacer el depósito a condición de que constasen sus derechos sin renunciar a ninguno ni siquiera al de promover la declaración de quiebra. Nueva correspondencia hasta que Grandet consintió aceptar las reservas solicitadas. Mediante dicha concesión los acreedores mansos hicieron entrar en vereda a los bravos. Se verificó por fin el depósito no sin algunas quejas.

—¡Ese buen hombre —se le dijo a Grassins—, se está burlando de usted y de nosotros!

A los veintitrés meses de la muerte de Guillermo Grandet, muchos comerciantes arrastrados, por la corriente de los negocios habían olvidado el cobro de sus créditos o sólo se acordaban de ellos para decir:

—Empiezo a temer que el cuarenta y siete por ciento es todo lo que habré sacado de este desdichado asunto.

El tonelero había calculado la potencia del tiempo que, como él decía, era un diablo amigo. Al cabo del tercer año, Grassins comunicó a Grandet haber conseguido de los acreedores que, mediante el pago de un diez por ciento sobre el saldo de (los millones cuatrocientos mil francos, estuviesen dispuestos a devolver sus títulos. Grandet contestó que el notario y el agente de cambio que con sus espantosas quiebras habían causado la muerte de su hermano, aún estaban vivos y podían hallarse nuevamente a flote; convenía acosarlos a fin de ver de sacar algo con que aminorar el déficit. Al terminar el cuarto año ese déficit se había reducido a un millón cien mil francos. Se entablaron entre los liquidadores y las acreedores, entre los liquidadores y Grandet conversaciones que duraron seis meses. En fin, que, cediendo a los apremios, Grandet de Saumur respondió a los dos liquidadores hacia el noveno mes de aquel año, que su sobrino que había hecho fortuna en las Indias, le había manifestado la intención de pagar íntegramente las deudas de su padre; no podía, por consiguiente, tomar a su cargo la terminación del asunto sin antes consultarlo: estaba esperando una respuesta. Finía el quinto año y Grandet continuaba teniendo en jaque a los acreedores a base de soltarles, de vez en cuando, la palabra, *íntegramente:* el sublime tonelero reía para sus adentros, sonreía por fuera con finura, soltaba un terno y murmuraba: "¡Esos parisienses!..." Pero a aquellos acreedores les estaba reservada una suerte única en los anales del comercio. Cuando llega el momento en que los acontecimientos de esta historia los traen de nuevo a escena, los encontramos en la misma situación en que Grandet los había mantenido. Cuando las rentas públicas llegaron a ciento quince, el tío Grandet vendió, retiró de París cerca de dos millones cuatrocientos mil francos en oro que se reunieron a sus barrilitos con los seiscientos mil francos de intereses compuestos que le habían procurado sus inscripciones. Grassins vivía en París v vamos a explicar por qué. En primer lugar, había sido elegido diputado: en segundo lugar, a fuerza de padre de familia cansado por la aburrida existencia de Saumur, se enamoró de Florina, una de las actrices más bonitas del Teatro de Madame, y bajo el banquero hubo una recrudescencia del sargento de la guardia imperial. Inútil hablar de su conducta: en Saumur se la juzgó profundamente inmoral. Su mujer se congratuló

de la separación de bienes que sobrevino, así como de verse con cabeza suficiente para dirigir la casa de Saumur, cuyos negocios continuaron con su nombre, y de este modo reparar las brechas abiertas en su fortuna por las locuras de Grassins. Los cruchosistas se dieron tal maña en empeorar la situación de la casi viuda, que ésta no tuvo más remedio que casar muy medianamente a su hija y que renunciar a la boda de su hijo con Eugenia Grandet. Adolfo se reunió en París con su padre y, según dicen, fue por mal camino. Los Cruchot triunfaron.

—Su marido no tiene seso —decía Grandet al prestar con las debidas garantías, una cantidad a la señora de Grassins—. La compadezco a usted sinceramente; es usted digna de mejor suerte.

—¡Ah, caballero! —contestó la pobre señora—, ¿quién me iba a decir que el día que salió de su casa de usted para trasladarse a París corría a su ruina?

—Dios es testigo, señora, de que hice cuanto pude para obligarle a desistir de ese viaje. El señor presidente quería a toda costa encargarse del asunto. Ahora ya sabemos por qué su marido tenía tanto empeño en ir a París.

De este modo, Grandet liquidaba una deuda moral no tenía nada que agradecer a Grassins.

En cualquier situación, las mujeres tienen más motivos de sufrimiento que los hombres y padecen más que ellos. El hombre cuenta con la fuerza y con el ejercicio de su pujanza: actúa, piensa, abarca el porvenir del que obtiene consuelos. Es lo que hacía Carlos. Pero la mujer se queda quieta, cara a cara con su dolor; nada la distrae; desciende hasta el fondo del abismo, lo mide y a menudo lo colma con sus anhelos y sus lágrimas. Es lo que hacía Eugenia. De este modo se iniciaba en su destino. Sentir, amar, sufrir, sacrificarse, éste será siempre el texto de la vida femenina. Y Eugenia debía ser mujer en todo, excepto en su aptitud para consolarse. Su dicha, reunida como los clavos esparcidos por la muralla, según la sublime expresión de Bossuet, ni un día colmó el cuenco de su mano. Las penas, que nunca se hacen esperar, para ella madrugaron. Al día siguiente de la marcha de Carlos, la casa Grandet recobró su fisonomía para todos, menos para Eugenia que se sobrecogió de sentirla tan vacía. Sin que su padre se enterase, consiguió que la habitación de Carlos quedase en el estado en que la dejara. La señora Grandet y Nanón se prestaron de buena gana a conservar aquel *statu* quo.

—¿Quién sabe si volverá más pronto de lo que esperamos? —dijo ella.

—¡Ah, querría ya que volviese a estar aquí! —contestó Nanón—. ¡Me había acostumbrado a verlo! Era un señorito tan bueno, tan dulce, casi tan lindo y tan rizado como una chica.

Eugenia miró a Nanón.

—¡Virgen santa! ¡Señorita, no ponga usted estos ojos que serán la perdición de su alma! No mire usted el mundo de ese modo.

Desde aquel día, la belleza de la señorita Grandet tomó un carácter nuevo. Los graves pensamientos de amor que poco a poco invadían su alma, la dignidad de la mujer amada, dieron a sus rasgos una especie de resplandor que los pintores suelen expresar mediante la aureola. Cuando todavía no conocía a su primo se podía comparar a Eugenia a la Virgen antes ele la concepción; cuando su primo se marchó, se la podía comparar a la Virgen Madre: había concebido el amor. Esas dos Marías, tan diferentes y tan bien representadas por ciertos pintores españoles, constituyen una de las más brillantes personificaciones del cristianismo. Al volver de la misa que oyó al día siguiente de la marcha de Carlos y que había prometido seguir oyendo todos los días, compró en la librería un mapamundi y lo clavó junto a su espejo para poder seguir a su primo camino de las Indias, para mejor imaginar que se metía en su barco y que le dirigía mil preguntas:

—¿Estás bien? ¿No sufres? ¿Piensas en mí cuando miras una estrella que me has enseñado a conocer y admirar?

Por las mañanas quedábase pensativa, a la sombra del nogal, senada en el banco de madera carcomido y cubierto de musgo gris, en que se habían dicho tantas cosas, tantas boberías inolvidables, donde habían levantado tantos castillos de ensueño. Pensaba en el porvenir mirando al cielo por el espacio que quedaba entre las tapias; después fijaba la vista en el viejo lienzo de muralla y en el tejado que cubría la habitación de Carlos. Era el amor, el amor solitario, el amor verdadero que se desliza en todos los pensamientos y se convierte en sustancia o, como hubiesen dicho nuestros padres, en tejido de la vida. Cuando los supuestos amigos de Grandet venía v a la noche a jugar la partida habitual, Eugenia simulaba alegría; pero la mañana se la pasaba hablando de Carlos con su madre y con Nanón. Nanón había comprendido que podía compadecerse de los sufrimientos de su señorita sin faltar a los deberes para con su viejo dueño. Y decía:

—Si yo hubiese tenido un hombre mío, lo habría... seguido hasta el infierno. Lo habría... ¡qué sé yo! ... Bueno: habría querido matarme por él; pero... ni por ésas. Moriré sin saber qué es la vida. ¿Querrá usted creer, señorita que ese vejestorio de Cornoiller, que no deja de ser un buen hombre, me está buscando las vueltas? No por mí, no; por mis rentas, como los que vienen aquí a oler los escudos del señor, mientras parece que le están haciendo la corte a usted. Pero a mí no me la dan; soy fina aunque me vea usted gruesa como una torre. Bueno, pues, a pesar de todo, aun sabiendo que no es cariño, me gusta.

Dos meses pasaron de este modo. Aquella vida doméstica, antes monótona, ahora se animaba gracias al inmenso interés del secreto que aumentaba la intimidad de aquellas tres mujeres. Para ellas, Carlos seguía viviendo, iba y venía aún, bajo el techo gris de la sala. Al levantarse y al acostarse Eugenia abría el cajón de su armario y contemplaba el retrato de su tía. Un domingo, por la mañana, su madre la sorprendió cuando trataba de descubrir los rasgos de Carlos en los del retrato. La señora Grandet se inició entonces en el terrible secreto del trueque hecho por su hija y el viajero.

—¡Se lo diste todo! —exclamó la madre, espantada—. ¿Qué le vas a decir a tu padre el día de Año Nuevo, cuando te pida que le dejes ver tu oro?

Los ojos de Eugenia se inmovilizaron y las dos mujeres quedáronse sumidas en mortal angustia durante la mitad de la mañana. Su turbación fue tanta que llegaron tarde a misa mayor y les tocó oír la misa militar. Dentro de tres días terminaba el año de 1819. Dentro de tres días debía de empezar una acción terrible, una tragedia burguesa sin puñal ni veneno, ni derramamiento de sangre; pero más cruel por lo que atañe a los actores que todos los dramas acaecidos en la ilustre familia de los Atridas.

—¿Qué será de nosotras? —dijo la señora Grandet a su hija, dejando su calceta sobre sus rodillas.

El azoramiento de la pobre madre era tal, desde hacía dos meses, que las mangas de lana que se confeccionaba para el invierno aún no estaban concluidas. Este hecho doméstico, insignificante en apariencia, tuvo tristes resultados para ella.

La falta de mangas tuvo la culpa de que el frío se apoderase de su cuerpo cuando estaba transida de sudor a consecuencia de un terrible enfado con su marido.

—Estaba pensando, querida hija, que si tú me hubieses confiado antes tu secreto, habríamos tenido tiempo de escribir a París, al señor Grassins. Tal vez nos hubiera podido mandar monedas de oro semejantes a las tuyas; aunque Grandet las conoce bien, ¿quién sabe?, tal vez...

—Pero, ¿de dónde íbamos a sacar tanto dinero?

—Yo habría empeñado las mías. Además, espero que el señor Grassins no habría...

—Ya no queda tiempo para nada —respondió Eugenia con voz sorda y alterada, interrumpiendo a su madre—. ¿No es mañana el día que debemos entrar en su cuarto a felicitarle en el Año Nuevo?

—¿Por qué no quieres que vaya a ver a los Cruchot?

—No, no, sería entregarme a ellos de pies y manos. Por lo demás, yo ya he tomado mi resolución. Hice lo que debía y no me arrepiento de nada. Dios me protegerá. Hágase su voluntad. ¡Ah, si hubiese leído usted su carta no hubiese pensado más que en él!

Cuando llegó la mañana del primero de enero de 1820, el terror que presentían madre e hija les sugirió una excusa muy natural para no presentarse en el cuarto de Grandet a felicitarle solemnemente el Año Nuevo. El invierno de 1819 a 1820 fue uno de los más rigurosos de la época.

La nieve se acumulaba en los tejados.

La señora Grandet dijo a su marido así que le oyó andar por la habitación:

—Grandet, di a Nanón que encienda un poco de fuego en mi cuarto; el frío es tan terrible que me hielo bajo las mantas. He llegado a una edad en que necesito cuidados. Por lo demás —agregó después de una ligera pausa—, Eugenia vendrá a vestirse aquí. En su cuarto, con este frío podría coger una enfermedad. Después, bajaremos a la sala a felicitarte en el Año Nuevo junto a la chimenea.

—¡Ta, ta, —ta, vaya lengua! ¡Empiezas bien el año, señora Grandet! Jamás hablaste tanto. No será porque hayas comido pan remojado con vino, supongo.

Hubo un momento de silencio.

—Bueno —continuó el tonelero, al que sin duda la proposición de su esposa sentaba menos mal de lo que dio a entender—, se hará como tú deseas, señora Grandet. Eres una buena mujer y no quiero que entres con mal pie en el nuevo año, por más que, en

general, los Bertillière sois de buena madera. ¿Eh? ¿No digo bien? —gritó después de una pausa. Tosió.

—Está usted de buen humor esta mañana —dijo gravemente la mujer.

—Yo siempre estoy alegre... *¡Siempre alegre el tonelero, mueve el hacha con salero!* —agregó, entrando en el cuarto de su mujer, ya completamente vestido—. Sí, la verdad es que como hacer frío, hace frío. Almorzaremos bien. Grassins me ha mandado un pastel de *foiegras* trufado. Iré a recogerlo de la diligencia. Creo que también un medio napoleón para Eugenia —le dijo el tonelero al oído—. A mí ya no me queda oro. Tenía aún algunas monedas, a ti ya te lo puedo decir; pero las he tenido que soltar para los negocios.

Y para celebrar el primer día del año la besó en la frente.

—Eugenia —gritó la madre, toda bondad—, no sé sobre qué lado durmió tu padre esta noche, pero se ha levantado de muy buen talante. Ha entrado diciéndome: "¡Buenos días y buen año, grandísima tonta!"

Y tonta me he quedado cuando le he visto alargar la mano para darme un escudo de seis francos que casi no está roído! "Tome usted, señora, y mírelo bien."

—¡Bah! ¡mucho será que no salgamos del mal paso!

—Pero, señora, ¿qué le ocurre a nuestro amo? —dijo Nanón entrando en el cuarto de su dueña para encender el fuego—. ¡Pues no ha empezado por decirme: "Buenos días y buen año, animalote"! Y, después, va y me alarga un escudo dé seis francos que casi no está roído por ningún lado. Me he quedado lela. !Mire usted, señora. ¡Ah, que buenazo que es! Sí, después de todo, es bueno. Los hay que cuanto más envejecen más endurecen; pero él se nos está volviendo suave como su jarabe de casts, señora. Está resultando un bendito...

El secreto de tanta alegría no era otro que el perfecto éxito logrado con la especulación de Grassins. El señor de Grassins, después de deducir las sumas que le debía el tonelero por el descuento de los ciento cincuenta mil francos de los efectos en que le pagaron los holandeses, y por el pico que le había adelantado para completar el dinero necesario para la compra de las cien mil libras de renta, le mandaba, por la diligencia, treinta mil francos en escudos, saldo de su semestre de intereses y, por añadidura, le anunciaba el alza de fondos públicos. Estaban entonces a ochenta y nueve; los capitalistas más conspicuos compraban a noventa y dos, fin enero. Hacía

dos meses que Grandet ganaba el doce por ciento sobre sus capitales sin tener que pagar ni impuestos ni reparaciones. Por fin, descubría las delicias de la renta, inversión que inspiraba a la gente de provincias una repugnancia invencible, y se veía ya dueño, antes de cinco años, de un capital de seis millones, logrado sin grandes desvelos y que, sumado al valor de sus tierras, constituiría una colosal fortuna. Los seis francos que acababa de regalar a Nanón eran tal vez el pago de un inmenso servicio que Nanón le había prestado sin darse cuenta.

—¡Huy! ¡Huy! ¿Dónde va tan temprano el tío Grandet que parece que vaya a apagar un incendio? —se preguntaron los comerciantes dedicados a abrir sus tiendas.

Más tarde, cuando le vieron volver del muelle, seguido de un mozo de las Mensajerías que transportaba, sobre una carretilla, unos sacos repletos:

—El agua va siempre a parar al río —decía uno.

—Le llegan de París, de Froidfond, de Holanda —refunfuñaba otro.

—Acabará comprando todo Saumur —exclamaba un tercero.

—A ése no le puede el frío; los negocios le calientan — decía una mujer a su marido.

— ¡Hola, hola!, señor Grandet, si por casualidad le estorban, mande las talegas para acá —le chillaba un comerciante en paños, su vecino más próximo.

—¡Oh, no son más que sueldos! —contestaba el viñador.

—De plata —dijo el mozo en voz baja.

—Si quieres que te mime, échate un nudo a la lengua —le replicó el tonelero al tiempo que abría la puerta de su casa.

—¡Ah, el muy tuno! ¡yo creía que estaba sordo; pero se ve que cuando hace frío oye bien.

—Aquí tienes veinte sueldos de propina y punto en boca. Andando —dijo Grandet—. Nanón te devolverá la carretilla. ¿Nanón, están las mujeres en misa?

—Sí, señor.

—¡Pues manos a la obra! —gritó, cargando los sacos.

En un santiamén pasaron los escudos a su cuarto en el que se encerró.

—Cuando el almuerzo esté a punto, llámame golpeando en la pared.

Ahora devuelve la carretilla a las Mensajerías.

Hasta las diez no almorzó la familia.

—Aquí tu padre no pedirá que le enseñes tu oro —dijo la señora Grandet a su hija al regresar de misa—. Además, haz ver que tienes frío. Luego, tiempo quedará para reponer el oro antes de tu cumpleaños...

Grandet bajó la escalera pensando en convertir, lo antes posible, los escudos que acababa de recibir en monedas de oro y en su admirable jugada sobre las rentas del Estado. Estaba resuelto a colocar de este modo su dinero hasta que se cotizase a cien francos. Meditación funesta para Eugenia. En cuanto entró, las dos mujeres le desearon un feliz año nuevo, su hija echándosele al cuello y acariciándole, la señora Grandet gravemente con dignidad.

—¡Ah!, hija mía —dijo besando a Eugenia en ambas mejillas—, estoy trabajando por ti... quiero que seas feliz. Y para serlo hace falta dinero. ¡Sin dinero, despídete! Toma, aquí tienes un napoleón nuevecito; lo he mandado venir de París. ¡Maldita sea la ...! En esta casa no queda un grano de oro. La única que tiene oro eres tú. Anda, enséñame tu tesoro, pequeña.

—¡Huy?, hace demasiado frío; vale más que almorcemos —le contestó Eugenia.

—Bueno, pues, quédese para después. Nos ayudará a hacer la digestión.

Grandet señaló el pastel que le había enviado el banquero.

—El bueno de Grassins nos ha mandado esto —prosiguió—. Comed, hijas, comed, no cuesta nada. Grassins se porta bien; estoy contento de él. Está trabajando para Carlos y gratis. Arregla los asuntos del pobre Grandet. ¡Ooooh! —murmuró, con la boca llena, después de una pausa—, ¡qué rico es esto! Come, mujer, con esto te alimentarás por lo menos para dos días.

—No tengo ganas; ya sabes que estoy muy delicada.

—¡Quita allá! Puedes atiborrarte sin peligro de que la caja reviente; eres una Bertellière, una mujer resistente. Te has puesto de un pardo que tira a amarillo; pero el amarillo me gusta.

La espera de una muerte pública e ignominiosa es quizá menos horrible para un condenado que lo fue para la señora Grandet y su hija la espera de los

acontecimientos que debían poner fin a aquel almuerzo de familia. Cuanto más alegre hablaba y comía el viejo viñador, más se oprimía el corazón de las dos mujeres. La hija, sin embargo, tenía un apoyo en aquel trance; sacaba fuerzas de su amor.

"Por él, —se repetía—, soy capaz de sufrir mil muertes."

Y animada por este pensamiento lanzaba a su madre miradas inflamadas de valor.

—Quítalo todo —dijo Grandet a Nanón, cuando, a eso de las doce, terminó el almuerzo—; pero no retires la mesa. Estaremos más cómodos para ver tu pequeño tesoro —dijo mirando a Eugenia—. Eso de pequeño es un decir. El valor intrínseco representa cinco mil novecientos cincuenta y nueve francos, más cuarenta de esta mañana, hacen un total de seis mil francos menos uno. ¡Vaya! Te doy este franco para redondear la suma ¿ves, hijita...? ¿Tú, qué haces aquí parada escuchándonos? Da media vuelta, Nanón, y vete a tu avío —dijo el tonelero.

Nanón desapareció.

—óyeme, Eugenia, vas a tener que darme tu oro. Supongo que no se lo negarás a tu padre, ¿verdad, hijita?

Las mujeres permanecían mudas.

—No tengo oro. Lo tuve; pero ya no lo tengo. Te daré seis mil francos en libras, y vas a colocarlas como yo te. diré. No hay que pensar en el doceno. Cuando te cases, que será pronto, yo te habré encontrado un novio que te podrá regalar el doceno más espléndido de que se haya hablado en la provincia. Óyeme, hijita. Se presenta una ocasión magnífica; puedes dar seis mil francos al Gobierno, y cobrar cada seis meses un interés de casi doscientos francos, libres de impuestos, sin pensar en reparaciones, ni en heladas, ni en pedriscos, sin nada de lo que estropea las rentas. ¿Tal vez te duele separarle de tu oro, ¡eh!, hijita? De todos modos, tráemelo. Yo te iré recogiendo piezas de oro, holandesas, portuguesas, rupias del Mogol, genovesas; y con las que te regalaré para los días de tu santo, verás como en tres años reconstituyes la mitad de tu tesoro. ¿Qué dices a so, hijita? Levanta la nariz. Anda, ve a buscar la bolsita. Deberías besarme en los ojos en agradecimiento por haberte contado todos estos secretos y misterios de vida y de muerte para los escudos. Sí, sí, los escudos viven y bullen como los hombres; van, vienen, sudan, y trabajan...

Eugenia se levantó y después de dar unos cuantos pasos hacia la puerta, se volvió bruscamente y dijo:

—Ya no tengo mi oro.

—¡Que no tienes tu oro! —exclamó Grandet, alzándose sobre sus jarretes, como un caballo que oye un cañonazo a pocos pasos.

—No, ya no lo tengo.

—Te engañas, Eugenia.

—No.

—¡Por la memoria de mi padre! Cuando el tonelero soltaba este juramento, las tablas se estremecían. —¡Santa Bárbara bendita! ¡La señora se ha puesto pálida! —gritó Nanón,

—Grandet, tu cólera acabará por matarme — dijo la pobre mujer.

—¡Ta, ta, ta! Las de tu familia no van de prisa en morirse! Eugenia, ¿qué ha hecho usted de sus monedas? —gritó abalanzándose hacia ella.

—Señor —exclamó la hija, echándose en las rodillas de la señora Grandet—, mi madre sufre mucho... ve usted... No la mate usted. Grandet se espantó al ver la palidez que cubría el rostro de su mujer, antes de un amarillo subido.

—Nanón, ven, ayúdame a acostarme —dijo la madre con voz débil—. Me muero...

Nanón se apresuró a dar el brazo a su dueña, Eugenia la sostuvo por el otro lado y no sin mil precauciones lograron subirla a su cuarto; pues se les desmayaba a cada escalón. Grandet se quedó solo.

Sin embargo, unos minutos después subió siete u ocho escalones y gritó:

—Eugenia, en cuanto tu madre esté acostada, haz el favor de bajar.

—Sí, padre.

No tardó en reaparecer, después de haber tranquilizado a su madre—Hija mía, vas a decirme dónde está tu tesoro.

—Padre, si resulta que no puedo disponer de los regalos que usted me hace, vale más que este napoleón vuelva a su mano —le dijo fríamente Eugenia, tomando la moneda que había quedado sobre la chimenea y presentándosela.

Grandet agarró el napoleón con viveza y se lo metió en el bolsillo.

—¡Creo que no te voy a dar nada nunca más! ¡Ni siquiera esto! —dijo haciendo chasquear la uña de su dedo pulgar, bajo los dientes—. ¿Ésas tenemos? ¿De modo que desprecias a tu padre? ¿De modo que no le tienes confianza? Por lo visto, no sabes lo que es un padre. Si no lo es todo para ti, es como si no fuese nada. ¿Dónde tienes el oro?

—Padre, le quiero y le respeto a pesar de su cólera; pero con toda mi humildad le haré observar que he cumplido veintidós años. Me ha dicho usted sobradas veces para que me entere, que soy mayor de edad. He hecho con mi dinero lo que me ha parecido y creo que está bien colocado...

—¿Dónde?

—Es un secreto inviolable. ¿No tiene usted sus secretos?

—Para algo soy el jefe de la familia. ¿Por ventura no puedo tener mis asuntos?

—Esto también es asunto mío.

—Mal asunto debe ser que no se lo puedas contar a tu padre, señorita Grandet.

—No lo hay mejor; pero no puedo decírselo a mi padre.

—Por lo menos, dime cuándo diste ese oro.

Eugenia meneó la cabeza negativamente.

— ¿El día de tu cumpleaños aún lo tenías, verdad?

Eugenia, que se volvía tan astuta por amor como lo pudiera ser su padre por avaricia, repitió el mismo signo negativo.

—¡No se ha visto nunca una terquedad semejante! —dijo Grandet, con voz que fue en crescendo gradual hasta que retembló toda la casa. ¡Cómo es eso! Aquí, en mi propia casa, bajo mi propio techo, alguien te debe de haber quitado el oro, ¿y quiere que yo no averigüe quién es? El oro es cosa rara. Las muchachas más decentes pueden cometer faltas, pueden dar cualquier cosa, como se ve en casa de los grandes señores, e incluso entre la burguesía; pero dar oro, porque tú lo has dado a alguien, ¿eh?

Eugenia permaneció impasible.

—¡Habráse visto muchacha! ¿Soy o no soy tu padre, vamos a ver? Si lo has colocado, te han debido dar un recibo...

—¿Era o no libre de hacer lo que me pareciese bien? ¿No era mío?

—¡Pero eres una chiquilla!

—Mayor de edad.

Abrumado por la inflexible lógica de su hija, Grandet palideció, pataleó, blasfemó; luego, recobrando el uso de la palabra, gritó:

—¡Mala pécora! ¡Sabe que le quiero y por eso abusa! ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! No es menester que lo digas: ¡habrás tirado nuestra fortuna a los pies de aquel desarrapado, que Dios con funda! ¡Maldita seas tú, maldito tu primo y tus hijos! De todo esto, fíjate bien, no va a salir nada bueno. Si lo hubieses dado a Carlos... Pero, no; es posible que aquel mequetrefe me haya desvalijado...

Miró a su hija que permanecía muda y fría.

—¡No se moverá! ¡No pestañea siquiera! Es más Grandet que el propio Grandet. ¡Al menos, no diste el oro por nada! ¡Anda, explica!

Eugenia miró a su padre y le lanzó una mirada irónica que lo hirió en lo vivo.

—Eugenia, estás en mi casa, en casa de tu padre. Para seguir en ella debes someterte a sus órdenes. Los curas te mandan que me obedezcas. Eugenia bajó la cabeza.

—Me ofendes en lo que más quiero —prosiguió—. Sólo te quiero ver sumisa... Ve a tu cuarto. Estarás encerrada hasta que te dé permiso para salir. Nanón te llevará pan y agua. ¿Has oído? Pues, andando.

Eugenia se echó a llorar y corrió junto a su madre. Después de haber dado unas cuantas vueltas por el jardín nevado, sin resentirse del frío, Grandet sospechó que su hija debía de estar en el cuarto de su mujer; y, encantado de pillarla en falta, subió la escalera con la agilidad de un gato y apareció en la habitación de la señora Grandet en el momento en que ésta acariciaba los cabellos de Eugenia, cuya cabeza se hundía en el pecho materno.

—Consuélate, querida nena, tu padre se apaciguará.

—¡Ya no tiene padre! —dijo el tonelero—. ¿Somos usted y yo, señora Grandet los que hemos fabricado esta criatura tan desobediente? Bonita educación y, sobre todo, religiosa! ¿Cómo es que no estás en tu cuarto? ¡Vamos, al encierro, señorita, al encierro!

—¿Me va usted a privar de mi hija, caballero? —dijo la señora Grandet descubriendo su rostro encendido por la fiebre.

—Sí quiere usted estar con ella llévesela, desalojen esta casa.., ¡Mal rayo la parte donde ha metido el oro!

Eugenia se levantó, miró a su padre con altivez y se metió en su cuarto que su padre se apresuró a cerrar.

—Nanón —gritó—, apaga el fuego de la sala.

Y se fue a sentarse en un sillón, junto a la chimenea de su mujer, mientras decía:

Sin duda se lo ha dado a ese miserable seductor de Carlos que no buscaba más que nuestro dinero.

La señora Grandet halló en el peligro que amenazaba a su hija y en su cariño por ella, la fuerza suficiente para permanecer aparentemente fría, sorda y muda.

—No sabía nada de todo esto —respondió volviéndose de cara a la pared para no soportar las miradas llameantes de su marido. Tu violencia me hace sufrir tanto que si he de creer mis presentimientos, no saldré de aquí mas que con los pies por delante. Debían haberme ahorrado este disgusto a mí que, a sabiendas por lo menos, no te he causado jamás la menor pena. Tu hija te quiere y se me figura tan inocente como recién nacida; no la mortifiques, pues, y vuelve sobre tu acuerdo. Hace mucho frío: puedes ser responsable de una enfermedad grave.

—Ni la veré ni le hablaré. Se quedará en su cuarto encerrada a pan v agua hasta que haya desagraviado su padre. ¡Qué diablos!, un jefe de familia debe saber a dónde va a para el oro que sale de su casa. Tenía quizá las únicas rupias que había en Francia. además genovesas, ducados de Holanda...

—¡Grandet, Eugenia es nuestra hija única y aunque las hubiese tirado al agua...!

—¡Al agua! —gritó el avaro—, ¡al agua! Estás loca. señora Grandet. Lo dicho, dicho queda. Si quieres que vivamos en paz, confiese a su hija, averigüe dónde ha echado el dinero. Las mujeres sabéis más de eso que los hombres. Sea lo que sea no me la voy a comer. ¿Me tiene miedo? aunque se le hubiese ocurrido cubrir de oro a su primo de pies a cabeza, está en alta mar y no vamos a echar a correr para alcanzarlo. . .

—Pero, escucha, Grandet... Sobreexcitada por la crisis nerviosa que atravesaba por la desgracia de su hija, que aumentaba su ternura y aguzaba su inteligencia, la señora Grandet percibió un movimiento terrible del lobanillo de su marido; cambió de idea, sin cambiar de tono y concluyó así la frase comenzada:

—Pero, escucha, Grandet, ¿acaso tengo yo más imperio que tú sobre ella? No me ha dicho nada; en esto se te parece.

—¡Demontre! ¡Qué afilada tienes la lengua esta mañana! ¡Ta, ta, ta!, me parece que me estás desafiando. Seguramente las dos estáis de acuerdo.

Miró fijamente a su mujer.

—Si de veras quieres matarme, Grandet, no tienes más que continuar así. Te lo digo y te lo repetiré aunque tuviese que costarme la vida: ella está en lo firme y tú no. Ese dinero era suyo, es seguro que ha dispuesto de él como Dios manda y sólo tiene el derecho de conocer nuestras buenas obras. Grandet, créame, vuelva a hacer las paces con tu hija... ¡Sólo así disminuirá el mal que me ha causado su cólera y tal vez me salvará la vida! ¡Devolvedme a mi hija, caballero, devolvédmela!

—Me largo —dijo él—. Esta casa resulta inhabitable; madre e hija hablan y argumentan como sí... ¡Uf! ¡Bonita felicitación de Año Nuevo. ¡Eugenia! —gritó—. Sí, llora, llora. Lo que estás haciendo te costará caro, ¿oyes? De qué te sirve comerte a Dios seis veces al mes si después resulta que a escondidas de tu padre das el oro a un holgazán que te devorará el corazón cuando no te quede nada más que prestarle? Ya verán entonces lo que vale tu Carlitos con sus botas de tafilete y sus aires de currutaco. Desde el momento que se atreve a llevarse el tesoro de una pobre chica sin el consentimiento de sus padres, es señal que no tiene pizca de vergüenza.

Cuando se cerró la puerta de la calle, Eugenia salió de su cuarto y fue al lado de su madre.

—Tiene usted mucho valor para defender a su hija —le dijo.

—¿Ves a dónde nos llevan las cosas ilícitas? Me has obligado a decir una mentira,

—¡Oh, le pediré a Dios que todo el castigo recaiga sobre mí!

—¿Es verdad —dijo Nanón presentándose en el umbral, con cara de espanto—, que la señorita va a quedar castigada a pan y agua para el resto de sus días?

—¡Qué mas da, Nanón! —dijo Eugenia tranquilamente.

—¿Cómo voy a comer yo nada si la hija de la casa está condenada a pan seco? No, no.

—No se hable más del asunto, Nanón —dijo Eugenia.

—Ya verá usted, aunque tenga que morirme de hambre— dijo Nanón.

Por la primera vez en veinticuatro años, Grandet comió solo.

—Ya le tenemos viudo —dijo Nanón—. Es poco agradable el estar viudo habiendo dos mujeres en la casa.

—No te metas en camisa de once varas. Cierra el pico o te echo. ¿Qué tienes en el fuego, que estoy oyendo algo que hierve?

—Estoy derritiendo grasa...

—Esta noche vendrá gente; enciende el fuego.

Los Cruchot, la señora Grassins y su hijo llegaron a las ocho y se sorprendieron de no ver a la señora Grandet ni a su hija.

— Su mujer está algo indispuesta; Eugenia la acompaña —respondió el viñador sin que su semblante expresase la menor emoción.

Al cabo de una hora consumida en charla sin importancia, la señora Grassins, que había subido a saludar a la señora Grandet, bajó y todos le preguntaron:

—¿Cómo sigue la señora Grandet?

—No del todo bien. Su estado de salud me inquieta. A su edad hay que tomar las mayores precauciones, señor Grandet.

—Ya veremos —respondió el viñador con aire distraído.

Salieron uno tras otro dándole las buenas noches. Cuando estuvieron en la calle, la señora Grassins dijo a los Cruchot:

—En esta casa ocurre algo nuevo. La madre está muy mal, y no se da cuenta siquiera. La chica tiene los ojos hinchados, como si hubiera llorado mucho tiempo. ¿Querrán casarla contra su voluntad?

Cuando el viñador estuvo en cama, Nanón, en zapatillas de lana y andando de puntillas, llegóse al cuarto de Eugenia y le destapó un pastel hecho para ella.

—Tenga usted, señorita —dijo la bondadosa criada—, Cornoiller me ha regalado una liebre. Usted come tan poco que este pastel le va a durar ocho días; y con la helada no hay miedo de que se estropee. Así, por lo menos, no estará usted a pan duro. No es sano.

—¡Pobre Nanón! —dijo Eugenia, estrechándole la mano.

—Me he esmerado en hacerlo bien sabroso y él no ha notado nada. He comprado la manteca, el laurel, todo con cargo a mis seis francos; me parece que puedo hacerlo.

Se retiró en seguida porque creía oír a Grandet.

Durante varios meses, el viñador fue constantemente a ver a su mujer a diferentes horas del día, sin pronunciar el nombre de su hija, sin verla, ni dedicarle la más vaga alusión. La señora Grandet no salió de su cuarto y su estado empeoró de semana en semana. Nada doblegó la voluntad del viejo tonelero. Permaneció inconmovible, áspero y frío, como un pilar de granito. Siguió yendo y viniendo como de costumbre; pero no tartamudeó más, habló menos y en los negocios se mostró más duro que nunca. A menudo, se le escapaba algún error en las cuentas.

—Algo ha ocurrido en casa de Grandet —decían grasinistas y cruchotistas.

—¿Qué ha sucedido en casa de Grandet? —era una pregunta que surgía con frecuencia en las tertulias de Saumur.

Eugenia iba a misa bajo la vigilancia de Nanón. A la salida, si la señora Grassins le dirigía la palabra, Eugenia contestaba en forma evasiva y sin satisfacer su curiosidad. Con todo, al cabo de dos meses, fue imposible sustraer a la curiosidad de los tres Cruchot y de la señora de Grassins, el secreto de la reclusión de Eugenia. Llegó un momento en que se agotaron los pretextos para justificar su perpetua ausencia. Después, sin que pudiese averiguarse quién había llevado el soplo, toda la ciudad se enteró de que, por orden de su padre, la señorita Grandet estaba encerrada en su cuarto, sin fuego y a régimen de pan y agua; Nanón le elaboraba golosinas que le llevaba durante la noche. Se supo incluso que la pobre muchacha no podía asistir y cuidar a su madre más tempo que el que su padre pasaba fuera de la casa. La conducta de Grandet mereció acres censuras. Toda la ciudad le puso fuera de la ley, por decirlo así; hizo el recuento de sus traiciones, de sus crueldades y le excomulgó. Cuando pasaba, la gente lo señalaba con el dedo. Cuando la muchacha bajaba por la calle tortuosa para ir a misa o a vísperas, acompañada de Nanón, todos los habitantes

asomaban a la ventana para examinar con curiosidad el porte de la rica heredera y su semblante en que se reflejaba una melancolía y una dulzura angélicas. Su reclusión y la desgracia en que la tenía su padre, no eran nada para ella. ¿Por ventura no seguía contemplando su mapamundi, el banquito, el jardín, el lienzo de pared y no saboreaba aún la miel que dejaron en sus labios los besos del amor? Ignoró, durante cierto tiempo, que la ciudad se ocupase de ella, como lo ignoraba su propio padre. Religiosa y pura ante Dios, su conciencia y su amor la ayudaban a soportar pacientemente la cólera y la venganza paternales. Mas un dolor profundo imponía silencio a todos los demás dolores. Su madre, criatura dulce y tierna que parecía embellecerse con el destello que despedía su alma al aproximarse a la tumba, su madre se debilitaba de día en día. A menudo se acusaba Eugenia de haber sido la causa involuntaria de la cruel enfermedad que lentamente amenazaba a su madre. Los remordimientos, que ésta trataba de calmar, no hacían más que unirla más estrechamente a su amor. Todas las mañanas, apenas había salido Grandet, corría a la cabecera de su madre, donde Nanón le llevaba el desayuno. Mas la pobre Eugenia, entristecida por los sufrimientos de su madre, mostraba a Nanón, con el gesto, aquel rostro devorado por la fiebre, lloraba y no se atrevía a hablar de su primo. Tenía que ser la propia señora Grandet quien lo recordase en voz alta.

—¿Dónde debe de estar? ¿Por qué no escribe?

Madre e hija no tenían la menor idea de las distancias.

— Pensemos en él, madre mía, pero no le nombremos —respondió Eugenia—. Es de usted. que está sufriendo, de quien tenemos que ocuparnos. Usted ante todo.

Este todo era él.

—¡Hijos míos —decía la señora Grandet—, no me duele dejar la vida! Dios me ha protegido al permitir que vea llegar con alegría el término de mis miserias.

Las palabras de aquella mujer eran constantemente santas y cristianas. Cuando su marido, al venir a desayunarse con ella, paseaba por su cuarto, le repitió durante los primeros meses del año las mismas reflexiones siempre con su dulzura angélica; pero con la firmeza de una mujer que halla en la proximidad de la muerte el valor que le faltó durante la vida.

—Amigo mío, te agradezco el interés que tomas por mi salud —respondía la señora Grandet a la pregunta poco menos que maquinal de su marido—; pero si quieres

endulzar la amargura de mis últimos momentos y aliviar mis dolores, vuelve a ser bueno con nuestra hija; pórtate como un padre cristiano.

Cuando oía tales palabras, Grandet se sentaba cerca de la cama y obraba como el hombre que al ver venir un chubasco se cobija tranquilamente en un zaguán; escuchaba a su mujer en silencio y no contestaba una palabra. Si las súplicas se tornaban conmovedoras, muy tiernas y muy religiosas, llegaba a decir:

—¡Querida mía, hoy estás un poco paliducha!

Parecía que sobre su impasible frente de piedra y sobre sus labios apretados estuviese grabado el más completo olvido de su hija. Ni siquiera le conmovían las lágrimas que sus respuestas evasivas hacían resbalar por el rostro lívido de su mujer.

—Que Dios le perdone, señor, como yo le perdono. Día vendrá en que necesite indulgencia.

Desde que su mujer estaba enferma no se había atrevido a servirse de su terrible ¡ta, ta, ta!, pero su despotismo no rendía una sola de sus armas ante aquel ángel de dulzura cuya fealdad iba gradualmente dando paso a la expresión de las cualidades morales que afloraban en su semblante. Era todo alma. El genio de la plegaria parecía purificar, afinar los rasgos más groseros de su rostro y les comunicaba una suerte de resplandor, ¿quién no conoce este fenómeno de transfiguración que se cumple en los rostros benditos cuando los hábitos del alma acaban por triunfar sobre las facciones más rudamente esculpidas, imprimiéndoles la animación propia de los pensamientos nobles, puros y elevados? El espectáculo de semejante transformación, obra de los sufrimientos que consumían en aquella mujer los últimos jirones de la carne mortal, ejercía una debilísima influencia sobre el viejo tonelero cuyo carácter conservó la dureza del bronce. Si se abstuvo de pronunciar palabras desdeñosas fue para refugiarse en un silencio imperturbable que ponía a salvo su superioridad de jefe de familia. Apenas se presentaba la fiel Nanón en el mercado que a diestro y siniestro surgían quejas y cuchufletas contra su dueño; pero, a pesar de la condena explícita y rotunda de la opinión pública, la sirvienta no dejaba de defenderlo obedeciendo a una especie de orgullo doméstico.

—Bueno, bueno —decía Nanón a los detractores de su amo—, ya se sabe que todos nos endurecemos a medida que nos hacemos viejos. ¿Cómo quieren ustedes que el señor Grandet no se haya resecado un poco? Pero de esto a todas esas historias que cuentan hay gran distancia. La señorita vive y come como una reina. Si vive sola es

porque le. da la gana. Además, que los amos tienen motivos de peso para obrar como obran.

Por fin, un atardecer de fines de primavera, la señora Grandet devorada más por la pena que por la enfermedad, sin haber podido, a pesar de sus súplicas, reconciliar a Eugenia con su padre, confió sus secretas torturas a los Cruchot.

—¡Poner a pan y agua a una muchacha de veintitrés años —exclamó el presidente Bonfons—, y sin motivo! Pero esto constituye un caso de sevicia y tortura grave; puede protestar en tiempo y forma ante...

—¡Vamos, sobrino, deja en paz tus leyes! Tranquilícese, señora, que

yo, desde mañana, pondré término a esta reclusión.

Al oír hablar de ella, Eugenia salió de su cuarto.

—Señores —dijo adelantándose con un movimiento lleno de dignidad—, les ruego que no se ocupen de este asunto. Mi padre es dueño en su casa. Mientras yo esté bajo su techo le debo obediencia. De su conducta no debe cuentas a nadie más que a Dios. Invoco su amistad para suplicarles que guarden sobre esto el más profundo silencio. Censurar a mi padre equivaldría a rebajar nuestra propia consideración. Les agradezco infinito el interés que se toman por mí; pero no duden que aún les quedaré más agradecida si procuran que cesen los rumores ofensivos que circulan por la ciudad y de los cuales he tenido noticia casualmente.

—Tiene razón —dijo la señora Grandet.

—Señorita, la mejor manera de cortar las murmuraciones es conseguir que se le devuelva a usted la libertad —le contestó respetuosamente el viejo notario, impresionado por la belleza que la clausura, el amor y la melancolía habían comunicado a Eugenia.

—¡Hija mía! —dijo la señora Grandet—, deja que el señor Cruchot arregle este asunto, puesto que él responde del éxito. Conoce. a tu padre y sabe cómo hay que tratarlo. Si quieres verme feliz el poco tiempo que me queda de vida, es preciso a todo trance, que tu padre y tú os reconciliéis.

Al día siguiente, según costumbre que había tomado Grandet desde que tenía recluida a Eugenia, dio cierto número de vueltas por el jardín. Destinaba a este paseo el rato que Eugenia pasaba peinándose. Cuando llegaba al corpulento nogal, se es-

condía detrás del tronco y pasaba momentos contemplando los hermosos cabellos de su hija; sin duda el viejo fluctuaba entre los pensamientos que le sugería la tenacidad de su carácter y el deseo de abrazar a su hija.

A menudo se quedaba sentado en el banco de madera carcomida en que Carlos y Eugenia se juraron amor eterno, mientras que ella también miraba a su padre a hurtadillas o mediante un espejo. Si él se levantaba y volvía a su paseo, ella se sentaba complacida, junto a la ventana, y se dedicaba a examinar el lienzo de pared de cuyos boquetes salía una vegetación encantadora, matas de doradillo, de corregüela y de una planta grasa, blanca o amarilla, un *sediun* que abunda en las viñas de Tours y de Saumur. Maese Cruchot compareció temprano y halló sentado al viñador en su banco lleno de musgo, con la espalda apoyada en la pared medianera, dedicado a observar a su hija. Hacía un hermoso día de junio.

—¿Qué se le ofrece al amigo Cruchot? —dijo al divisar al notario. —Vengo a hablarle de negocios. —¡Ah, ah! ¿Tiene usted un poquitín de oro y me lo va a dar contra un puñado de escudos?

—No, no; no se trata de dinero, sino de su hija Eugenia. Todo el mundo habla de ella y de usted.

—¿Por qué se meten en lo que no les importa? En casa soy dueño de hacer lo que me dé la gana.

—No lo discuto; puede usted matarse o, lo que es peor, tirar el dinero por la ventana.

—¿A qué viene esto?

—¡Ah, amigo, usted no se da cuenta de las cosas! Su mujer está en peligro de muerte. Creo que debería usted consultar al señor Bergerin. Si muriese sin haber tenido los cuidados que merece, me figuro que no estaría usted tranquilo.

—¡Ta, ta, ta! Usted sabe lo que tiene mi mujer. Los médicos, en cuanto ponen un pie en mi casa, no se contentan con menos de cinco o seis visitas por día.

—En fin, Grandet, usted hará lo que quiera. Somos viejos amigos; no hay en todo Saumur hombre que se tome más interés en sus cosas; me he creído en la obligación de decirle lo que le he dicho. Pero ahora no tengo más que añadir; es usted mayor de edad y sabrá lo que le conviene. No es éste el asunto que me trae. Se trata de algo más grave para usted, me figuro. Al fin y al cabo, usted no tiene ganas de matar a su

mujer, que con sólo vivir le presta un gran servicio. Piense usted en la situación en que va a quedar respecto a su hija cuando ella falte. Tendrá que rendir cuentas a Eugenia, puesto que se casó usted con su mujer bajo el régimen de comunidad de bienes. Su hija tendrá derecho a reclamar la división de la herencia, de exigir la venta de Froidfond. Es la heredera de su madre a quien usted no puede suceder.

Tales palabras cayeron como un rayo sobre el viejo tonelero que no estaba tan ducho en leyes como en comercio. Jamás le había pasado por la cabeza la idea de una venta forzosa de sus bienes.

—Por eso le recomiendo a usted que la trate con dulzura —dijo Cruchot para terminar.

—Pero, ¿sabe usted lo que ha hecho?

—¿Qué? —preguntó el notario, curioso por conocer la causa del disgusto.

—Ha dado el oro que yo le había regalado.

—¡.Acaso no era suyo? —dijo el notario.

—¡Todos me dicen lo mismo! —exclamó el tonelero dejando caer los brazos con trágico desaliento.

—¡Por una miseria no va usted a dificultar las concesiones que tendrá que pedir a Eugenia en cuanto fallezca su madre!

—¿Llama usted miseria a seis mil francos de oro?

—¡Por Dios, mi viejo amigo! ¿Sabe usted lo que le va a costar el inventario y la división de la herencia de su mujer si Eugenia lo exige?

—¿Cuánto?

—¡Dos, tres o quizá cuatrocientos mil francos! ¿No ve usted que para conocer el verdadero valor del patrimonio, no habrá más remedio que venderlo en pública subasta? En cambio si ustedes se entienden...

—¡Por la memoria de mi padre! — exclamó el viñador, que se puso más pálido que la muerte—. ¡Veremos eso, Cruchot!

Al cabo de unos segundos de silencio y de agonía, el tonelero miró al notario, diciéndole:

—¡Qué dura es la vida! No hay más que sufrimientos, Cruchot —agregó solemnemente—. ¿Supongo que no quiere usted engañarme? Júreme, por su honor, que lo que usted me acaba de contar es ni más ni menos lo que manda la ley. Enséñeme el código; ¡yo quiero verlo en el código!

—Amigo mío, ¿duda usted de mi competencia? Soy viejo en el oficio. . .

—¿De modo que es así? ¡Voy a ser despojado, traicionado, devorado por mi hija!

—Es la heredera de su madre.

—¿De qué sirven, pues, los hijos? ¡Ah, mi pobre mujer! ¡A ésa sí que la quiero! Por suerte es una naturaleza robusta como todos los Bertellière.

—Pues a la pobre no le queda ni un mes de vida.

El tonelero se golpeó la frente; paseó de un lado a otro; lanzó a Cruchot una mirada aterradora:

—¿Qué hacer? —le dijo.

—Eugenia puede renunciar pura y simplemente a la sucesión de su madre. Usted no piensa desheredarla, ¿verdad? Pero si pretende obtener una concesión de este género, no la atropelle. Lo que le estoy diciendo, amigo, va contra mis intereses. A mí me conviene que haya muchas liquidaciones, muchos inventarios. muchas particiones...

—¡Ya veremos, ya veremos! No hablemos más de ello, Cruchot. Es como si me estuviese retorciendo las

entrañas. ¿Le ha llegado a usted oro?

—No; pero tengo algunos luises viejos, una decena; se los daré a usted. Créame, no sea testarudo; haga las paces con Eugenia. ¿No ve que todo Saumur le pone en la picota?

—¡Qué gentuza!

—¡Vamos, hombre, vamos!; las ventas están a noventa y nueve. Alégrese usted siquiera una vez en la vida.

—¿A noventa y nueve, dice?

—Sí, a noventa y nueve. —¡Ajá! ¡A noventa y nueve! —dijo el viejo, acompañando a Cruchot hasta la puerta de la calle.

En seguida, agitado por cuanto acababa de escuchar, subió al cuarto de su mujer y le dijo:

—¡Ea!, mujer, puedes pasar el día con tu hija; me voy a Froidfond. Sed buenas las dos. Hoy se cumplen años de nuestra boda, amiga mía; toma, ahí tienes diez escudos para tu altar de Corpus Christi. Sí; hace tiempo que lo deseas; anda, ¡recréate! Que te mejores y que paséis un buen día. ¡Viva la alegría!

Echó diez escudos de seis francos sobre la cama de su mujer y le tomó la cabeza para besarla en la frente.

—¿Estás más animadita, no?

—¿Cómo puedes pensar en recibir en tu casa al Dios que perdona, mientras te obstinas en mantener a tu hija en una cárcel? —le dijo ella, con emoción.

—¡Ta, ta, ta, ta! —dijo el padre; Pero esta vez con acento acariciador—, ya veremos, ya veremos.

—¡Bondad divina! ¡Eugenia! —gritó la madre, enrojeciendo de gozo—, ven a besar a tu padre; ¡te perdona!

Pero Grandet desapareció, huyendo a toda prisa hacia sus propiedades. Hacía sus cálculos procurando poner en orden sus ideas. Grandet entraba entonces en su septuagésimo sexto año. En los dos últimos sobre todo, su avaricia había aumentado, como suelen hacer todas las pasiones persistentes del hombre. Como ocurre con todos los avaros, con todos los ambiciosos, con cuantos han vivido dominados por una idea fija; el sentimiento de Grandet se había aferrado con preferencia a un símbolo particular de su pasión. La vista del oro, la posesión del oro se había convertido en su monomanía. Su genio despótico había crecido a compás de su avaricia, y abandonar la dirección de la mínima parte de sus bienes, al fallecimiento de su mujer, le parecía algo contra natura. ¿Declarar la fortuna de su hija, inventariar todos sus bienes muebles e inmuebles para sacarlos a subasta... ?

—Sería peor que cortarse el gañote —dijo en voz alta en medio de una vira, mientras examinaba las cepas.

Volvió a Saumur a la hora de comer, decidido a transigir con Eugenia, a mimarla, a amansarla, ¡todo con tal de poder morir regiamente, conservando en un puño las riendas de sus millones! En el momento en que el tonelero que, por casualidad, se había llevado su llavín, subía la escalera, sigilosamente para ir al cuarto de su mujer,

Eugenia se hallaba en él para enseñar a su madre el hermoso *necessaire*. Las dos, mientras estaba Grandet ausente, se recreaban contemplando el retrato de Carlos a través del de su madre.

—¡Fíjate, la misma frente, la misma boca! —decía Eugenia en el momento en que el viñador abría la puerta.

Al ver la mirada que su marido lanzaba sobre el oro, la señora Grandet dio un grito:

—¡Dios mío, ten piedad de nosotras!

El avaro saltó sobre el estuche como un tigre sobre un niño dormido.

—¿Qué es esto? — dijo agarrando el estuche y llevándoselo junto a la ventana—. ¡Oro, oro fino! —gritó—. ¡Mucho oro! Lo menos pesa dos libras.

Una luz se hizo en su cerebro.

—¡Ah! ¿de modo que Carlos te ha dado esto a cambio de tus monedas? ¡Pero habérmelo dicho! ¡Has hecho un buen negocio, hijita! Eres mía; te reconozco —Eugenia temblaba de pies a cabeza—. ¿Verdad que sí, verdad que esto es de Carlos? ––insistió el tonelero.

—Sí, padre; no me pertenece. Este estuche es un depósito sagrado.

—¡Ta, ta, ta, ta! Desde el momento que él se ha llevado tu fortuna, esto es tuyo.

—¡Padre!

El viñador quiso sacar del bolsillo una navaja para levantar una placa de oro y no tuvo más remedio que dejar el *necessaire* sobre una silla. Eugenia se abalanzó para recobrarlo; pero el tonelero, que no apartaba la vista del cofrecillo ni de su hija, le dio tal empellón al extender el brazo, que la muchacha cayó sobre el lecho de su madre.

—¡Por Dios, caballero! —gritó la madre irguiéndose.

Grandet con su navaja trataba de levantar la placa de oro.

—¡Padre! —gritó Eugenia echándose a sus rodillas y alzando las manos implorantes—, ¡padre, por la Virgen Santísima y por todos los santos, por lo que más quiera en el mundo, por su salvación eterna, le suplico que no toque esto! ¡Este cofrecillo no es de usted ni mío, pertenece a un desgraciado que me lo ha confiado y tengo que devolvérselo intacto.

—¿Por qué lo contemplas si se trata sólo de un depósito? Ver es peor que tocar.

—¡Padre, no lo destruya si no quiere deshonrarme! ¿Padre, no me oye usted?

—Señor, ¡tenga usted piedad! —dijo la madre.

—¡Padre! —gritó Eugenia con voz tan potente que Nanón subió, espantada.

Eugenia saltó sobre un cuchillo que se hallaba al alcance de su mano y lo empuñó con resolución.

—¿Qué haces? —le dijo Grandet, tranquilamente.

—¡Señor, que me está usted asesinando! —dijo la madre.

—Padre, si su navaja hace solo un rasguño en esta placa de oro, le juro que yo me hundo este cuchillo en el pecho. Por su culpa, mamá está mortalmente enferma y ahora va usted a matar a su hija. Téngalo entendido; ¡herida por herida!

Grandet, sin separar la navaja del *necessaire,* miró titubeando a su hija.

—¿Serías capaz, Eugenia? —le preguntó.

—No lo dudes —exclamó la madre.

—Haría como dice —gritó Nanón—. ¡Sea usted razonable, señor, siquiera una vez en la vida!

El tonelero miró alternativamente al oro y a su hija durante unos instantes. La señora Grandet se desmayó.

—¿Lo ve usted, señor? ¡La señora se está muriendo! —chilló Nanón.

—¡Toma, hija, no riñamos por un cofrecillo! ¡Ahí lo tienes! —exclamó el tonelero tirando el *necessaire* sobre la cama—. Y tú, Nanón, ve a buscar al señor Bergerin. Vamos, mujer, no es para tanto, ya hemos hecho las paces. ¿No es así hijita? Se acabó el pan duro, comerás cuanto se te antoje... ¡Ah, ya vuelve a abrir los ojos! Así me gusta, madrecita, mamá guapa. ¿Ves, estoy besando a Eugenia? Está enamorada de su primo, ya se ve. Pues si quiere casarse con él que se case y que le guarde su cofrecillo. ¡No faltaba más! ¡Y tú, mujercita, a vivir mucho tiempo! ¡Anda, muévete! Te prometo que tendrás el altar más lindo de todo Saumur.

—¡Dios mío!, ¿es posible que trates de este modo a tu mujer y a tu hija? —murmuró con voz débil la señora Grandet.

—¡No lo haré más! ¡Palabra! —gritó el tonelero—. Ahora vas a ver tú cómo me porto.

Fue a su gabinete y volvió con un puñado de luises que esparció sobre la cama.

—¡Toma, Eugenia!, ¡toma, mujer! Son para vosotras —dijo, haciendo sonar las monedas—. ¡Vamos, alégrate, esposa mía, que no vas a carecer de nada, ni Eugenia tampoco! Aquí tienes cien luises. Estos no los des, ¿eh? ¡Cuidadito!

La señora Grandet y su hija se miraron, sorprendidas.

—Puede recogerlos, padre; nosotras sólo necesitamos su cariño.

—¡Magnífico! Así me gusta —dijo él, volviendo a meterse los luises en el bolsillo—. Seamos buenos amigos. Bajemos a comer a la sala; juguemos todas las noches a la lotería, a dos sueldos la partida. ¡Lo que nos vamos a divertir! ¿No te parece, mujer?

—¡Ay de mí! Yo bien quisiera complacerte — dijo la moribunda—, pero no me quedan fuerzas para levantarme.

—¡Pobre mamá! —dijo el viñador—, no puedes figurarte cómo te quiero. Y a ti, hija mía.

La besó, la abrazó,

—¡Ah, qué bueno es besar a una hija, después de un enfado! ¡Mi hija! Ves, mamá, aquí nos tienes más unidos que nunca. Anda, ve y guarda eso —le dijo a Eugenia, señalándole el cofre—. Y tranquilízate, que no te volveré a hablar nunca más de este asunto.'

El señor Bergerin, el médico más célebre de Saumur, no tardó en llegar. Al terminar la visita, declaró sin ambages a Grandet que su mujer estaba muy grave, pero que una gran tranquilidad de espíritu, acompañada de un régimen cariñoso y de grandes cuidados, podrían aplazar hasta el otoño el inevitable desenlace.

— ¿Es cuestión de gastar mucho? —preguntó el tonelero—. ¿Le hacen falta drogas?

—Popas drogas; pero muchos cuidados —contestó el médico, que no pudo contener una sonrisa.

—¡Oigame, señor Bergerin —dijo Grandet—, usted es un cumplido caballero, ¿verdad? Confío en su honradez; venga usted a visitar a mi mujer cuantas veces juzgue necesario. Prolongue su vida, quiero mucho a mi mujer, aunque no lo demuestre. Y es que no soy hombre de alharacas. ¿Comprende usted? Los sentimientos me trabajan por dentro, me revuelven el alma. Estoy apenadísimo. Primero, vino la desgracia de mi pobre hermano, por el que estoy gastando en París una verdadera

fortuna, no se lo puede usted imaginar, y lo peor es que no se ve el fin. No le entretengo. Usted lo pase bien. Si puede usted salvar a mi mujer, no deje de hacerlo aunque me cueste cien o doscientos francos.

A pesar de los fervientes votos que formulaba Grandet por la salud de su mujer, la apertura de cuya sucesión equivalía a una muerte para él; a pesar de su deseo de satisfacer las voluntades de madre e hija en toda ocasión; a pesar de los tiernos cuidados que le prodigó Eugenia, la señora Grandet marchaba rápidamente hacia la muerte. Debilitábase de día en día y se desmejoraba de la manera aparatosa que suelen hacerlo a su edad las mujeres enfermas. Era de una fragilidad, de una transparencia que hacía pensar en las hojas de los árboles tocados por el otoño. Resplandecía y se doraba como atravesada por un rayo de sol. Fue una muerte digna de su vida, una muerte cristianísima. En aquel mes ele octubre de 1822 brillaron más que nunca sus virtudes, su paciencia de ángel y su amor de madre; expiró sin soltar una sola queja. Cordero sin mancha, subió al cielo donde sólo echó de menos a la dulce compañera de su vida a la que con sus últimas miradas pareció predecir mil desgracias. Temblaba al tener que dejar aquella oveja blanca como ella, sola en mitad de un inundo egoísta que quería arrancarle su vellocino de oro.

—¡Hija mía! —le dijo antes de cerrar los ojos para siempre—. ¡No hay felicidad más que en el cielo! ¡Algún día te darás cuenta de ello!

Al día siguiente del tránsito, Eugenia halló nuevos motivos para encariñarse con aquella casa en que había nacido, en que tanto había sufrido y en que su madre acababa de morir. No podía ver el sillón y la ventana de la sala sin derramar amargo llanto. Al verse tan afectuosamente cuidada y contemplada por su padre temió haberlo juzgado mal; le ofrecía el brazo para bajar al comedor; la miraba, con ojos casi bondadosos durante horas enteras; en una palabra, la rodeaba de mimos como si fuese de oro. El comportamiento del viejo tonelero resultaba tan insólito, temblaba de tal manera ante su hija, que Nanón y los cruchotistas, testigos de su debilidad, lo atribuyeron a su edad avanzada, y temieron un próximo descenso de sus facultades mentales; pero el día en que la familia se puso de luto, después de la comida ritual, a la que estuvo invitado maese Cruchot, único depositario del secreto de su cliente, el misterio de semejante cambio de conducta quedó cumplidamente aclarado.

—¡Mi querida hija! —dijo a Eugenia en cuanto se levantaron los manteles y se cerraron cuidadosamente las puertas—, como eres la heredera de tu madre, tú y yo tenemos que arreglar algunos asuntillos. ¿No digo bien, Cruchot?

—Así es.

—¿Realmente es indispensable que nos ocupemos hoy de tales cosas?

—Sí, hijita, sí. No puedo continuar en esta incertidumbre. Me figuro que no quieres mortificarme.

—¡Por Dios, padre...!

—Pues, entonces, conviene que lo arreglemos todo esta misma noche. —,.Qué quiere usted que haga? —hijita, no soy yo quien lo sabe. Hable usted Cruchot.

—Señorita. su padre de usted no quisiera dividir, ni vender sus bienes, ni tener que pagar una suma enorme en concepto de derechos por el dinero contante que pueda poseer. Para ello sería necesario poder abstenerse de tomar el inventario de la fortuna que hoy poseen por indiviso usted y su padre...

—Cruchot, ¿está usted completamente seguro de que es así? Quizá no es prudente hablar de este modo en presencia de una niña.

—Déjeme usted decir, Grandet.

—Sí, sí, desde luego; ni usted ni mi hija pretenden desposeerme. ¿Verdad, hija mía?

—Pero dígame, señor Cruchot, ¿qué es lo que tengo que hacer? —preguntó la hija, impacientada por aquel preámbulo.

—Pues mire —dijo el notario—, tendría usted que firmar esa acta por la que renunciaría a la sucesión de su señora madre y dejaría a su padre el usufructo de todos los bienes indivisos, y cuya propiedad le quedaría asegurada...

—No entiendo una palabra de todo eso que me dice —respondió Eugenia—; enséñeme usted el acta y dígame dónde tengo que firmar.

El tío Grandet miraba alternativamente el acta y a su hija, a su hija y el acta, y era tan violenta la emoción que experimentaba que tuvo que enjugar las gotas de sudor que resbalaban por su frente.

—Hijita —dijo—, en vez de firmar esa acta, que va a costar un pico de gastos de registro, yo creo que lo mejor sería, si tú quieres, que firmases una renuncia pura y

simple a la herencia de tu pobre madre, que en gloria esté, y que fiases en mí para lo demás. Yo te asignaría una importante renta de cien francos al mes. Podrías pagar tantas misas como quisieras en sufragio de las personas que te interesas... ¿Eh, qué te parece? ¿Cien francos al mes, en libras?

—Haré lo que usted quiera, padre.

—Señorita —dijo el notario—, me considero en el deber de advertirle que de este modo se despoja usted...

—¡Qué más da, Dios mío! ¿Me importa a mí algo?

—¡Cállate, Cruchot! Lo dicho, dicho queda —exclamó Grandet tomando la mano de su hija y dándole palmaditas con la suya—. Eugenia, tú eres una chica honrada y no te volverás atrás, ¿eh?

—¡Claro que no, padre!

Grandet la besó con efusión y la apretó en sus brazos hasta casi ahogarla.

—Eres un ángel, nena, le das la vida a tu padre y eso que no haces más que devolverle lo que te dio; estamos en paz. Así es como deben tratarse los negocios. La vida es un negocio. ¡Yo te bendigo! Eres una muchacha de todas prendas y que quiere de veras a su papá. Y ahora haz lo que quieras. Hasta mañana, Cruchot —dijo, mirando al notario que aún no había vuelto de su asombro—. Ya cuidará usted de que nos preparen el acta de renuncia en la fiscalía del tribunal.

Al día siguiente, a eso de mediodía, se firmó la declaración en cuya virtud Eugenia se expoliaba a sí misma. El viejo, a pesar de la palabra empeñada, dejó terminar el año sin haber aún dado a su hija ni una sola de las prometidas mensualidades de cien francos. Cuando Eugenia, bromeando, se lo recordó, los colores le subieron a la cara; subió precipitadamente a su gabinete, volvió a bajar y le presentó la tercera parte aproximadamente de las joyas que había recibido de su sobrino.

—Toma, nena —le dijo con un acento impregnado de ironía—, ¿quieres esto en lugar de los mil doscientos francos?

—¡De veras, padre!, ¿me los da usted?

—El año que viene te daré otro tanto —le dijo, echándole en el delantal aquel puñadito de joyas de escaso valor—. De este modo, en poco tiempo, reunirás todos sus dijes y sus botones —añadió frotándose las manos, dichoso de poder especular

sobre el sentimiento de su hija. Con todo, el viejo, no por falta de robustez, sino por previsión, creyó conveniente iniciar a su hija en los secretos del manejo doméstico. Durante dos años consecutivos, en su presencia, Eugenia sacó de la despensa las provisiones para el día y recibió las frutas que traían los colonos. Le enseñó, poco a poco, los nombres y las superficies de sus viñedos, de sus alquerías. A los tres años, la había adaptado tan bien a su avarienta manera de obrar, que su hija hacía las cosas como él y por puro hábito; pudo, pues, confiarle, sin temor, las llaves e instituirla ama de casa.

Pasaron cinco años sin que acontecimiento alguno alterase la monótona existencia de Eugenia y de su padre. Se repetían los mismos actos con la seguridad cronométrica de los movimientos del viejo reloj que los presidía. Para nadie era un secreto la profunda melancolía de la señorita Grandet; pero si muchos pudieron presentir su causa, jamás una palabra de ella vino a corroborar las suposiciones que se hacían sobre el estado de su corazón, comidilla de todo Saumur. Su sola compañía eran los tres Cruchot y algunos de sus amigos que habían logrado introducir insensiblemente en casa de los Grandet. Le habían enseñado a jugar al whist y cada noche comparecían a hacer la consabida partida. Hacia 1822, su padre, que sentía el peso de los años, se vio obligado a iniciarla en los secretos de su fortuna inmobiliaria, recomendándole que, en caso de dificultad, recurriese a Cruchot cuya probidad le era conocida. A fines de aquel año, cuando había ya cumplido los ochenta y dos, el viejo tonelero sufrió un ataque de parálisis que tomó un cariz alarmante. El señor Bergerin le dio por perdido. Al pensar que pronto se iba a encontrar sola en el mundo, Eugenia, instintivamente, se arrimó más a su padre, como si quisiese reforzar aquel último lazo de afecto que le quedaba. Para ella, como para todas las mujeres de corazón, el amor era el compendio del mundo y Carlos estaba lejos. Su abnegación, junto a su padre enfermo, cuyas potencias se oscurecían de día en día, pero cuya avaricia, hecha instinto no menguaba, fue inmensa. Hay que decir también que la muerte de aquel hombre fue pareja a su vida. Desde la mañana, se hacía instalar entre la chimenea de su cuarto y la ventana de su gabinete, sin duda repleto de oro. Allí quedaba sin movimiento; pero sus ojillos miraban con ansiedad a cuantos se acercaban a la puerta forrada de hierro. Mandaba que le informasen del origen de cuantos rumores llegaban a sus oídos, por leves que fuesen y, para pasmo del notario, oía el bostezo del perro que estaba en el patio. Salía de su aparente letargo en. el día y en el momento preciso en que tenía que recibir el precio de algún arriendo, pasar cuentas con sus aparceros o

extender un recibo. Se le veía entonces agitarse en su sillón de ruedas hasta ponerse en frente de la puera del gabinete. Mandaba a su hija que abriese y cuidaba de que su hija, después de cerrar la puerta, amontonase las talegas de dinero con todo orden. Luego, con la llave que le devolvía su hija después de la operación y que metía en el chaleco donde no dejaba de palparla de vez en cuando, regresaba a su puesto. Por su parte, el anciano notario comprendiendo que la rica heredera se casaría necesariamente con su sobrino el presidente, si Carlos no reaparecía, redobló sus atenciones y cuidados. No pasaba día en que fuese a ponerse a las órdenes de Grandet, o se llegase a Froidfond, o diese una ojeada a tal o cual tierra, o se ocupase de la venta de tal o cual cosecha. El era el encargado de convertir todos los ingresos en oro y plata que, metidos en talegas, venían secretamente a reunirse con las otras en el gabinete. Llegaron, al fin, los días de agonía en que el robusto armazón del viejo tonelero luchó con las fuerzas destructoras. Quiso quedarse sentado al amor de la lumbre y bien cerca de la puerta del gabinete. No paraba de enrollarse en las mantas que le echaban encima, y decía a Nanón:

—¡Guarda, guarda eso que no me lo roben!

Cuando lograba abrir los ojos, postrer refugio de su vida, los dirigía infaliblemente hacia la puerta del gabinete en que estaba su tesoro y decía a su hija:

—¿Están ahí? ¿Están todos? —con voz que revelaba una especie de pánico.

—Sí, padre.

—¡Vigila el oro... ! ¡Pon oro aquí delante!

Eugenia colocaba unos cuantos luises sobre una mesa y él se quedaba horas enteras con los ojos prendidos de aquellas monedas, como un niño que, al empezar a ver, contempla, embobado, un solo objeto, y, como el niño, esbozaba penosamente un sonrisa.

—¡Ver el oro me reconforta! —decía aluna vez mientras su rostro adquiría una expresión de beatitud.

Cuando vino el rector de la parroquia a darle los santos sacramentos, sus ojos, que desde unas horas antes parecían muertos, se reanimaron a la vista de la cruz, de los candelabros, de la pila de plata. Miró todos aquellos objetos con fijeza y su lobanillo se estremeció por última vez. En el momento que el sacerdote le aproximó a los labios, para que la besase, la imagen del Crucificado insinuó un terrible ademán para

agarrarlo, y aquel esfuerzo le costó la vida. Llamó a su hija, a la que ya no veía aunque la tenía delante de él, arrodillada, bañando con seis lágrimas la mano ya fría que aprisionaba entre las suyas.

—¡Padre mío! ¡bendígame usted! —le pidió.

—¡Cuida bien de todo! Me rendirás cuentas allá arriba —dijo Grandet, probando con ello que el cristianismo debe ser la religión de los avaros.

Eugenia Grandet se halló sola en aquella casa en que únicamente Nanón era capaz de comprenderla y de quererla. Nanón era una providencia para Eugenia. No fue una criada, sino una humilde amiga. Muerto su padre, Eugenia se enteró, por el notario Cruchot, de que poseía trescientas mil libras de renta en fincas, sitas en el término de Saumur, seis millones en rentas públicas al tres por ciento; más de dos millones en oro y cien mil francos en escudos, eso sin contar los arrendamientos pendientes de pago. El total de la fortuna se elevaba a diecisiete millones.

"¿Dónde estará mi primo?", se preguntó ella.

El día en que maese Cruchot entregó a su cliente el estado de la herencia, Eugenia se quedó sola con Nanón, sentadas una a cada lado de la chimenea de aquella sala tan desierta, en que todo era recuerdo, desde la silla con patines en que se sentaba su madre hasta el vaso en que bebió su primo.

—¡Nanón, estamos solas!

—Sí, señorita, y si yo supiese dónde para ese muchacho, a pie iría a buscarlo.

—Entre los dos está el mar —dijo ella.

Mientras la pobre heredera lloraba así en compañía de la vieja criada, en aquella casa oscura y fría que para ella resumía el universo, desde Nantes hasta Orleáns no se hablaba de otra cosa que de los diecisiete millones de la señorita Grandet. Uno de sus primeros actos fue una donación de mil doscientos francos de renta vitalicia a favor de Nanón que, con los seiscientos francos que ya tenía, se convirtió en un buen partido. En menos de un mes, pasó, por obra y gracia de Antonio Cornoiller, de doncella a señora. Su marido fue nombrado guardián inspector de todas las fincas y propiedades de la señorita Grandet. La señora Cornoiller tuvo sobre sus contemporáneos una ventaja inmensa. Aunque ya había cumplido cincuenta y nueve años, no aparentaba más de cuarenta. Sus abultadas facciones habían resistido el ataque del tiempo. Merced al régimen monástico en que había vivido, ahora desafiaba

la vejez con una salud de hierro. Nunca tal vez estuvo tan bien como el día de su boda. La fealdad se le convertía en escudo; había que verla gruesa, alta, fuerte, con su cara de pascuas. No es de extrañar que más de cuatro personas envidiaran la suerte de Cornoiller.

—Tiene buenos colores —decía el pañero.

—Aún es capaz de tener hijos —exclamaba el salinero—; se ha conservado en salmuera, con perdón sea dicho.

—Tiene buenos patacones; ese tuno dé Cornoiller sabe lo que hace —decía otro vecino.

Al salir del viejo caserón, Nanón, que gozaba de la estima de todo el vecindario, no paró de recibir plácemes y enhorabuenas a lo largo de la calle tortuosa y basta la misma puerta de la parroquia. Como regalo de boda, Eugenia le dio tres docenas de cubiertos. Cornoiller, asombrado de tanta generosidad, hablaba de su dueña con lágrimas en los ojos; por ella se dejaría hacer picadillo. La señora Cornoiller estuvo tan contenta de verse convertida en mujer de confianza de Eugenia como de tener marido. Por fin gozaba de la dicha de poder abrir y cerrar la despensa a su albedrío, de manejar sin restricción las provisiones. Tuvo, además, dos criados a sus órdenes, una cocinera y una doncella que estaba encargada de zurcir la ropa blanca de la casa y de confeccionar vestidos para la señorita. Cornoiller se vio investido de las funciones de administrador, además de las de guardián. Inútil decir que la cocinera y la doncella que Nanón había elegido eran dos verdaderas perlas. De este modo, la señorita Grandet se halló rodeada por cuatro servidores de una fidelidad sin límites. Los colonos no advirtieron, pues, ningún cambio después de la muerte del tonelero, cuyas normas administrativas estaban sólidamente establecidas y que el matrimonio Cornoiller observaba con escrupuloso cuidado.

Eugenia tenía treinta años e ignoraba todas las dichas de la existencia. Su pálida infancia se había deslizado junto a una madre, que vejada por su marido, no hizo más que sufrir. Al despedirse gozosa del mundo, la pobre madre se compadeció de su hija que quedaba en él y no le legó más que leves remordimientos y eternos pesares. El primero y único amor de Eugenia aparecía a la moribunda como una fuente de melancolía. Sólo había entrevisto a su enamorado durante unos días; le había entregado su corazón entre dos besos furtivamente recibidos y devueltos; después se había marchado, poniendo un continente de por medio. Aquel amor, maldecido por su

padre, y que casi había costado la vida de su madre, no le causaba más que grandes dolores entreverados de tenues esperanzas. De manera que hasta aquel momento, la pobre muchacha no había hecho más que abalanzarse hacia la felicidad, perdiendo fuerzas que no recuperaba nunca. En la vida moral, como en la física, existen movimientos de aspiración y de expiración: cada alma necesita absorber los sentimientos de otra, para asimilarlos y devolvérselos enriquecidos. Sin este hermoso fenómeno de trueque, no hay corazón que viva; le falta aire, sufre y perece. Eugenia empezaba a sufrir. La fortuna no le era ni poder ni consuelo; sólo la religión, el amor, la fe en el porvenir podían darle aliento. El amor le explicaba la eternidad. Su corazón, y el Evangelio le señalaban los dos mundos que tenía que alcanzar. Día y noche se sumía en dos pensamientos infinitos que para ella quizá no formaban más que uno. Se concentraba en sí misma llena de amor y creyéndose amada. En aquellos siete años la pasión se había enseñoreado de todo su ser. Sus tesoros no eran los millones y sus rentas que seguían acumulándose, sino el cofrecillo de Carlos, los dos retratos colgados sobre la cabecera de su cama, las joyas que había rescatado a su padre, orgullosamente colocadas sobre un fondo de terciopelo en un cajón del armario; el dedal de su tía, que había usado su madre y que ella se ponía todos los días, religiosamente, para trabajar en un bordado, labor de Penélope, que sólo continuaba para poder ponerse en el dedo aquella capsulita de oro llena de recuerdos. No era creíble que la señorita Grandet quisiese casarse de luto. Todos conocían la sinceridad de su fe. Por eso, la familia Cruchot, que seguía la prudente política que le dictaba el cura, se contentó con extremar los cuidados y las atenciones en torno a la heredera. Todas las noches se llenaba la casa de una sociedad integrada por los más acérrimos cruchotistas de la ciudad, que le hacían la corte, rivalizaban en cantar las alabanzas de Eugenia en todos los tonos. Reuníanse allí el médico de cámara, su gran limosnero, su chambelán, su primera dama de honor, su primer ministro, su canciller, sobre todo su canciller, que tenía la pretensión de no perdonar ripio. Si a la rica heredera se le hubiese antojado tener un paje para llevarle la cola, también se le hubiera encontrado. Era una reina y no la hubo más halagada. La adulación no es nunca obra de las almas grandes, sino tarea de los espíritus mezquinos que aún se encogen para poder entrar en la esfera vital de la persona en cuyo torno gravitan. Por eso todas las personas que se reunían cada noche en la sala de la señorita Grandet, a la que no dejaban de llamar señorita de Fraidfond, llagaban sin dificultad a abrumarla de elogios. Eugenia, al escuchar por primera vez aquel concierto, se ruborizó; pero, después, insensiblemente se acostumbró de tal modo a oírse celebrar por bonita, que

si algún incauto la hubiese juzgado fea, el reproche la habría herido mucho más entonces que ocho años antes. Acabó por tomar gusto a aquellas lisonjas que luego, secretamente, ponía a los pies de su ídolo. Gradualmente se habituó a dejarse tratar como una soberana y a pasar revista a su corte todas las noches. El señor de Bonfons era el héroe de aquella modesta tertulia, en que no se paraba de celebrar su inteligencia, su persona, su amabilidad, su instrucción o su cortesía. Este cuidaba de observar que su fortuna había crecido mucho en los últimos siete años, aquél calculaba, en voz alta, que Bonfons daba por lo menos diez mil francos de renta; el de más allá notaba que dicha finca, de los Cruchot, se hallaba enclavada en los vastos dominios de la heredera.

—¡Sepa usted, señorita —decía un cortesano—, que los Cruchot reúnen nada menos que cuarenta mil libras de renta!

—Eso sin hablar de sus economías —agregaba una vieja cruchotista, la señorita Gribeaucourt—. Un señor de París vino recientemente para ofrecer al señor Cruchot doscientos mil francos por su notaría. Y la venderá si consigue que le nombren juez de paz.

—Quiere suceder al señor de Bonfons en la presidencia del tribunal y procura colocarse en condiciones —dijo la señora de Orsonval—; porque al señor presidente lo nombrarán consejero y después presidente de tribunal; le sobran medios para conseguirlo.

—¡Ah, sí, no se puede negar que es un hombre de valer! —decía otro—. ¿No le parece a usted, señorita?

El señor presidente había hecho lo posible por ponerse en consonancia con el papel que quería desempeñar. A pesar de sus cuarenta años cumplidos, de su rostro moreno y antipático, marcado, por añadidura, con el estigma de todas las fisonomías judiciales, se vestía como un joven, manejaba con soltura su bastón de junco y se abstenía de tomar rapé, por lo menos en presencia de la señorita de Froidfond. Comparecía siempre con una corbata blanca y con una camisa cuya recia chorrera le daba un aspecto de pavo. Hablaba familiarmente a la bella heredera y le decía: "Nuestra querida Eugenia", sustituyendo la lotería por el whist, que era el juego de moda; suprimiendo las figuras del señor y de la señora Grandet, la reunión de antes no era muy distinta de la de ahora. La jauría seguía agitándose en torno a Eugenia y a sus millones; sólo que ahora la jauría era más numerosa, ladraba mejor y acosaba su presa

con mayor ahínco. Si Carlos hubiese regresado de las Indias, habría encontrado los mismos personajes y los mismos intereses. La señora Grassins, con la que Eugenia se mostraba bondadosísima, seguía mortificando a los Cruchot. Pero ahora como entonces, era la figura de Eugenia la que dominaba el retablo, y Carlos, si reapareciese, volvería también a atraer todas las miradas. No obstante, había un progreso. El ramo que el presidente regalaba a Eugenia sólo el día de su cumpleaños, ahora se había hecho periódico. Todas las noches ofrecía a la heredera un magnífico mazo de flores que la señora Cornoiller colocaba ostentosamente en un jarro, para tirarlo secretamente en un rincón del patio, así se habían retirado las visitas. A comienzos de la primavera, la señora de Grassins probó de amargar la dica de los cruchotistas hablando a Eugenia del marqués de Froidfond, cuyo patrimonio arruinado podía restaurarse si la heredera se avenía a devolverle sus tierras mediante una boda. La señora de Grassins se llenaba la boca de alusiones al rango de par, al título de marquesa e interpretando, a su modo, la sonrisa desdeñosa de Eugenia, iba por la ciudad diciendo que el casamiento del presidente Cruchot estaba mucho menos maduro de lo que se decía.

—Aunque el señor de Froidfond tenga cincuenta años, la verdad es que no parece más viejo que el señor Cruchot; es viudo y con hijos, no se puede negar; pero con él Eugenia sería marquesa y par de Francia. Díganme ustedes si en estos tiempos abundan partidos de esta categoría. Sé de muy buena tinta que el tío Grandet, cuando juntó todas sus fincas a la tierra de Froidfond, tenía el propósito de entroncar con esa gran familia. Me lo dijo a mí misma más de una vez. El viejo tenía muchas conchas.

—¡Es posible, Nanón —dijo Eugenia uno noche al meterse en cama—; es posible que no me haya escrito una sola vez en siete años. . . !

Mientras tales cosas ocurrían en Saumur, Carlos hacía fortuna en las Indias. Empezó por vender muy bien su pacotilla. Hallóse en seguida con un capital de seis mil dólares. Atravesar la línea ecuatorial le libró de no pocos prejuicios; pronto se dio cuenta que en los países tropicales, como en Europa, lo que más daba era la compra venta de hombres. Fue, pues, a las costas de África y se dedicó a la trata de negros; combinó el comercio de las personas con el de mercancías más fáciles de colocar en los diversos mercados a que le conducían sus intereses. Los negocios le absorbían de tal modo que no le quedaba tiempo para nada más. Le dominaba el deseo de reaparecer en París entre los esplendores de una brillante fortuna y de ocupar una posición aún más elevada que la que había tenido.

A fuerza de tratar con gentes de toda calaña en los países más diversos, tornóse escéptico. No tuvo ya criterio fijo para distinguir lo justo de lo injusto, harto de ver que en un sitio se tenía por crimen lo que en otro era celebrado como virtud. El perpetuo contacto con los intereses, le enfrió el corazón. La sangre de los Grandet no desmintió sus tendencias y Carlos fue un hombre duro y codicioso. Vendió chinos, negros, nidos de golondrinas, niños, artistas; practicó la usura en gran escala. La costumbre de estafar los derechos de la aduana, le llevó a respetar menos los del hombre. Hacía viajes a Santo Tomás para comprar a precio vil las mercancías robadas por los piratas y las transportaba a las plazas en que escaseaban. La pura y roble figura de Eugenia le acompañó en su primera travesía, como la imagen de la Virgen acompaña a los marinos españoles a bordo de sus bajeles; a ella, a su mágica influencia, a la eficacia de las oraciones y de los votos atribuyó sus primeros éxitos. Mas pronto, las negras, las mulatas, las blancas, las javanesas, las egipcias, a través de una serie de orgías y aventuras de todos los colores, borraron enteramente el recuerdo de su prima, el de Saumur, el de la casa, el del banco de madera, el del beso en el corredor. Sólo recordaba el jardincillo rodeado de muros, porque era en él donde había empezado su azaroso destino; pero renegaba de su familia; su tío no era más que un viejo bandido que le había escamoteado las joyas.

Eugenia no entraba en su corazón ni en sus pensamientos; sólo ocupaba una línea en su contabilidad como acreedora de, seis mil francos. Esta conducta y las ideas que inspiraban, explican el silencio de Carlos Grandet. En las Indias, en Santo Tomás, en la costa de África, en Lisboa, en los Estados Unidos, para no comprometer su nombre, usaba el de Sheperd. Carl Sheperd podía dar rienda suelta a sus ambiciones, ir y venir, audaz e infatigable, resuelto a hacer fortuna como fuese, con tal de que fuese de prisa; era el hombre que está impaciente por sacar partido de la infamia para poder presentarse como hombre honrado el resto de sus días. Y el sistema se mostró eficaz; en poco tiempo se hizo rico. En 1827 regresaba ya a Burdeos a bordo del lindo bergantín María—Carolina, propiedad de una casa comercial monárquica. Poseía un millón novecientos mil francos, en tres toneles de oro en polvo, de los cuales contaba obtener en París, al convertirlos en moneda, un siete o un ocho por ciento.

En el mismo barco viajaba un gentilhombre de cámara de Su Majestad el rey Carlos X, llamado de Aubrion, anciano que había cometido la locura de casarse con una mujer elegante y que tenía toda la fortuna en las Antillas. Para restaurar sus arcas saqueadas por los derroches de la señora de Aubrion, el pobre viejo había ido allende

los mares a venderse las fincas. Los señores de Aubrion, de la casa de Aubrion de Buch, cuyo último capital murió antes de 1789, se hallaban reducidos a vivir de una renta de unas veinte mil libras y tenían una hija bastante feílla que pretendían casar sin dote. Empresa difícil, de éxito problemático, a juicio de la gente de mundo, a pesar de la habilidad que en tales negocios suelen desplegar las mujeres de moda. Y hay que confesar que la propia señora de Aubrion, que era del gremio, casi desesperaba de salirse con la suya casando a su hija con algún hombre acomodado, por muy sediento de nobleza que estuviese. La señorita de Aubrion era alta, delgada y estrecha, con una boca desdeñosa y sin gracia, sobre la que echaba sombra una nariz luenga, de punta gruesa amarillenta en su estado normal; pero completamente roja después de las comidas, y este fenómeno vegetal resultaba más desagradable en medio de aquel rostro pálido y aburrido que en cualquier otro. En una palabra, era tal y como podía desearla una madre de treinta y ocho años que todavía está de buen ver. Para contrarrestar tantos desastres, la marquesa de Aubrion había dado a su hija un aire muy distinguido, le había enseñado el arte de vestirse con gusto y el de lanzar esas miradas melancólicas que interesan a los hombres, obligándoles a pensar que al fin han dado con el ángel que buscaban en vano; le había instruido en la maniobra de adelantar el pie con tino para que se admirase su pequeñez, en el preciso momento en que la nariz le daba por encenderse; en fin, había sacado de su hija todo el partido posible.

Por medio de unas mangas anchas, de unos corpiños falaces, de unos vestidos rozagantes y cuidadosamente adornados, había obtenido tales productos femeninos que hubiera debido exponerlos en un museo para ejemplo e ilustración de madres. Carlos intimó con la señora de Aubrion que precisamente no deseaba otra cosa que intimar con él. Malas lenguas van hasta afirmar que durante la travesía, la bella marquesa no perdonó medio de captar la voluntad de un yerno tan rico. Lo cierto es que, en junio de 1827, los señores de Aubrion, su hija y Carlos se hospedaron en la misma hostería y salieron juntos para París. El palacio de Aubrion estaba acribillado de hipotecas y era Carlos quien tenía que redimirlas. La madre había hablado ya de lo que le gustaría ceder la planta baja a su yerno y a su hija. Como la marquesa no participaba de los rancios perjuicios del marqués sobre la nobleza, había prometido a Carlos Grandet que obtendría, del buen rey Carlos X, una ordenanza que le autorizaría a llevar el nombre de Aubrion, usar los blasones correspondientes e incluso a heredar el marquesado mediante la constitución de un mayorazgo de treinta y seis mil libras

de renta. Si reunían las dos fortunas, vivían en buena armonía y se procuraban algunas sinecuras, alcanzarían una renta de más de cien mil libras.

—Y cuando se tienen cien mil libras de renta, un nombre, una familia, entrada en la corte (porque conseguiré que le nombren gentilhombre de cámara), uno llega a donde quiere —le decía a Carlos—. Dependerá sólo de usted el ser magistrado del Consejo de Estado, prefecto, secretario de embajada o embajador. Carlos X quiere mucho a Aubrion; se conocen desde la infancia.

Embriagado de ambición por aquella mujer que supo hablarle con simpatía durante el viaje, como si abriese el corazón a un amigo de toda la vida. Carlos no cesó de soñar en un porvenir de triunfos. Creía que tu tío había arreglado los asuntos de su padre y ya se imaginaba echando el ancla en el Faubourg Saint—Germain, en el que entonces quería entrar todo el mundo, y a la sombra de la nariz azulosa de la señorita Matilde, cubierto con el título de conde de Aubrion, causar la misma sensación que los Dreux cuando comparecieron en Bréze. Deslumbrado por la prosperidad de la Restauración, que cuando él se fue aparentaba flaqueza, sorprendido por el auge de las ideas aristocráticas, la embriaguez que sintió en el barco no sólo no se disipó sino que aumentó al encontrarse en París. Resolvió hacer todo lo imaginable por izarse a la encumbrada posición que su listísima suegra le había descrito. No hay que decir que su prima no era más que un punto en el espacio de aquella brillante perspectiva.

Volvió a ver a Anita. Mujer de mundo, ésta le aconsejó vivamente que contrajese el matrimonio que se le brindaba, y le prometió su ayuda en todas 'sus empresas ambiciosas. ¿Qué más quería Anita que' casar a Carlos con una muchacha fea y aburrida? El mozo había regresado de las Indias más seductor que nunca, su tez había cobrado color, sus modales eran resueltos y atrevidos como los de un hombre acostumbrado a mandar a dominar y a salir adelante.

Cuando Carlos se dio cuenta de que podía desempeñar un papel, respiró a pleno pulmón el aire de París. Grassins, enterado de su regreso, de su fortuna y de su próxima boda, fue a encontrarlo para hablarle de la suma de trescientos mil francos que bastaría para saldar las deudas de su padre. Encontró a Carlos de conferencia con el joyero a quien había encargado el aderezo para la señorita de Aubrion y que le estaba enseñando los diseños. Sin contar el valor de los magníficos brillantes que Carlos había traído de las Indias, las monturas, las joyas de menor cuantía, la platería de la nueva casa, alcanzaban el precio de doscientos mil francos. Recibió Carlos a

Grassins, al que empezó por no reconocerlo, con la impertinencia del petimetre que en las Indias había matado a cuatro hombres en desafío. Era, además, la tercera vez que el señor de Grassins . llamaba a la puerta. Carlos le escuchaba fríamente. Al fin, sin acabar de enterarse, le contestó:

—Los asuntos de mi padre no son los míos. Le agradezco a usted, caballero, el interés que se ha tomado y que me resulta del todo inútil. No he reunido un par de millones, con el sudor de mi frente, para venir a regalárselos a los acreedores de mi padre.

—¿Y si dentro de pocos días se encontraba usted con que el tribunal declaraba en quiebra a su padre?

—Caballero, dentro de pocos días me llamaré conde de Aubrion. La cosa, pues, me tendrá perfectamente sin cuidado. Además usted debe saber mejor que yo que cuando un hombre tiene cien mil libras de renta, su padre no ha podido en modo alguno haber quebrado —agregó, empujando amablemente al señor de Grassins hacia la puerta.

A principios de agosto de aquel mismo año. Eugenia estaba sentada en el banquito de madera en que su primo le había jurado un amor eterno y al que venía a desayunarse cuando hacía buen tiempo. Entreteníase la pobre muchacha en repasar, bajo el cielo luminoso de una mañana fresca y alegre como ninguna, los acontecimientos grandes y pequeños de su amor y las catástrofes que le habían seguido. Daba el sol en el lindo lienzo de pared tan agrietado que amenazaba ruina; Cornoiller repetía a menudo que algún día se desplomaría sobre alguien; pero la soñadora muchacha le tenía prohibido que lo tocase. En aquel momento llamó el cartero v entregó una carta a la señora y Cornoiller que compareció gritando en el jardín.

—¡Señorita, una carta!

Se la dio a su dueña, diciendo:

—¿Es la que usted espera? Aquellas palabras resonaron tan violentamente en el corazón de Eugenia, que de veras hicieron vibrar los muros del jardín y del patio.

—¡París...! Es de él. Ha vuelto. Palideció Eugenia y quedóse con la carta en la mano durante unos segundos. Estaba demasiado emocionada para poder rasgar el sobre y leerla.

Nanón se quedó ante ella, puesta en jarras, y la alegría parecía salir como una humareda por los poros de su rostro moreno y lleno de arrugas. ¡Léala usted señorita!

—¡Ah, Nanón!, ¿por qué habrá vuelto por París, si se fue por Saumur?

—Lea usted y lo sabrá. Temblando Eugenia abrió la carta. Cayo al suelo una letra contra la casa *Señora Grassins y Corret,* de Saumur. Nanón la recogió.

"Mi querida prima"...

"Ya no soy Eugenia", pensó ella y se le encogió el corazón. *"Usted..."*

"¡Me trataba de tú!"

Leyó la carta que seguía así:

Mi querida prima:

"Supongo que se enterará con gusto del éxito de mis empresas. Su ayuda irte ha dado suerte; vuelvo rico, con lo que he seguido los consejos de ni¡ tío, cuya muerte y la de ti¡¡ tía nie acaban de ser comunicadas por el señor de Grassins. Por ley natural, los padres tienen que morir antes que los hijos y a nosotros nos toca sucederlos. Espero que se Iza consolado usted de tales pérdidas. Nada resiste a la acción del tiempo, desgraciadamente para mí ha pasado)'a la edad de las ilusiones. Viajando bajo tantos cielos, ¿qué se va a hacer sitio reflexionar sobre lo que es la vida? Ale fui que izo era nias que un chiquillo; regreso hecho un hombre. Pienso en muchas cosas que antes ?ti *siquiera Prie pasaban por la cabeza. Usted está libre. querida prima, y yo también lo estoy todavía; nada hay, aparentemente, que se oponga a nuestros inocentes proyectos. Pero tengo un carácter demasiado franco, para callarle a usted la situación de mis asuntos. No he olvidado que no me pertenezco; .siempre,* ti *lo largo de mis interminables travesías he recordado el banquito de madera.. ."*

Eugenia se levantó como si hubiese estado sobre ascuas y fue a sentarse sobre un escalón del patio.

"...del *banquito de madera en que nos jurarnos arriarnos eternamente; del corredor, de la sala gris, de ni¡ buhardilla; y de la Pinche en que, llevado por su delicadeza, aumentó mis escasos* miedos *para acometer la nueva vida. Sí, estos recuerdos nos han dado ánimos, y ¡pie he dicho que usted debería de pensar en iní conio yo pensaba en usted, a la hora que habíamos convenido. ¿Miró usted las nubes*

a las nueve? Estoy seguro de que sí, No quiero hacer traición a una amistad que tengo por sagrada; no debo engañarla a usted. Se trate:, en este momento, de una boda que satisface todas las ideas que Pite he formado de lo que debe ser la unión de un hombre y una mujer. El amor dentro del matrimonio es tina quimera. Me he convencido de que uno debe obedecer a todas las leyes sociales y amoldarse a todas las convenciones que imperan en esta clase de asuntos. Por lo pronto, entre usted y yo existe un diferencia de edad que tal vez influirá más sobre su destino que sobre el inío. No quisiera hablarle ni de sus costumbres, ni de su educación, ni de sus inclinaciones tapi poco en consonancia con la vida de París y que podían ser un impedimento para ulteriores proyectos. Pienso tener tinta gran casa, recibir :nacho gente, y irte parece recordar que a usted le agradaba tina vida retirada y apacible. Quiero llevar más allá ni¡ franqueza y que sea usted el verdadero centro de mi situación; tiente derecho a conocerla para poder juzgarla. Poseo actualmente ochenta mil libras de renta. Esta fortuna que permite entrar en tu familia de Aubrion cuya heredera, jovencita de 19 años, la señorita de Aubrion, que trae en dote su nombre, su título, el cargo de gentilhombre de cámara de Su Majestad, y una ,posición de las más brillantes que pude soñar. Le confesaré a usted, querida prima, que la señorita de Aubrion no me inspira cariño alguno; pero, casándome con ella, aseguro a mis hijos una situación social que, con el tiempo, les residirá ventaja; si las ideas monárquicas ganan terreno de día en día. De modo que, dentro de algunos años, Mi hijo, ya marqués de Aubrion, con un mayorazgo de cuarenta mil libras de renta, podrá aspirar a cualquier cargo por alto que sea. Nos debemos a nuestros hijos. Ya ve usted, prima, con qué buena fe le estoy exponiendo a usted el estado de mi corazón, de mis esperanzas y de mi fortuna. *Es posible también, que, después de siete años, de ausencia, se haya olvidado usted de nuestras niñadas; de mí sé decirle que no he olvidado su indulgencia ni sus palabras; las recuerdo todas hasta las pronunciadas con más ligereza y a las cuales un joven menos escrupuloso y menos probo que yo no concedería la menor importancia. Al decirle a usted que, sólo pienso en contraer matrimonio de conveniencia y que recuerdo aún nuestros amoríos de niños, ¿no me someto a su opinión y la convierto a usted en árbitro de mi suerte? Le aseguro a usted que si tuviese gire renunciar a mis ambiciones sociales, Pite con-tentaría de buena gana, con la pura y sencilla felicitación de la que me ha ofrecido usted tantas y tan conmovedoras imágenes..."*

—¡Tan ta ta. Tan ta ti! ¡Tan ta ta. Tun. Tun ta ti. Tin ta ta...! —cantó CarlosGrandet con la música del aria Non piu andrai, y firmó:

"Su afectísimo primo, CARLOS." "¡Rayos y truenos!, no se dirá que no hago las cosas con finura", se dijo.

Después había ido a buscar el giro y había añadido estos renglones:

"P. *S. —Adjunto un giro sobre ,, la casa Grassins, de ocho mil francos, a su orden y pagadero en oro; son el capital y los intereses de la sorna que usted tuvo la bondad de prestarme. Espero que me llegue de Burdeos una caja en que hay varios objetos que va usted a permitir que le regale en prenda de mi eterno agradecimiento. Puede usted inondar por la diligencia mi necessaire al palacio Aubrion, calle Hillerin-Bertin."*

—¡Por la diligencia! —exclamó Eugenia—. ¡Una cosa por la que yo hubiese dado mi vida!

Espantoso y completo desastre. El barco se iba a pique, sin dejar ni una mala cuerda, ni una tabla, sobre el vasto mar de las esperanzas. Mujeres hay que, al verse abandonadas van a arrancar a su amante de los brazos de su rival, le matan y huyen al otro extremo del mundo, para acabar en la tumba o en el patíbulo. Lo cual es bello sin duda; el móvil de semejante crimen es una pasión que impresiona a la justicia humana. Otras mujeres agachan la cabeza y sufren en silencio; dolientes y resignadas, derramando lágrimas y perdones, rumiando oraciones y recuerdos llegan a su último suspiro. Este es el gran amor, el amor verdadero, el amor de los ángeles que viven orgulloso de su dolor y que por él muere. Y éste fue el sentimiento de Eugenia después de haber leído la horrible carta. Elevó al cielo su mirada, mientras recordaba las últimas palabras de su madre, que, como otras moribundas, antes de cerrar los ojos, había entrevisto el porvenir con extraña lucidez; luego, recordando aquella muerte y aquella visión profética, Eugenia abarcó, con un solo vistazo, todo su destino. No le quedaba más que desplegar las alas, dirigirse al cielo y vivir rezando hasta el día de su liberación.

—Mi madre tenía razón —dijo entre lágrimas—. Sufrir y morir. Desde el jardín, lentamente, fue hasta la sala. Contra su costumbre aquella vez no pasó ya por el corredor; pero no dejó por eso de encontrar el recuerdo de su primo en aquel viejo salón gris, sobre cuya chimenea se veía aún cierto platito que Eugenia seguía utilizando todas las mañanas para el desayuno. Así como un azucarero de vieja porcelana de

Sévres. Aquella mañana debía ser solemne y llena de acontecimientos. Nanón le anunció la visita del rector de la parroquia. Era un sacerdote pariente de los Cruchot que, naturalmente, favorecía los intereses del presidente de Bonfons.

Hacía pocos días que el viejo padre Cruchot le había inducido a hablar a la señorita Grandet, desde un punto de vista puramente religioso, claro está, de la obligación en que se hallaba de contraer matrimonio. Al ver a su pastor, Eugenia creyó que venía a recoger los mil francos que le entregaba cada mes para socorrer a los pobres, y dijo a Nanón que fuera a buscárselos; pero el sacerdote se puso a sonreír.

—Hoy vengo a hablarle a usted de una pobre muchacha que inspira a todo Saumur el más vivo interés, y que, por falta de caridad, para consigo misma, no vive cristianamente.

—¡Dios mío, qué coincidencia, señor cura! Me coge usted en un momento en que estoy tan preocupada de mí que me sería imposible pensar en el prójimo. Me siento desgraciada y no tengo más refugio que la iglesia; su seno es lo bastante generoso para contener todos nuestros dolores y sus sentimientos lo bastante fecundos para que no lleguemos a agotarlos con nuestra sed de consuelo.

—Tranquilícese usted, señorita; al ocuparnos de esa muchacha no haremos más que ocuparnos de usted. Escúcheme: si quiere usted salvarse no tiene más que dos caminos: o abandonar el mundo o someterse a sus leyes; obedecer a su destino terrestre o a su destino celeste.

—¡Bendito sea Dios! Viene usted a hablarme en el preciso momento en que yo necesitaba consejo. Sí, sí; voy a despedirme del mundo y ponerme a vivir en el silencio y en el retiro.

—Mucho debe usted reflexionar antes de tomar esta violenta resolución. El matrimonio es una vida; el claustro es una muerte.

—Pues, ¡la muerte, la muerte y cuanto antes mejor, señor cura! —exclamó ella con una viveza alarmante.

—¿La muerte? Tiene usted grandes obligaciones que cumplir respecto a la sociedad,, señorita. ¿No es usted la madre de los pobres que les surte de vestidos, les procura leña en invierno y trabajo en verano? Su gran fortuna es como un préstamo que se tiene que devolver y usted así lo ha comprendido. En su caso, enterrarse en un convento sería un acto de egoísmo, y no debe tampoco quedarse soltera. ¿Cómo va

usted sola a gobernar su inmenso patrimonio? Quizá acabaría por perderlo. Sin darse cuenta se hallaría enzarzada en mil pleitos y en mil dificultades. Crea usted a su pastor; necesita usted un marido que la ayude a conservar lo que Dios le ha dado. Le hablo a usted como a una oveja predilecta. Ama usted a Dios con demasiada sinceridad para que no pueda lograr su salvación en este mundo del que es usted uno de los más delicados adornos y al que da usted. tan santos ejemplos.

En aquel momento se hizo anunciar la señora Grassins. Venía impulsada por un deseo de venganza y por una gran desesperación.

—¡Señorita...! —dijo ella—. ¡Ah, perdone, señor cura...! Venía a hablar de negocios y veo que están ustedes de conferencia.

—Señora —dijo el cura—, le dejo a usted el campo libre.

—¡Oh, señor cura! —dijo Eugenia—. Vuelva usted dentro de un rato; necesito de su apoyo y de sus consejos.

—¡Sí, hija mía, sí! —dijo la señora de Grassins.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntaron a la vez la señorita Grandet y el rector.

—Me acabo de enterar de la vuelta de su primo y de su boda con la señorita de Aubrion. Una mujer lista no necesita más para estar al cabo de la calle.

Eugenia se ruborizó y se quedó muda; pero resolvió adoptar el continente apacible que había sabido adoptar su padre.

—Pues, señora —replicó con ironía—, yo debo de ser tonta porque confieso que no entiendo ni jota. Explique, explique usted delante del señor cura; usted ya sabe que es mi director.

—Aquí tiene usted, señorita, lo que Grassins me escribe. Lea usted. Eugenia leyó la carta siguiente: *"Querida esposa:*

"Carlos Grandet ha llegado de las Indias y está en París desde hace un mes..."

"¡Un mes!", se dijo Eugenia, dejando caer la mano. Después de una pausa, prosiguió la lectura.

..."He *tenido que hacer dos veces antesala antes de poder entrevistarme con ese futuro conde de Aubrion. Aunque todo París habla de su boda, están ya promulgadas todas las amonestaciones..."*

"¿De modo que me ha escrito en el momento que...?", se dijo Eugenia.

No terminó la frase como la habría terminado una parisiense, no exclamó: "¡El sinvergüenza¡" Pero no por quedar inexpresado su desprecio fue menos completo.

"...Este matrimonio aún no está hecho; el marqués de Aubrion no dará a su hija al hijo de un quebrado. Fui a comunicarle el afán con que su tío y yo habíamos trabajado para arreglar las asuntos de su padre y mediante qué hábiles maniobras habíamos conseguido mantener quietos a los acreedores hasta la fecha. Pues, ¿no ha tenido, ese mequetrefe, el desahogo de contestarme a mí, que durante cinco años no he parado de consagrarme a la defensa de su honor y de sus intereses, que los negocios de su padre no eran sus negocios? *Un liquidador jurado podría reclamarle en justicia treinta o cuarenta mil francos de honorarios, el tino por ciento sobre la suma de los créditos. ¡Paciencia! Se deben legítimamente un millón doscientos m*il *francos a los acreedores y yo voy a* proponerte, *sin más rodeos, la declaración de quiebra de su padre. Ale metí en este asunto confiando en la palabra del viejo tiburón de Grandet, solté promesas en nombre de la familia. Si al señor conde ele Aubrion su honor le importa poco, el mío, le importa mucho, De modo que voy a explicar mi posición a los acreedores. No obstante, respeto demasiado* ti *la señorita Eugenia, que en tiempos mejores pensarnos en tener por nuera. para obrar sin que le !rayas hablado antes de este asunto..."*

Al llegar a este punto, Eugenia devolvió fríamente la carta sin acabarla de leer.

—Muchas gracias —dijo a la señora de Grassins—; *ya veremos...*

—En este momento, tiene usted la mismísima voz que su padre —observó la señora de Grassins.

—Señora, nos debe usted ocho mil francos en oro —le dijo Nanón.

—Es verdad; hágame el favor de venir conmigo, señora Cornoiller.

—Señor cura —dijo Eugenia,, con la noble sangre fría que le inspiró la idea que iba a expresar—; ¿sería pecado que permaneciese virgen dentro del matrimonio?

—Es éste un caso de conciencia cuya solución desconozco. Si quiere usted saber lo que opina sobre tal punto el célebre Sánchez en su *Suma de manicomio* se lo diré a usted mañana.

El cura se retiró. Subió Eugenia al gabinete de su padre en el que pasó todo el día, negándose a bajar para la comida a pesar de los ruegos de Nanón. No apareció en la sala hasta la noche cuando llegaron los co,)tertulios habituales. Nunca se reunió tanta gente como aquella velada en el salón de los Grandet. La noticia de la vuelta de Carlos V de su estúpida traición se había difundido por todos los ámbitos de la ciudad. Pero por más que aguzaron ovos y oídos, la curiosidad de los invitados no quedó satisfecha. Eugenia, que estaba preparada, no dejó que apareciese en su rostro ninguna de las crueles emociones que la agitaban. Supo contestar con cara risueña a los que querían manifestarle su simpatía mediante sus miradas o frases melancólicas. Cubrió bajo los velos de la cortesía su inmensa desgracia. Cuando a eso de las nueve terminaron las partidas y los jugadores se separaban de las mesas, se liquidaban las apuestas, se discutían las últimas jugadas y se iniciaban las despedidas, se produjo un hecho sensacional que repercutió en todo Saumur, en su término municipal y en las cuatro prefecturas limítrofes.

—Tenga la bondad de quedarse, señor presidente —dijo Eugenia al señor de Bonfons viéndole recoger su bastón.

Al escuchar aquellas palabras no hubo en aquella ocurrencia una sola persona que no se estremeciese. El presidente palideció y tuvo que sentarse.

—El presidente se alza con el santo y la limosna ———dijo la señorita de Gribeuacourt.

—Está más claro que el agua, el presidente de Bonfons se casa con la señorita Grandet —exclamó la señora de Arsonval.

—La mejor jugada de la noche —murmuró el cura.

—Un buen *sheleern* —dijo el notario.

Cada cual soltó su frase o su chiste; todos veían a la heredera encima del pedestal de sus millones. El drama que se había iniciado hacía ocho años llegaba a su desern1ace. Invitar a quedarse al presidente, ante la nata y flor de Saumur, ¿no equivalía a anunciar que quería otorgarle su mano? En las. ciudades pequeñas, las convenciones tienen tanta fuerza que una infracción de semejante naturaleza representa una promesa solemne.

—Señor presidente —1e dijo Eugenia, con voz conmovida, en cuanto se quedaron solos—, sé qué es lo que le agrada en mí. Júreme que me dejará libre durante toda la

vida, que no me reclamará ninguno de los derechos que el matrimonio normal le otorgaría, y no tendré inconveniente en ser su esposa. ¡Oh —continuó al ver que el presidente se ponía de rodillas— aún no he acabado! No debo engañarle a usted caballero. Llevo en el alma un sentimiento inextinguible. De modo que a m¡ esposo no puedo ofrecerle más que una leal amistad; no quiero ofenderlo ni quiero tampoco rebelarme contra las leyes de mi corazón. Ni m¡ ruano ni m¡ fortuna serán de usted sin que antes me haya prestado un inmenso servicio.

—Estoy dispuestos a todo —dijo el presidente.

—Pues bien, señor presidente: aquí tiene usted un millón quinientos mil francos —dijo extrayendo de su pecho un resguardo de cien acciones del Banco de Francia—; salga usted para París, no mañana, ni siquiera esta noche, sino ahora mismo. Preséntese en casa del señor de Grassins, obtenga de él los nombres de todos los acreedores de mi tío, convóquelos, pague todo cuanto deba su herencia, capital e intereses al cinco por ciento desde la fecha de la deuda hasta el reembolso; en una palabra, ocúpese de obtener un finiquito general en debida forma. Usted es magistrado y a usted y sólo a usted me confío en este asunto. Es usted un hombre leal v un caballero; tengo su palabra de honor y estoy dispuesta a desafiar los riesgos de la vida al amparo de su nombre. Nos trataremos con recíproca indulgencia. Hace ya años que nos conocemos; somos casi parientes; espero que no querrá hacerme desgraciada.

El presidente, palpitante de alegría y de zozobra, cayó de hinojos ante la rica heredera.

—¡Seré su esclavo! —le dijo.

—Cuando tenga usted el recibo, caballero —continuó ella, lanzándole una fría mirada—, se lo lleva usted, con todos los títulos, a m¡ primo Grandet y, al mismo tiempo le entrega esta carta. Y cuando usted vuelva, cumpliré mi palabra.

El presidente comprendió que sólo un despecho amoroso dictaba la resolución de Eugenia; por eso se apresuró a cumplir sus órdenes, con la mayor diligencia, para no dar espacio a la reconciliación de los dos jóvenes.

Cuando hubo partido el señor de Bonfons, Eugenia se desplomó en un sillón y rompió a llorar. Todo estaba consumado. El presidente tomó la posta y llegaba a París la noche siguiente. Al otro día, personóse en casa de Grassins. Convocó a los acreedores en el despacho del notario en que se hallaban depositados los títulos y ni

uno faltó a la cita, Por más que se tratase de acreedores que hay que hacerles justicia: fueron puntuales. Entonces, el presidente de Bonfons, en nombre de la señorita Grandet, les pagó el capital y los intereses que se les adeudaban. El pago de tales intereses constituyó una fecha memorable ca los anales del comercio parisiense. Cuando se protocolizó el recibo y Grassins, en pago de sus gestiones, percibid la suma de cincuenta mil francos que le había asignado Eugenia, el presidente se dirigió al palacio de Aubrion; al llegar encontróse a Carlos que entraba en sus habitaciones abrumado por los reproches de su suegro que acababa de decirle que no se casaría con su hija hasta que hubiese pagado todas las deudas de Guillermo Grandet.

El presidente empezó por entregarle la siguiente carta: *"Estimado primo:*

"El señor presidente de Bonfons

ha tenido la bondad de encargarse de entregarle el acta de finiquito de todas las suenas adeudadas por mi tío y otro documento en que yo declaro haberlas recibido de usted. Me han hablarlo de quiebra. Y se ene ha ocurrido que el hijo de quien la hizo acaso no podía casarse con la señorita de Aubrion. Sí, primo mío. ha juzgado usted bien sane modo de ser y mis maneras; yo no tengo inundo, ni conozco sus cálculos, ni sus costumbres, y no podría, por lo tanto, proporcionarle los placeres que encontrará usted en él. Sea usted, pues, feliz sujetándose a las conveniencias sociales, por las cuales sacrifica nuestros primeros amores. Para hacer su dicha completa, yo no puedo ofrecerle más que el honor de su padre.

"Adiós. Cuente usted siempre con la fiel amistad de su prima, EUGENIA."

El presidente sonrió al oír la exclamación que se escapó de los labios de aquel ambicioso al recibir el acta auténtica del finiquito.

—Nos vamos a anunciar recíprocamente nuestras bodas —le dijo.

—¿Se casa usted con Eugenia? Pues, mire usted me alegro; es una buena chica. Pero, escúcheme —agregó, herido repentinamente por una idea luminosa—, ¿eso quiere decir que es rica?

—Tenía —contestó el presidente con socarronería—, cerca de diecinueve millones, hace sólo cuatro días; hoy sólo tiene diecisiete.

Carlos miró al magistrado con expresión de atontamiento. —Diecisiete... mil...

—Diecisiete millones, sí, señor. Entre la señorita Grandet y yo reunimos cincuenta.

—¡Querido primo —dijo Carlos recobrando un poquito de aplomo—, podremos empujarnos mutuamente!

—Desde luego —contestó el presidente—. Le traigo, además, esta cajita que debo entregarle personalmente —agregó, depositando sobre una mesa el *necessaire*.

—¡Por Dios, amigo mío —dijo la señora marquesa de Aubrion entrando sin fijarse en Cruchot—, no se preocupe usted lo más mínimo por lo que le acaba de decir ese pobre señor de Aubrion. La duquesa de Chaulieu le ha devanado los sesos. Le repito a usted que no hay nada que se oponga a su casamiento...

—Nada, en efecto —contestó Carlos—. Ayer se pagaron los tres millones que debía mi padre.

—¿En dinero contante? —dijo ella.

—Sí, señora íntegramente capital e intereses, y voy a rehabilitar la memoria de mi padre.

—¡Qué majadería! —exclamó la suegra. ¿Quién es este señor? —preguntó al oído de su yerno al darse cuenta de Cruchot.

—Mi agente de negocios —le contestó él en voz baja. La marquesa saludó desdeñosamente a Bonfons y salió.

—Ya nos empujamos —dijo el presidente, tomando su sombrero—. Adiós, querido primo.

—Esa cacatúa de Saumur se burla de mí. Me dan ganas de meterle diez pulgadas de hierro en el vientre.

El presidente ya estaba en la escalera. Tres días después, de nuevo en Saumur, el presidente de Bonfons anunció su matrimonio con Eugenia. Seis meses después, le nombraban consejero en el tribunal real de Angers. Antes de salir de Saumur, Eugenia mandó fundir el oro de las joyas que durante tiempo conservó como reliquias, y con los ocho mil francos de su primo los dedicó a una custodia de oro que regaló a la parroquia en que tanto había rogado por él. Aunque instalada en Angers hizo frecuentes visitas a Saumur. Su marido, que dio muestras de abnegación en una determinada coyuntura política, obtuvo el cargo de presidente de sala, y, por fin, unos años después, el de presidente de Audiencia. Esperaba con ansia las elecciones para

lograr un puesto en la Cámara. Ambicionaba ya el título de par de Francia y entonces...

—Entonces, será primo del rey, ¿verdad? —decía Nanón, la señora Cornoiller, burguesa de Saumur, a la que su dueña explicaba las grandezas que esperaban a su marido.

Pero estaba escrito que el presidente de Bonfons (que había suprimido ya sin contemplaciones el Cruchot) no llegaría a realizar ninguna de sus ambiciosas ideas. Murió ocho días después de ser nombrado diputado por Saumur. Dios que todo lo ve y que jamás yerra el golpe, le castigaba, sin duda por sus cálculos y por el exceso de habilidad con que había redactado sus capítulos matrimoniales en que los contrayentes, para el caso de que muriesen sin hijos, *se donaban la universalidad de sus bienes muebles e inmuebles, sin excepción ni reservas, dispensándose de la formalidad de inventario, sin que la omisión pudiese ser opuesta a sus herederos o causa—habienes, entendiéndose que dicha donación es,* etcétera. Esta cláusula puede explicar el profundo respetó que manifestó el presidente ante la voluntad v ante la soledad de la señora de Bónfons. Las mujeres citaban al señor presidente de la Audiencia como modelo de hombres delicados, le compadecían y hasta llegaban a menudo a criticar a Eugenia como saben hacerlo las mujeres, es decir, con mil crueles miramientos, porque se entregaba tan por entero a su dolor.

—Muy enferma debe de estar la señora de Bonfons para dejar tan solo a su marido. ¿Tardará en casarse? ¿Qué es lo que tiene, gastritis o cáncer? ¿Por qué no consultará a los médicos? De un tiempo a esta parte tiene mal color; debería consultar a las celebridades de París. ¿Se explica usted que no desee tener hijos? Dicen que quiere mucho a su marido; con su posición, no se sabe qué espera para darle un heredero. Es simplemente horroroso. Y si, al fin y al cabo, resultase que obedece a un capricho, merecería un castigo... ¡Pobre presidente!

Dotada del tacto de los solitarios que se afina en el ejercicio de una meditación interminable y de su vista exquisita capaz de seguir las más sutiles trayectorias, Eugenia adivinaba que el presidente deseaba su muerte para entrar en posesión de aquella colosal fortuna, aumentada aún por las sucesiones de su tío el notario y de su tío el cura, a los que Dios quiso llamar a su seno. A la pobre reclusa el presidente le daba lástima. La Providencia cuidó de vengarla de los cálculos innobles y de la infame indiferencia de aquel esposo que consideraba como una preciosa garantía la

pasión sin esperanza que anidaba en el corazón de Eugenia. ¿Dar vida a un hijo no sería matar las esperanzas del egoísmo y agostar las flores de la ambición que brotaban en el yermo espíritu del magistrado? Dios se complugo, pues, en arrojar montones de oro a su prisionera que jamás sintió la codicia de poseerlo, que sólo aspiraba al cielo y bajaba los ojos a la tierra para socorrer a los menesterosos.

A los treinta y tres años quedó viuda la señora de Bonfons, viuda con ochocientas mil libras de renta, aún hermosa, pero como puede serlo una mujer que ya pasa de los cuarenta. Su rostro es blanco, reposado, tranquilo. Dulce y recatada en su voz; sencillez, en sus maneras y su porte. Reúne todas las majestades del dolor y la santidad de un cuerpo que no ha sido mancillado al contacto del mundo, a la tiesura de la solterona y a los hábitos mezquinos que inspira la provincia. A pesar de sus ochocientas mil libras de renta, vive como vivió antes la pobre Eugenia Grandet; no enciende el fuego de su cuarto hasta las fechas en que su padre le permitía encender la chimenea de la sala, y gobernó sus años mozos. Viste siempre como vestía su madre. La casa de Saumur, casa sin sol, sin calor, siempre sepultada en la sombra, melancólica, es la imagen de su vida. Acumula cuidadosamente sus rentas y hasta quizá pasaría por codiciosa si no desmintiese constantemente a los maldicientes con sus rasgos de largueza. Fundaciones piadosas, un hospicio para los ancianos, escuelas cristianas para los niños, una biblioteca pública pingüemente dotada, eran públicos testimonios de su noble generosidad. Las iglesias de Saumur le deben no pocas mejoras. La señora de Bonfons, a la que los burlones llaman *señorita,* inspira, en general, un religioso respeto. Aquel noble corazón, nacido solamente para la ternura, ha tenido que plegarse a los cálculos del interés humano. El dinero ha acabado por comunicar sus fríos reflejos a aquella vida celeste y por inspirar .desconfianza, ante los sentimientos, a una mujer que toda ella no era más que sentimiento.

—Sólo tú me quieres —decía Eugenia a Nanón.

La mano de aquella mujer cura las heridas secretas de todas las familias. Eugenia camina hacia el cielo seguida de un cortejo de buenas obras. La grandeza de su alma disminuye las mezquindades de su educación y de su vida primera. Y ésta es la historia de una mujer que no es de este mundo, aunque en este mundo esté prisionera, de una mujer que, magníficamente dotada para ser esposa y madre, no tiene marido ni hijos, ni familia. Hace unos días que se habla de un nuevo partido para Eugenia. La gente de Saumur baraja su nombre con el del marqués de Froidfond, cuya familia empieza a poner cerco a la riquísima viuda, como hicieron años antes los Cruchot.

Nanón y Cornoiller se dice que favorecen las pretensiones del marqués; pero se equivocan de medio a medio. Ni la gran Nanón ni Cornoiller tienen bastante cabeza para comprender las corrupciones del mundo.

Honoré de Balzac, París, septiembre de 1883.

FIN DE EUGENIA GRANDET

Recomendaciones:

El proceso de Franz Kafka

Emma , La abadía de Northanger, Orgullo y Prejuicio de Jane Austen

Oliver Twist, David Copperfield, Historia De Dos Ciudades de Charles Dickens

L'Idiot, Les Frères Karamazov, Crimen y Castigo de F. M. Dostoievski

Eugenio Oneguin, La Dama De Picas de Aleksandr Pushkin

Padres e hijos, Nido de hidalgos de I. Turguénev

Papá Goriot, La Piel de Zapa de Honoré de Balzac

Fausto, Las penas del joven Werther de Johann Wolfgang von Goethe

Nuestra Señora de París, Los Miserables de Victor Hugo

Así habló Zaratustra de Friedrich Wilhelm Nietzsche

El retrato de Dorian Gray de Oscar Wilde

Los tres mosqueteros, Veinte años después de Alexandre Dumas

Moby Dick de Herman Melville

Otelo, el moro de Venecia de William Shakespeare

Pepita Jiménez de Juan Valera